

LEONARDO PADURA ANNE-DOMINIQUE CORREA CHANTAL MOUFFLE DENIS DUCLOS
LIBARDO SARMIENTO A PHILIP S. GOLUB CARLOS E. MALDONADO FRANCESCA GARGALLO

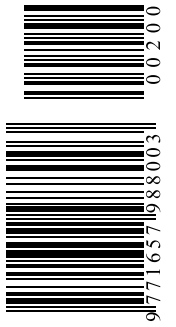
LE MONDE diplomatique

el dipló, una voz clara en medio del ruido
junio 2020

De venta en librerías



ISSN 1657988-7



Edición Colombia • Versión digital • Año XVIII • N°200 • \$ 8.000



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

El día después...

Un profundo deseo se extiende por todo el mundo: que el covid-19 sea controlado y le permita a la sociedad dejar el confinamiento, superar el miedo y retomar sus actividades en 'normalidad'. ¿Cómo será nuestra sociedad cuando ello ocurra? ¿Seguirá impertérrita ante la crisis ambiental? ¿Aceptará sin cuestionar la prolongación del actual sistema pro-

ductivo? ¿Proseguirá con el consumo desaforado que traía? ¿Verá normales y necesarios los sistemas de control, violatorios de toda privacidad, impuestos bajo el prurito del seguimiento de la pandemia? ¿Proseguirá observando con indiferencia el *ascenso a los extremos* que traen los imperios en pugna? (Ver Págs. 2-27)

La democracia, que sí es posible

por Carlos Gutiérrez M.

*...en la sombra del otro
buscamos nuestra sombra...
La moneda de hierro, Jorge Luis Borges*

Como la sombra del caminante, prolongada por el sol matutino, que unas veces realza y otras difumina la silueta, así son algunos de los contornos que va dejando sobre el cuerpo social la crisis que hoy conmueve al conjunto de la humanidad.

Con su brillo de las primeras horas del día, en ángulo obtuso sobre el cuerpo del caminante, con sombra prolongada aparece con mayor realce la fisonomía de quien lo recibe en su humanidad, bien de frente, bien por la espalda. Vemos una proyección similar del cuerpo estatal, que por acción neoliberal y con efecto perpendicular, había visto achatada su proyección durante las últimas décadas. Ahora recupera cuerpo.

Es un renovado vigor que en nada o en muy poco promete ser favorable a las necesidades de quienes padecieron su debilitamiento, cocinado en tres o más décadas en las que fue concretada una variedad de políticas económicas, sociales y culturales, entre ellas: reformas privatizadoras de todo lo considerado público y con potencial rentista; políticas de atomización social para descomponer esperanzas frente a otro modelo social posible y sobre la vitalidad de lo común; multiplicación de beneficios económicos y tributarios, de manera sorprendente, para quienes más tienen, e incremento de la carga tributaria para quienes viven de su trabajo; desestímulo a la producción nacional y, con ello, para el caso de Colombia, desmonte de la escasa producción industrial construida a lo largo de varias décadas, así como igualmente desestímulo a la capacidad agraria, labrada por cientos de miles de campesinos en sus pequeños terruños, al tiempo con articulación sometida al mercado mundial a través de decenas de tratados de 'libre comercio'; renuncia a políticas de soberanía monetaria y financiera; limitación del gasto social, siempre de acuerdo a los compromisos internacionales de pago oportuno de la deuda pública; estímulo y fortalecimiento de una industria cultural que distrae y adormece sin propiciar reencuentros sociales ni redes de producción propia, con sentido de memoria, por un lado, así como, por el otro, de sueños de presente y de futuro; estímulo al consumo superfluo y al desecho sin miramientos sobre el medio ambiente, ni responsabilidad individual y colectiva con la recuperación de partes e insumos posibles de reutilizar o procesar.

Es claramente un desmonte de su rostro social y del compromiso con la redistribución de lo recogido por el ente central, producto del continuado ejercicio económico de millones de personas – que, para el caso colombiano, nunca fue pronunciado –, a la par del fortalecimiento de su rostro autoritario y violento como producto de lo cual los Derechos Humanos quedaron signados por un gran interrogante, y enmarcada la posibilidad de paz con justicia social como consigna para adornar salones de clase.

Desde el "monopolio legítimo de las armas", una cara poco amable copó extensas zonas rurales para darle paso a diversidad de proyectos extractivistas, así como a la protección de privilegios de todo tipo, entre ellos la prolongación del latifundio o el ingreso de multinacionales mineras a territorios donde la comunidad no los desea, o la misma aspersión de miles y miles de

litros de glifosato sobre extensas áreas boscosas del país, persistencia de una condicionada, manipulada y fracasada "guerra contra las drogas" que no repara en los daños ocasionados sobre la salud humana y de otros animales que las habitan, condenándolas a un extendido envenenamiento de las cuencas de que son parte integral, toxicidad que por décadas guardará residuos en el subsuelo.

Estamos ante el regreso del Estado a la escena central de cada país que, para el caso nacional e internacional, resalta su prioridad por inyectar miles de millones para recuperar o impedir la quiebra de variedad de empresas y, asimismo, el ahondamiento del control y el disciplinamiento social. Un regreso, por tanto, sobre dos rieles: socialización de la crisis –económica– y autoritarismo.

En esta socialización de la crisis, para el caso de Europa resalta el rescate del grupo Air France-KLM, que recibirá un "apoyo histórico de 7.000 millones de euros de parte del Estado francés" (1). De igual manera, la administración de Angela Merkel, en Alemania, concertó con la compañía aérea Lufthansa "[...] un plan de salvación por 9.000 millones de euros que convertirá al Estado en el principal accionista del grupo, con el 20% del capital" (2). Estados Unidos no se quedó atrás y le dio vía libre a un plan de refinanciación para pequeñas empresas (hasta 500 trabajadores), al cual se pegaron grandes empresas, haciéndole malabares a la norma. "El plan de ayudas [fue financiado] con un presupuesto de 349.000 millones de dólares [...]. El grifo se abrió el 3 de abril y en tan solo dos semanas quedó agotado [...]. La Casa Blanca, los republicanos y los demócratas ultiman ahora un acuerdo para refinanciar esta línea de ayudas con otros 310.000 millones" (3). Paralelo a ello "Unos 500.000 millones de dólares en así llamados préstamos han sido entregados directamente a las mayores empresas de EE UU sin una supervisión ni rendición de cuentas significativa" (4). La experiencia vivida en 2008 con el salvataje de bancos permite desde ahora intuir que estas ayudas, presentadas en una primera instancia como créditos blandos y similares, terminarán condonados. Es así como la crisis, una vez más, termina asumida por el conjunto social. En las épocas de bonanza económica, los ricos se miran en el espejo.

La inyección prioritaria de dinero para los propietarios de fábricas y empresas de diverso tipo toma relieve en Colombia con préstamos ofertados a menor costo, por ejemplo, desde Bancoldex, para lo cual dispuso de 600 mil millones de pesos (5), ofertados con meses a cero intereses y al menos dos años para cancelarlos: pero también con el congelamiento del pago de obligaciones tributarias y salud, a la par de donar a los dueños del capital el 50 por ciento de las primas que debe cancelar en este mes de junio, para salarios que oscilen entre el mínimo y el millón de pesos.

Es este un apoyo directo que, como en el caso de otros países, también gozará de alargues y hasta condonación de lo prestado, tras garantías como no despedir trabajadores, ajustar los procesos productivos a menores cuotas contaminantes y variables similares. Es claramente un favorecimiento al empresariado que afectará las garantías en el ámbito del trabajo al ahondar la flexibilidad laboral tras el teletrabajo, ya existente y extendido en el sector bancario y del comercio, pero que ahora se verá ampliado, debilitando aún la asociación de quienes venden su fuerza de trabajo y entorpeciendo la posibilidad de resistir al afán de mayores tasas de ganancia, siempre pretendidas por la patronal.

Te vigilo y te controlo, sé quién eres y qué piensas

*Ahora los rayos desgarran la sombra espesa
Posesión, Vicente Aleixandre*

El avance autoritario de los Estados, por su parte, es lo más resaltado por los analistas de distintas corrientes. Destacan con preocupación la implementación de técnicas variadas de vigilancia y control social, bajo el prurito del seguimiento de la pandemia; técnicas y políticas de disciplinamiento social previamente existentes, con especial desarrollo en Estados Unidos (bajo control de la NSA y su ojo universal) y en China, pero ahora realizadas por los supuestos beneficios la viabilidad que encarnan para el conjunto de las sociedades en su lucha por la salud pública (Ver Philip Potdevin pp. 10-11 y Damian Pachón pág. 13).

Se trata del aprovechamiento de esta circunstancia, ahora por parte de multitud de Estados liberales que reducen así el espacio de las libertades públicas y meten sus narices en la vida privada de sus poblaciones, un suceso de total gravedad que lo será aún más si, como está sucediendo por estos días, las poblaciones mismas terminan aceptando e incluso pidiendo estos controles y la injerencia del *gran hermano* por temor al regreso de la pandemia o, hacia el futuro, por el comienzo de crisis similares que pueden desprenderse tanto de la prolongación de la crisis climática global, por la persistencia del capital con un modelo de 'desarrollo' a todas luces antinatural y que devasta el planeta, como de posteriores y cada vez más posibles confrontaciones armadas entre potencias o, incluso, de alzamientos sociales, en este caso en procura de justicia e igualdad.

Este es un aspecto del giro antidemocrático, pero el otro recae en la concentración de poderes que ahora ostentan infinidad de gobernantes a partir de su llamado a declarar estados de emergencia para enfrentar el virus. Regímenes presidencialistas es el resultado final de ello. ¿Hasta dónde irán los mismos? Solo el tiempo lo dirá, pero lo evidente es que, validos de las circunstancias en curso, le han sacado provecho para aplazar elecciones (Bolivia, Chile), para aprobar reformas contenidas por la inconformidad social (Ecuador), o para contener y dilatar la protesta social en curso –con demanda de cambios en lo económico, político y social, (Chile, Ecuador, Colombia, Francia). Todo ello evidencia que la crisis de salud pública se está utilizando por parte de amplios sectores del poder tradicional para gobernar a raja tabla y sin oposición. ¿Qué más desearía un gobernante adepto de la continuidad? ¿Qué más querría el capital para administrar la fuerza de trabajo, su disposición y su rentabilidad, que el silencio perenne?

Estamos ante una respuesta/utilización de la crisis desde los factores de poder dominantes, que desdican de la inmensa posibilidad de cambio abierta por la misma. Como es evidente, por estos días emergieron con toda visibilidad los marcados contrastes de la sociedad colombiana, signada por la concentración de la riqueza en los bolsillos de unas poquísimas familias y la extendida pobreza que cubre a millones. Tras pocos días de encierro. La ausencia de ingresos y el hambre dibujaron sin tapujo alguno la sociedad que somos, poniéndole grandes interrogantes a la estrategia diseñada para contener la multiplicación del covid-19, clara y absurdamente pensada para sectores con ingresos fijos, que no son precisamente los de la mayoría de quienes integran nuestra sociedad.

De esta manera, con un presidencialismo tan del gusto de la oligarquía criolla, con mecanismos de control social y disciplinamiento autoritario

cada vez más notables –de viejo y de nuevo cuño–, sin una economía al servicio del conjunto social, la democracia formal, que siempre ha sido la nota dominante en Colombia, hoy toma mayor cuerpo.

Por tanto, así va siendo desaprovechada por el *establecimiento* esta coyuntura para enrutar el régimen económico y político hacia el cambio que requiere toda sociedad que se proyecte con vocación humanista a lo largo de las ocho décadas aún por recorrer de la centuria número 21. ¡Algo que no puede sucederle al resto de la sociedad! Si tenemos ante nosotros la sombra de lo que somos, ¿cómo no optar por su comprensión y su transformación? ¿Cómo seguir desconociendo por otros cien años la sombra, la realidad de nuestro ser, confundiéndola con imágenes que la desdibujan y la niegan?

Entendámoslo: este es un reto mayor. De las manos de los excluidos de siempre debe tomar forma la democracia en su mejor y más radical expresión, abriéndole espacio a la participación directa y decisiva de la sociedad toda, con sus matices regionales, que en el caso de la sociedad colombiana le brindan particularidades de pasado y presente, con sus realces territoriales y sus matices culturales que explican por qué somos disímiles en nuestra formas expresivas, en la manera de encarar la vida, en las disposiciones para enfrentar las luchas del ser social.

Tales realces geográficos y culturales, pese a su notoriedad, mantienen en común la demanda por una indispensable redistribución de la tierra para afinar, con el acceso a la misma, el definitivo desmoronamiento del poder señorial que cargamos como lastre desde la Colonia, con la Hacienda, soporte desde hace siglos de poder económico, político y cultural de minorías que someten a las mayorías, hoy reforzadas con el poder mafioso que se extiende sobre cientos de miles de hectáreas. La tierra, como soporte del poder directo y simbólico de unos pocos sobre millones de personas, ya redistribuida deberá darle paso a un dinámico proyecto de soberanía alimentaria, agenciado por cientos de miles de brazos decididos a un sembrado variado sobre tierra propia, potenciado desde la siembra de cultivos nativos y otros recuperados desde diversas experiencias de vida –unos y otros, contrarios a los monocultivos y los organismos genéticamente modificados–, unos y otros de las más variadas especies, para complementar por esa vía un modelo de vida digna, con sustentabilidad alimentaria como aporte para la salud del cuerpo y el fortalecimiento de las energías espirituales.

De modo que una nueva o real democracia, con soporte en el campo y la economía agraria, según nuestras particularidades regionales, deberá propiciar el cimiento de una economía de nuevo tipo, y en ella la conjunción de saberes milenarios con los alcanzados por las nuevas ciencias y lo desprendido por las revoluciones industriales, la tercera y la cuarta, para hacer realidad una industria farmacéutica que

esté abierta a la humanidad, para su beneficio y su bienestar.

Con la luz del día sobre el cuerpo de los pueblos se extenderá a su alrededor la figura del bienestar, y con ella la ebullición de los *condenados de la tierra*. No es posible la democracia directa, participativa, radical, la más exigente que soñamos, si no parte de la movilización y el compromiso de los millones que somos. La democracia no se decreta y se irradia sobre la sociedad por mandatos u ordenanzas. La democracia es mucho más que una fecha y un registro. Como conjunción que es entre economía, cultura, política y territorio, la democracia se enraíza en lo más profundo del ser humano a partir de sembrar en sus más hondos sentires la disposición por la justicia, la igualdad, la libertad, la solidaridad, el hermanamiento entre diferentes, sabiendo siempre que en el centro de su divisa está el ser humano como persona (6), que no puede quedar relegada a sobrevivir arañando los desechos que le arrojan desde el poder o desde las mesas de los ricos, sino que debe sentir y saber que sin vida digna no hay existencia que merezca ese nombre.

Un devenir así, participativo, directo y decisivo, también debe afrontar la revalorización de la ciudad, despoblando parte de la misma, reubicando a millones de quienes la pueblan y la sufren por sus altas tasas de contaminación, por el encerramiento en cuatro paredes que han dejado de ser vivienda para constituirse en la jaula que impide convivir y disfrutar de la vida diaria y el descanso, donde el complemento de cuerpos ya no cuenta con la privacidad ni la tranquilidad que el goce demanda. No es humano un territorio devorador de recursos naturales de todo tipo, así como de años de vida en el rodar diario de llantas que transportan mano de obra de un rincón a otro de la urbe. La ciudad, en su actual estado, es un germen de múltiples pandemias, sin superar las cuales millones de seres seguirán muriendo cada año por motivos que en el mundo actual son prevenibles.

Se impone construir ciudades vivibles, posibles de administrar entre todos y todas, donde el suelo pase a ser de propiedad pública, liberando así a millones de un esfuerzo interminable y extenuante para pagar el ‘derecho’ a la vivienda, constituida desde hace décadas en botín de especuladores urbanos, antes casatenientes, ahora dominado por el sistema bancario, verdadero amasador de infinidad de metros cuadrados construidos en las urbes.

Es urgente la recuperación, por la vía de replantear el tema urbano, de cuencas y microcuencas otrora fuente de vida y alimento para la fertilidad de la tierra. Y para ello, es indispensable reforestar todos sus alrededores e interiores, para un reencuentro virtuoso con la naturaleza que nos permita bajarle el efecto pernicioso a la contaminación propiciada por el imparable transitar de motores que expulsan sin tregua gases tóxicos, fuente de las más variadas e insufribles enfermedades modernas. Se requieren nuevas ciudades

inteligentemente diseñadas, por tanto, con derecho propio para quienes deberán transitarlas a pie, gozando de sus entornos estéticamente contruidos, sin el temor al asalto inesperado, ya que la convivencia estará signada sobre bases de igualdad y justicia.

Acciones de cambio, de justicia y vida digna, que deben ir de la mano de otras que permitan el acceso público y general a la internet, al Wi-fi, con diseño e implementación de redes y sistemas computacionales propios que permitan soberanía comunicativa, eviten el espionaje propiciado desde las potencias y sus grandes multinacionales, y protejan a toda nuestra población en el derecho a su privacidad. Un proceder que demanda el fortalecimiento en ciencia y tecnología, auspiciando con presupuestos reforzados investigaciones de punta lideradas desde las universidades públicas, las que deben llegar a ser verdaderos centros de saber ligados de manera dinámica a redes globales del conocimiento donde la propiedad privada deje de ser el afán que ahora domina toda investigación y cualquier escritura, por sencilla que sea.

Son estas y otras muchas las quimeras que revitalizan la democracia que *si es posible*, la que vemos tras las sombras del cuerpo social ahora devastado por un sistema que simula ser lo que no es, destruyendo a diario vidas y esperanzas de vida, ofreciendo lo que no habrá de cumplir, pues especula con la vida de millones que son sometidos como piñones de una inmensa *máquina devoradora de seres humanos*.

Hoy, en medio de una pandemia que resume la crisis de una civilización, por paradójico que parezca, tenemos una lección de vida, un reto para potenciarla. No lo perdamos tras temores ahondados por el control y el disciplinamiento autoritario, ahora ahondado por el poder de siempre, con nuevas y viejas técnicas, sutiles unas y otras no tanto.

Que nuestros cuerpos proyecten en sus sombras un largo y extendido movimiento, que le den forma a la figura del cambio, al abrazo que fortalece, al apoyo que brinda confianza e impulsa a no desistir. Toda crisis trae una oportunidad. No la desaprovechemos. Soltemos por ciudad y campo las amarras democratizadoras. ■

1. <https://www.france24.com/es/20200424-air-france-klm-estado-frances-historico-paquete-ayuda-7000-millones-euros>.

2. “El gobierno alemán salva a Lufthansa y se queda con un 20 por ciento de la empresa”, <https://www.pagina12.com.ar/268271-el-gobierno-aleman-salva-a-lufthansa-y-se-queda-con-un-20-po>.

3. “Shake Shack o cómo el rescate económico en Estados Unidos acaba beneficiando a los ricos”, <https://elpais.com/economia/2020-04-20/shake-shack-o-como-el-rescate-economico-en-estados-unidos-acaba-beneficiando-a-los-ricos.html>.

4. “Estados Unidos: coronacapitalismo y su inminente colapso”, <https://www.elsaltodiario.com/crisis-economica/estados-unidos-coronacapitalismo-y-su-inminente-colapso>.

5. <https://id.presidencia.gov.co/Paginas/prensa/2020/600000-millones-suma-Bancoldex-en-fondos-para-financiar-empresas-afectadas-por-el-COVID-19-a-traves-de-la-linea-200402.aspx>

6. Zambrano, María, *persona y democracia*, Alianza Editorial, España, 2019, pág. 183.

Editorial

Consejos de redacción y administrativos

Dirección: Carlos Gutiérrez M.

Consejo de redacción

Libardo Sarmiento Anzola
Héctor-León Moncayo
Álvaro Sanabria Duque
Carlos Maldonado
Omar Roberto Rodríguez
Philip Potdevin
Héctor Arenas Amoroch

Colaboradores

Damián Pachón Soto
Román Vega Romero

Le Monde diplomatique, edición Colombia es una publicación mensual de Tebeo Comunicaciones. Bogotá, D.C.: Cra. 20 N°45A-85
Telefax: 345 18 08
www.eldiplo.info
director@eldiplo.info

Diseño: Difundir Ltda.

Distribución - Colombia

Bogotá

Tebeo Comunicaciones.
Telf.: 345 18 08

Medellín

Carrera 48 N° 59-52 Of. 105.
Telf.: 479 86 33
eldiplomed@yahoo.es

Cali

Librería Atenas • Puestos de revistas

Edición Cono Sur

Director: José Natanson

Secretaría: Patricia Orfila
secretaria@eldiplo.org

Traducciones:

Julia Bucci, Teresa Garufi,
Aldo Giacometti, Florencia Giménez Zapiola, Patricia Minarrieta, Bárbara Poey Sowerby,
Gustavo Recalde, Gabriela Villalba,
Carlos Alberto Zito

Corrección: Alfredo Cortés

Diseño original: Javier Vera Ocampo

Le Monde diplomatique (París)

Fundador: Hubert Beuve-Méry

Presidente del Directorio y

Director de la Redacción:

Serge Halimi

Jefe de redacción: Benoît Bréville

Jefe de redacción adjunto:

Martine Boulard y Renaud Lambert

Directora ediciones y relaciones internacionales: Anne-Cécile Robert

1-3 rue Stephen-Pichon, 75013 París

Tel.: (331) 53 94 96 21

Fax: (331) 53 94 96 26

secretariat@monde-diplomatique.fr

Internet: www.monde-diplomatique.fr

La pandemia generada por el covid-19 permitió en Colombia, de manera crítica y apresurada, develar los problemas estructurales, discriminatorios y de sostenibilidad del sistema de salud. Este artículo analiza la evolución de sus finanzas y los cambios institucionales vividos durante las últimas décadas.

La salud en Colombia ¡Qué buen negocio!

por Libardo Sarmiento Anzola*

La salud, de derecho humano fundamental a simple negocio que mueve ingentes cantidades de dinero. Según cifras reveladas por la Superintendencia de Salud, en el año 2018 los ingresos de las Empresas Promotoras de Salud (EPS) superaron los 68,5 billones de pesos, un incremento de 2,3 por ciento frente a los ingresos reportados en 2017. Un negocio tan rentable que el 10 por ciento de las ventas de las 1 000 empresas más grandes del país, el equivalente al 8,3 por ciento del Producto Interno Bruto (PIB) del país, correspondió a las EPS. En 2018, según la Supersalud, 44 de estas Empresas obtuvieron ganancias cercanas a los 125.000 millones de pesos, rendimiento que enviarían hasta las empresas y negocios más rentables.

Rentabilidad en creciente. El cuarto informe con los resultados financieros del sector salud, a corte de los meses de diciembre de 2017 y 2018, publicado en junio de 2019 por la Superintendencia Nacional de Salud (SNS), el cual incluye a los actores del Sistema general seguridad social en salud (Sgsss), a las compañías de seguros que participan en el sector (riesgos laborales, Soat, pólizas de salud) y demás entidades que ofrecen planes voluntarios de salud, muestra que la rentabilidad anual del sector fue del 5,2 por ciento (utilidad neta/ingresos) en el año 2018 (3,1 billones); una tasa de ganancia análoga a la obtenida por la industria extractiva de hidrocarburos en 2019 (año de bonanza por los altos precios del petróleo en el mercado internacional). En 2017, la tasa de beneficio en el sector de la salud había sido de 4,9 por ciento (2,7 billones de pesos), por tanto, el indicador de rentabilidad se incrementó en 0,3 puntos porcentuales entre 2017-2018.

En cuanto a los prestadores de servicios de salud, durante los años 2017 y 2018, **los ingresos totales** crecieron 10 por ciento (el PIB de Colombia creció 2,7% en 2018 y el IPC cerró en 3,2%, según informó el Dane), lo que se refleja en un aumento de \$5,3 billones. El 85 por ciento de este aumento es explicado por la dinámica de empresas privadas como las instituciones prestadoras de servicios de salud (IPS) y transporte especial de pacientes (TEP), cuyos ingresos aumentaron 11,4 por ciento, que equivale a \$4,6 billones. Los ingresos de los hospitales públicos se incrementaron en 5,7 por ciento en el mismo período.

Entre 2017 y 2018, **las utilidades totales** de los prestadores aumentaron \$383 mil millones, lo que equivale a un crecimiento de 14,4 por ciento; las de las IPS y TEP privadas crecieron 16,3 por ciento y los ingresos de los hospitales públicos se incrementaron en 7,9 por ciento en el mismo período. En el negocio de la salud, las utilidades crecen a un ritmo más acelerado que los ingresos, el crecimiento de la economía global y de la inflación, todo lo cual refleja un sostenido crecimiento en el margen de utilidad o ganancia.

¿Negocio o derecho fundamental? Precisamente, que la salud no estuviera pensada como derecho fundamental explica la incapacidad para responder ante las demandas de todo tipo derivadas de la emergencia de la pandemia, con la cual el marco institucional de la salud quedó con su armazón al desnudo, evidenciando sus inconsistencias, las fragilidades de la salud pública, las ausencias de prevención y promoción de una vida sana, al igual que por la hegemonía y voracidad del capital privado que controla la salud-enfermedad de las poblaciones.

Un control de este segmento de la vida, que impulsa la “popularidad” de los sistemas de aseguramiento y gestión privada e individual de la salud, en tanto un gran segmento social le teme a la precariedad de la asistencia pública, reacción también estimulada por un gran esfuerzo de publicidad ideológica e interesada de las empresas promotoras de salud que ven al conjunto social como “nicho” cautivo cotizante.

El hecho real es que mediante la total financiarización (hegemonía del dinero sobre la producción real o desvinculación y supremacía del valor de cambio sobre el valor de uso) de la economía y el apogeo del neoliberalismo, la enfermedad y su tratamiento se volvió un lucrativo negocio gestionado por el capital financiero en el marco de los sistemas de aseguramiento, gestión de riesgos y subsidios a la demanda.

Contaminado de estas fuerzas e intereses, los problemas del sistema de salud colombiano se relacionan, de una parte, con la naturaleza y lógica de operación mercadocéntrica: enfoque hospitalario de servicios orientados al tratamiento de enfermedades individuales, intermediación bancaria privada, estratificación socio-económica en el acceso a los servicios y tratamiento de la salud como un negocio más del capital (principalmente financiero y farmacéutico).

De otra parte, la fragilidad e insostenibilidad financiera es crónica. El sistema de salud nacional hace parte del mercado del aseguramiento, o sea que tiene como objetivo principal asegurar a la población contra riesgos de enfermedad. En Colombia, el aseguramiento de la atención en salud está casi por completo en manos de las EPS privadas, las cuales obtienen sus recursos monetarios de manera mixta, es decir, su capital financiero está compuesto por una riqueza privada e ingresos públicos (del Estado) y de la ciudadanía cotizantes. Además de ser intermediarias de los servicios de salud, estas Gestoras de servicios de salud (GSS) prestan otros servicios de reaseguros y medicina complementaria, asumiendo, a la vez, el riesgo del aseguramiento.

En esta lógica, el sistema de salud es gestionado e intermediado por el capital bancario a través de las privilegiadas EPS (1), con ganancias extraordinarias a costa de la baja calidad, denegación e insuficien-

cia en el servicio prestado a los usuarios “clientes.” Su posición dominante y monopólica en el mercado del aseguramiento de salud le permite reducir costos, imponer obstáculos insalvables para acceder a los servicios, no atender enfermedades preexistentes, minimizar los servicios, desapropiar entrega de medicamentos de alto precio y aumentar arbitraria y especulativamente las tarifas que cobran a los usuarios por encima del índice oficial de precios al consumidor -IPC- y del crecimiento promedio de la economía del país.

El poder oligopólico de las aseguradoras de salud les permite acumular y concentrar cada vez mayores dividendos. En el marco del sistema de aseguramiento y con el propósito de reducir costos, las EPS y las IPC precarizaron y flexibilizaron la contratación del recurso humano. El sector salud genera cerca de un millón de empleos directos, de estos al menos el 60 por ciento de trabajadores son contratados por prestación de servicios, es decir, no regulados por ningún derecho laboral. Además, el sistema de salud está subyugado a las prácticas de corrupción y clientelismo político. El déficit público-privado generado por el sistema de aseguramiento en salud se estima en \$10 billones (2).

Con una indispensable aclaración: aseguramiento no es equivalente a salud. Consecuencia de la lógica rentista de los actores del Sistema General de Seguridad Social en Salud (Sgsss) y su objetivo de maximizar la rentabilidad del negocio, lo cual impide a los individuos y la comunidad el disfrute de este derecho, el recurso que les queda a los simples ciu-

dadanos para acceder a los servicios efectivos de salud es la tutela, mecanismo que tiene por objeto la protección de los derechos constitucionales fundamentales. En efecto, desde que la Corte Constitucional consideró por primera vez que la salud es un derecho humano fundamental (en la sentencia T-760 del 2008), los colombianos radican tutelas para reclamar acceso a servicios médicos. Según la Defensoría del Pueblo, este recurso legal para defender un derecho humano fundamental arroja números

en creciente año tras año: en 2013 interpusieron 115.147 y en 2019 fueron 207.367, unas 568 cada día. Tres de cada diez de todas las tutelas presentadas en el país demandan el acceso a servicios médicos (ver recuadro, Lo reclamado).

La politiquería, el clientelismo, la corrupción y la mala administración campean libremente por el sistema de salud en varios frentes. El sector de la salud es uno de los más propensos a la corrupción. Por este sector pasa mucho dinero, alrededor de \$80 billones al año. En Colombia, el sector salud se financia en más del 75 por ciento con recursos públicos. Una causa de los problemas financieros que enfrenta el sector se debe a la constante de la corrupción, la misma que implica a las aseguradoras, pagadores, prestadores, profesionales, trabajadores, afiliados y pacientes.

La Asociación Nacional de Empresarios (Andi) midió en 2017 la percepción sobre el fenómeno de la

[...] el régimen subsidiado es aquel en que se encuentran las personas sin capacidad de cotizar al Sistema por lo cual el Estado les proporciona los medios para su afiliación mediante los subsidios a la demanda.



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

corrupción en Colombia. Los empresarios señalaron los sectores que, consideran, han sido los más afectados por la misma, tanto a nivel nacional como territorial. A nivel nacional 73,2 por ciento de los empresarios señaló que la salud es el sector más afectado.

Los debates en el Congreso sobre la crisis financiera del sistema de salud resaltan que al año se pierden alrededor del nueve (9) por ciento de los fondos asignados al sector, esto es, se pierden unos \$7,2 billones producto de la desviación del dinero público para el lucro privado. Varias de las aseguradoras (EPS) han resultado ser una estafa.

El caso más emblemático de las estafas en el sector de la salud es el de Saludcoop, una de las EPS más grande y poderosa del país que alcanzó a tener 7,5 millones de afiliados. Carlos Palacino, el 'zar' de Saludcoop, y otros 14 directivos de esta institución se robaron 1,4 billones de pesos, dinero que fue desviado de la salud entre 2002 y 2010. En menos de diez años, Carlos Palacino, un desconocido corredor de seguros, construyó la empresa más grande de la salud en Colombia; muchas de sus prácticas delictivas eran seguidas y copiadas por otras EPS, hospitales y empresas del sector por su forma de ahorrar costos, desfalcar al erario y ganar dinero. La meteórica carrera de este tolimense, que comenzó en 1975 como cobrador de seguros en La Equidad, terminó en 2011 cuando el gobierno decidió intervenir Saludcoop por desviar recursos de la salud. Es claro que Palacino y su equipo tuvieron el soporte de toda una red de empleados, contadores, revisores fiscales, funcionarios públicos, políticos, congresistas, asesores y abogados. En 2020, se completan nueve años de impunidad en el robo a Saludcoop; el fallo está aún pendiente: Palacino y sus cómplices exdirectivos de la EPS gozan de libertad y disfrutan el dinero robado. Falta más: durante la administración de Guillermo Grosso, interventor nombrado por la Superintendencia de Salud entre 2013 y 2015 para intentar recuperar recursos de Saludcoop, el saqueo de la entidad se agudizó; Grosso está preso por corrupción: la Contraloría General "pudo constatar en Saludcoop EPS en Intervención (hoy liquidada) un detrimento patrimonial por \$197.963 millones".

En este sentido, las conclusiones del foro "Retos frente al Control y Transparencia en el Sector Salud", organizado por la Universidad Central con el apoyo de la Asociación Colombiana de Empresas de Medicina Integral -Acemi, en marzo de 2017, permitió dar algunas respuestas a la pregunta ¿Por qué el sector

de la salud es tan propenso a la corrupción? Además del dinero a chorros que mueve, y que lo hace atractivo para empresarios, comerciantes, banqueros, políticos, abogados y otros se identificaron los siguientes factores: i) es un sector muy fragmentado, descentralizado, repartido en todos los municipios del país que crea deficiencias en su control; ii) es "opaco" tanto en información técnica como en información financiera; iii) como el sector, en su mayoría, se maneja con dineros públicos y a la gente le importa poco lo público, no hay respeto a los dineros públicos; iv) dificultades para vigilar y auditar al amplio y complejo sector (con 15.000 IPS, 40 EPS y 1.500 hospitales); v) falta de transparencia en los aspectos financiero, calidad, servicios, derechos y deberes; vi) falta de gobernanza, democratización y debilidad de los sistemas de información; vii) politización de la salud; viii) para las EPS es más rentable atender una enfermedad, en lugar de prevenirla; ix) los hospitales públicos tienden a convertirse en la caja menor de alcaldes y gobernadores.

Los hospitales y demás entes públicos de la salud históricamente han sido considerados botín para los gamonales, familias y mafias políticas regionales por su elevado presupuesto y empleos que pueden dar. Recientemente, los alcaldes y gobernadores nombraron para los próximos cuatro años a los gerentes que manejarán los cerca de mil hospitales públicos que tiene el país; en los estudios realizados por la veeduría pública, esos cargos se entregaron a personas relacionadas políticamente con ellos, con las familias que controlan el poder local o con los partidos políticos que los respaldan. En estos hospitales, el 80 por ciento de los empleos son contratos por prestación de servicios, a cortos períodos de tiempo, lo que les otorga un inmenso poder a los "caciques", alcaldes y gobernadores para manipular permanentemente la clientela política.

Recientemente, para atender las necesidades ocasionadas por la pandemia y enfrentar la quiebra del aparato productivo, la destrucción de puestos de trabajo y la pérdida de ingreso de los trabajadores informales, el gobierno recabó recursos adicionales por \$28,5 billones (equivalente al 2,5% del PIB) a través de los mecanismos de nueva deuda pública. Al sector salud, destinará recursos suplementarios por \$7,1 billones (equivalente al 0,6% del PIB) para financiar las pruebas de laboratorio, el fortalecimiento de las unidades de cuidado intensivo, la garantía de los insumos necesarios para prestar los servicios, pago de las

Lo reclamado

La mayoría de estas tutelas son por las barreras de acceso. El 64 por ciento reclaman derecho a servicios contemplados en el Plan Obligatorio de Salud (POS), un fenómeno que según la Defensoría del Pueblo sigue sin resolverse, principalmente por los obstáculos interpuestos por las EPS. Las barreras de acceso interpuestas por estas son mayores, dice este órgano constitucional, cuando se trata de diagnósticos por enfermedades crónicas y de alto costo, como de salud mental, hipertensión arterial y cáncer. En lo que a la salud corresponde lo primero que solicitan los colombianos en sus tutelas (con 73.267 reclamaciones) es la práctica oportuna de procedimientos médicos, como cirugías; le siguen la entrega oportuna de medicamentos, con 49.401 reclamos; el tratamiento integral de una enfermedad (48.649); la asignación de citas médicas (27.280) y el transporte o viáticos para poder recibir la atención en salud (24.884). Por lo menos en el 80 por ciento de todos los casos, los jueces conceden la tutela dándole razón a quien reclama su derecho a la salud.

deudas atrasadas contraídas con los trabajadores de la salud (\$460.000 millones adeudados a 23.000 personas) y compensación económica para los afiliados al régimen subsidiado. Adicionalmente, en medio de la pandemia que azota las finanzas públicas y privadas, la administración Duque decidió fortalecer las del Gobierno central con menoscabo de los departamentos y municipios del país: los recursos del Fondo Nacional de Pensiones de las Entidades Territoriales (Fonpet), que alcanzaban los \$2 billones, se los autoprestó el ministro de Hacienda Carrasquilla sin consultar a las entidades territoriales.

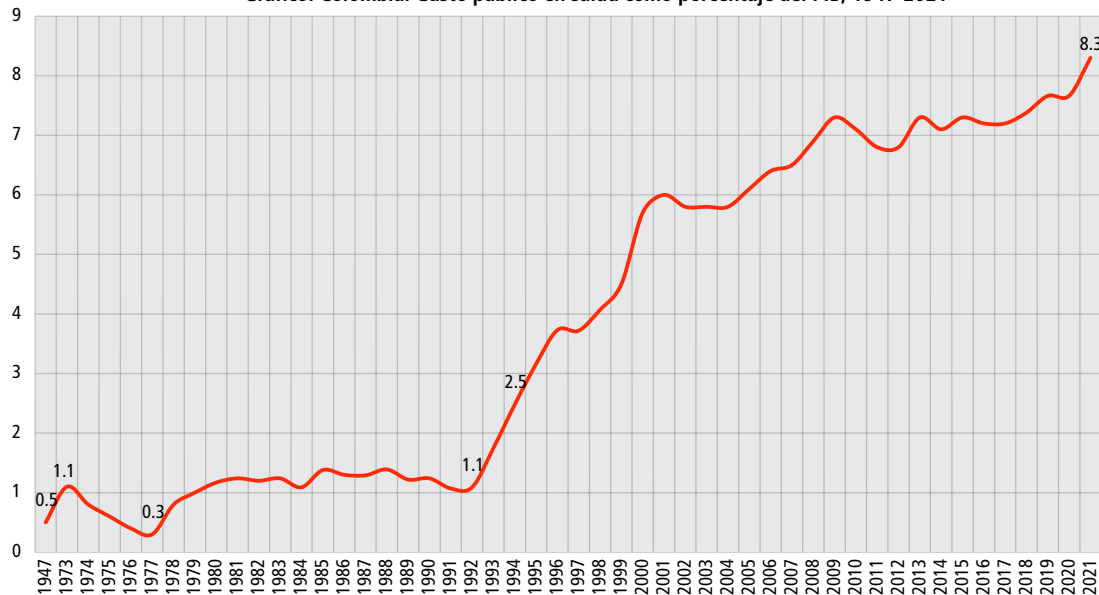
Un contraste histórico. Hasta principios de la década de 1990, el gasto público en salud fluctuó en torno a un escaso 1 por ciento del PIB. Tres generaciones atrás, en 1947, el mismo apenas alcanzaba al 0,5 por ciento. Con la reforma constitucional de 1991 el gasto social creció significativamente debido al incremento de las transferencias territoriales (situado fiscal y participaciones municipales) y por la reforma a la seguridad social. Desde entonces, la Ley 100 de 1993 es el marco normativo que rige en el país en materia de salud, riesgos laborales y pensiones. En este nuevo contexto, el gasto público en el sector aumentó su participación a 2,5 por ciento del PIB en 1994 y alcanzó 7,7 en 2020; para el año 2021, debido a las adiciones presupuestales para enfrentar las consecuencias de la pandemia, se estima que llegará a 8,3 del PIB (Gráfico).

El problemático presente

En estas condiciones, el sistema de salud se caracteriza actualmente por su enfoque universal de aseguramiento. En su implementación sigue orientándose a la atención curativa concentrada en la infraestructura hospitalaria, donde se asume una actitud remedial frente al proceso de la enfermedad de los individuos, con desmedro de actividades de prevención y promoción y ausencia de programas concretos de higiene y salubridad pública que institucionalicen la gestión de riesgos de manera estructurada y tengan como objetivo mantener sana a la población en el marco de una concepción moderna de salud, esto es, la salud como "un estado de completo bienestar físico, mental y social y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades".

Las fuerzas e intereses que sustentan a los partidos políticos del establecimiento estimularon y permitieron privatizar el sistema de salud. En consecuencia, debilitaron casi hasta su extinción toda la institucionalidad e instrumentos de prevención de pandemias, desfinanciaron los centros de investigación adscritos al sector y los centros de control y monitoreo de enfermedades. Todo ello amparado en una Ley, la 100/93 impulsada por el entonces senador Álvaro Uribe Vélez, que dejó a un lado el derecho humano, universal al abarcarlo como negocio. La norma reglamentó todo el sistema de seguri- →

Gráfico. Colombia: Gasto público en salud como porcentaje del PIB, 1947-2021



→ **dad social que rige al país en materia de salud.** Si bien se reconoce que la misma ha cumplido con la universalidad y el cubrimiento de aseguramiento en salud, también es evidente que hay serios líos en calidad, prevención y sostenibilidad del sistema, factores decisivos en plena atención de la crisis de salud pública generados por el covid-19.

La pandemia descorrió el último velo de un sistema abandonado al vértigo del lucro privado, la especulación del capital financiero y la corrupción de políticos y empresarios mercaderes de la vida, que enterró la estrategia de atención primaria en salud, fue incapaz de habérselas con otras enfermedades infecciosas como el dengue y el sarampión y ahora no

Distribución del presupuesto de salud, 2020

Los 31,8 billones de pesos están distribuidos en recursos para inversión (\$712 mil millones) y funcionamiento (\$31,1 billones). En inversión el Ministerio recibe casi el 90 por ciento (\$547 mil millones) del aporte de la Nación, y el restante se distribuye para las entidades adscritas como la Superintendencia Nacional de Salud (\$68 mil millones), Invima (\$67 mil millones), el Instituto Nacional de Salud (\$26 mil millones), Fondo de Previsión del Congreso (\$191 millones) y Fondo Pasivo Social de Ferrocarriles (\$2.317 millones). Así mismo, para funcionamiento el Ministerio tiene presupuestados 30 billones de pesos. Con estos recursos se garantiza el aseguramiento en salud de los colombianos, tanto en el régimen subsidiado como en el contributivo (\$19,3 billones), también se girarán las transferencias que la Nación garantiza a las entidades territoriales a través del sistema general de participaciones para el régimen subsidiado, la salud pública y el subsidio a la oferta (\$10 billones). Igualmente, se atienden los proyectos orientados al mejoramiento de la red de urgencias, la atención de enfermedades catastróficas y las reclamaciones de accidentes de tránsito No Soat (\$371 mil millones), se incluyen recursos para el financiamiento de la ley de residentes y becas crédito (\$125 mil millones), y recursos para el Programa de Atención Psicosocial y Salud Integral a Víctimas—Papsivi (\$20 mil millones). A los programas de prevención, promoción y salud pública apenas se destina el 0,06 por ciento del presupuesto sectorial.

Tres momentos y 74 años de historia

La salud en Colombia, evolución de la arquitectura institucional, la cobertura y las finanzas

A lo largo de los últimos 74 años los cambios en el sistema de salud en Colombia son más cuantitativos, formales, organizativos y de gestión. El rápido y violento proceso de urbanización también generó cambios en los perfiles de morbilidad y mortalidad: surgieron desde finales del siglo XX, como grave problema de salud, las enfermedades del corazón, las cerebro-vasculares, el cáncer y aquellas asociadas a la violencia, el abuso del alcohol y el consumo de sustancias psicoactivas; además, de la expansión de toda la complejidad de trastornos mentales.

Primer momento: exclusión, caridad y beneficencia

La asignación de recursos presupuestales en 1947 deja ver la indigencia de la salud pública y las prioridades atendidas en aquella época (Cuadro 1), cuando la población sumaba 10,5 millones y el 63,6 por ciento habitaba en zonas rurales; la pobreza por ingresos afectaba al 85 por ciento; el índice de natalidad era de 33 por mil y el de mortalidad de 15,6 por mil. La vida probable para el colombiano medio era de 46,3 años, y una alta proporción de las muertes eran atribuidas a causas remediables por medio de controles conocidos: infecciones intestinales, fiebre tifoidea, disentería, paludismo y las enfermedades infecciosas agudas, como la tosferina y el sarampión. El número de camas disponibles en los hospitales era de 1,9 por cada mil habitantes, y los médicos sumaban 3.327 (76,3% generales y solo 15 eran especialistas en salud pública), esto es, 3 por cada 10.000 habitantes (dos terceras partes concentrados en las principales capitales de departamento).

En resumen, las enfermedades que afectaban a los conacionales a mediados del siglo XX hacían parte de una espiral creciente de pobreza, malnutrición, explotación laboral, ignorancia, elitismo, exclusión, debilidad institucional y carencias financieras del sistema de salud pública.

A lo largo de las tres últimas generaciones la institucionalidad y las políticas de salud se han transformado. Hasta principios de la década de 1990 el problema de la salud era crítico. El suministro de sus servicios operaba bajo una lógica estado-céntrica, asistencialista y de beneficencia. En general, el sistema de seguridad social adolecía de problemas de insuficiencia de recursos, limitada cobertura, iniquidad, baja calidad y poca pertinencia. Los diagnósticos evidenciaban una íntima conexión entre la salud pública y la organización social, cultural, económica y política que elevaban los riesgos de enfermar y morir tempranamente: el atraso del campo, el desplazamiento violento, el bajo nivel educativo, las desigualdades

Cuadro 1. Colombia: Presupuesto del Ministerio de Higiene, año fiscal 1947		
Item	1947 (Cop \$)	%
Administración	1.652.980	9,3
Campaña contra la bartonelosis (infección bacterial)	30.000	0,2
Campaña antipiánica (infección bacteriana tropical)	50.000	0,3
Lucha antipidémica y auxilio para catástrofes	50.000	0,3
Campaña antivenérea	80.000	0,4
Campaña contra los estupefacientes	20.000	0,1
Campaña antipalúdica	50.000	0,3
Tuberculosis	440.000	2,5
Cooperación con los departamentos y gobiernos locales	2.500.000	14,0
Servicio Cooperativo Interamericano de Salud Pública	1.090.000	6,1
Sanidad portuaria	45.000	0,3
Protección materno-infantil (incluye sostenimiento hijos de leproso)	1.365.120	7,7
Ingeniería sanitaria (construcción de instalaciones sanitarias)	3.334.360	18,7
Asistencia pública	3.301.794	18,5
Campaña contra la lepra	3.834.260	21,5
Total Ministerio de Higiene	17.843.514	100,0
Producto Nacional Bruto (PIB)	3.673.800.000	
% Pspto MinHigiene/PIB		0,5

y exclusiones sociales y regionales, el desarreglo urbano, los bajos ingresos, el desempleo, la delincuencia, la corrupción y el clientelismo político.

Segundo momento: nace el sistema nacional de salud

En 1975 se creó el Sistema Nacional de Salud (SNS), un importante avance en el desarrollo sectorial, y entendido como el conjunto de organismos y entidades que tienen por finalidad procurar la salud de la población, mediante acciones de promoción, proyección, recuperación y rehabilitación. La arquitectura del Sistema tenía un diseño estado-céntrico. Estaba conformado por el Ministerio de salud pública (1), los servicios seccionales de salud establecidos en todos los departamentos y las unidades regionales localizadas en los hospitales de segundo nivel. El Ministerio del ramo, con funciones desconcentradas en los servicios seccionales, se hizo cargo de la administración y financiamiento de los hospitales de origen territorial y también de los de origen privado que dependían de fondos públicos. Estas entidades, nacionalizadas en la práctica, perdieron su autonomía. Los departamentos y municipios fueron exonerados de responsabilidades frente a la prestación de los servicios de salud, pero las administraciones departamentales mantuvieron la obligación de contribuir al financiamiento hospitalario con una porción de las rentas cedidas a su recaudo.

En resumen, el SNS se estableció como una organización centralizada estrictamente sectorial y, por ende, extraterritorial. Los servicios seccionales de salud fueron una instancia paralela a las administraciones departamentales y carentes de vínculos con las municipalidades; los directores seccionales de salud no eran responsables ante el gobernador, aunque en la práctica tampoco ante el Ministro. Además, los hospitales públicos eran "administrados" por los gobernantes territoriales, desconociendo cualquier principio de gerencia pública y con carencia de todo tipo de control y evaluación respecto a la calidad, eficiencia, resultados y transparencia en el manejo de los recursos de la salud. El Sistema estaba corroido por la ineficiencia, la politiquería, la corrupción y el clientelismo. El subsidio a la oferta fue una estrategia que no funcionó de manera adecuada e impidió el verdadero desarrollo del sector hospitalario público, que se limitaba a recibir el dinero sin hacer mayores esfuerzos por mejorar la tecnología, la calidad y la cobertura.

A principios de la década de 1980, un cuarto de la población estaba excluida de cualquier clase de asistencia en salud. El Ministerio correspondiente y los servicios seccionales prestaban asistencia al 50 por ciento de la población. El sector privado atendía otro 10 por ciento, orientado a cubrir las necesidades de salud de las familias ricas de las grandes ciudades. Otro 15 por ciento (trabajadores urbanos organizados y vinculados a los sectores mo-

dermos de la economía) estaba asistido por las instituciones de la Seguridad Social (Instituto de seguros sociales, Cajas de previsión social y Cajas de compensación familiar), bajo una modalidad más curativa que preventiva; este subsector tenía como fuente de recursos los aportes obrero-patronales y estaban regulados por el Ministerio de trabajo y seguridad social.

Hasta principios de la década de 1980 las fuentes de financiación de la salud pública eran múltiples, complejas e inestables. Los recursos provenían del nivel nacional, las loterías y beneficencias, del impuesto a los licores, de todo tipo de las apuestas y juegos y de las rentas de destinación específicas del Icbf. Los recursos apropiados para el sector salud venían decreciendo desde mediados de la década de 1970 en relación al presupuesto nacional, pasando de 9,5 por ciento en 1976 a menos del 7 por ciento en 1982. En general, el recaudo de los distintos recursos y su transferencia eran engorrosos y no siempre obedecían a factores de equidad ni contribuían a la eficacia del gasto. La falta de oportunidad se traducían en estados crónicos de déficit presupuestal. En estas condiciones, la ciudadanía no tenía ninguna confianza en la salud pública. Así pues, no solamente había escasez de fondos para garantizar una mayor cobertura de la población, sino ineficiencia, clientelismo y corrupción en la estructura de las finanzas del sector público de la salud (2). En general, el gasto público en salud estuvo correlacionado con los ciclos del gasto social, dependiente, a la par de la dinámica económica. En las décadas de 1970 y 1980, el gasto social per cápita registró tres sensibles caídas: entre 1975 y 1976 por efecto de la crisis del capitalismo global y las políticas de reducción del tamaño del Estado; entre 1984 y 1986 como efecto del ajuste macroeconómico y fiscal de estos años; y, finalmente entre 1989 y 1990 como consecuencia de la recesión económica. Hasta 1991, Colombia registró un gasto social en proporción al PIB por debajo del promedio latinoamericano que era de 9 por ciento. Hasta la década de 1970 el gasto público en salud apenas fue del 0,6 por ciento del PIB en promedio; durante los años 1980-1992 subió ligeramente a 1,2 (Gráfico).

En 1987 se inició el proceso de descentralización de la institucionalidad de la salud. Los alcaldes (elegidos en 1986 por primera vez por voto directo) ahora tuvieron la capacidad de gestión para los servicios de salud y los municipios comenzaron a recibir recursos del nivel central para financiar las inversiones en infraestructura física de este sector. Aunque el mismo se resistía a descentralizarse, la necesidad de revisar el enfoque curativo e intrahospitalario, para incorporar una perspectiva de salud pública

está preparado para lo que viene: el pico epidemiológico y la saturación de un sistema de salud ya frágil e insuficiente. De esta manera, con el enfoque de aseguramiento privado el Estado renunció a garantizar el derecho ciudadano a la salud para entregar el servicio a negociantes sin escrúpulos. El debate que de allí surge sugiere que la Ley 100 tiene que desaparecer, dado el enfoque neoliberal de la enfermedad que convirtió la salud en mercancía, la completa financiarización del sector y la innecesaria intermediación de las EPS en el control del aseguramiento y el manejo de los recursos financieros.

Es por ello que en procura de fortalecer el sector salud, el problema no se reduce a inyectarle más dinero, pues el mismo es absorbido –como en un “agujero negro”–, dado el alto porcentaje de ganancias extraordinarias que genera la intermediación del capital financiero, las estafas, robos y prácticas corruptas y clientelistas que medran a la sombra de un derecho transformado en negocio.

Cosmovisiones y formas de vida enfrentadas

En 2013 dos proyectos de ley fueron llevados al Congreso de la República, uno de ley estatutaria con principios básicos fundamentales que fue aprobado en la corporación, así como uno de ley ordinaria que se quedó en tercer debate.

Respecto al segundo proyecto, según el presidente Santos, la Ley presentada por su gobierno buscaba

evitar el colapso financiero del sistema de salud. Sin embargo, los trabajadores de la salud salieron en octubre de 2013 a las calles en diferentes lugares del país, para denunciar la crisis del sector y manifestar su rechazo a la reforma presentada por el Gobierno porque consideraron que empeoraría la situación. El movimiento ciudadano “Por una salud digna en Colombia” articuló la protesta con la bandera de que el país necesita un modelo de salud “que elimine la intermediación y que favorezca el interés de los colombianos y de los trabajadores del sector salud”. En general, los trabajadores del sector consideraban que el Gobierno debía reformar la Ley 100/93, que creó el sistema de seguridad social integral pero transfirió los servicios de atención médica a las EPS. Además, denunciaron que con la Ley 100 las EPS se convirtieron en monopolizadoras de los servicios de salud, algunas de las cuales quedaron involucradas en escándalos financieros por estafas y desfalcos al sistema sanitario. En resumen, el proyecto presentado por el gobierno Santos al Congreso incluía la reforma de la Ley 100 pero en vez de corregir el modelo vigente lo profundizaba, según las asociaciones médicas.

La Ley Estatutaria que considera a la salud como un derecho fundamental, inicialmente presentada por el gremio de las asociaciones médicas, fue finalmente aprobada por el Congreso de la República. La Ley 1751 de 2015 mejor conocida como Ley Estatutaria en salud, trae diferentes beneficios para los usua-

rios, uno de ellos es que la salud para los colombianos de ahora en adelante es un derecho fundamental, es decir, a nadie le pueden negar el acceso a este servicio y tienen derecho a un servicio oportuno, eficaz y de calidad. La sostenibilidad fiscal del sistema es uno de los puntos clave dentro de la Ley 1751 de 2015; de acuerdo con esta, los problemas financieros no pueden ser una causal de impedimento para prestar eficiente y oportunamente el servicio. Por eso, el Ministerio de Salud debe divulgar anualmente las evaluaciones sobre resultados de goce efectivo para los elementos de accesibilidad, disponibilidad, aceptabilidad y calidad. A partir de esos resultados se deberán diseñar e implementar políticas públicas tendientes a garantizar la sostenibilidad financiera y a mejorar las condiciones del servicio de salud.

No obstante, pasado un lustro, según los analistas, actualmente las EPS deben a los hospitales alrededor de 38 billones de pesos. Algunos de ellos atribuyen la inoperancia del sistema a la falta de recursos; otros, a la corrupción y el clientelismo político; pero sin duda, uno de los mayores obstáculos para que los recursos lleguen a los destinatarios –que son los prestadores del servicio, llámense hospitales o clínicas– es la intermediación por parte de las EPS, las barreras administrativas puestas por estas y el continuo saqueo de los fondos de la salud por parte del capital financiero y las mafias políticas.

Recordemos que los recursos asignados al sector crecieron significativamente con la puesta en marcha de la Constitución de 1991 (Gráfico). Recientemente, en promedio, la proporción de los recursos destinados del presupuesto General de la Nación al sector salud ha sido de 9 por ciento desde 2012, año en el que se dividieron los ministerios de Trabajo y Salud. Dicho rubro se ha incrementado, también en promedio y durante el mismo periodo, alrededor de 14 por ciento año a año. Sin embargo, la cifra no siempre ha sido positiva ni el comportamiento ascendente, pues entre 2016 y 2017, por ejemplo, la variación fue de negativa, esto es, de menos 2,2 por ciento. No obstante, el presupuesto sigue presentando una tendencia creciente, ya que entre 2017 y 2020 pasó de 23,3 a 31,8 billones de pesos (ver diagrama).

Es importante traer a la memoria que los servicios de salud en el país no son financiados exclusivamente por la Nación, pues desde la entrada en vigencia de la Ley 100/93, el sistema se privatizó, por lo que se creó el régimen contributivo y subsidiado: el primero acoge el 48,1 por ciento de los afiliados: los trabajadores hacen una contribución mensual que se descuenta del salario y se complementa con el pago que efectúa el empleador. Mientras que el segundo acoge al otro 51,9 por ciento de los usuarios, el Estado es el que paga con recursos que salen del Presupuesto General, el Sistema General de Participaciones y algunos impuestos recaudados por las entidades territoriales, como es el caso del consumo de cigarrillo, alcohol y juegos de azar. Esto quiere decir que el Presupuesto se enfoca en un poco más de la mitad de los afiliados, que son los subsidiados.

La Corte Constitucional dictaminó en 2008 que los planes de beneficios ofrecidos por cada sistema tendrían que ser los mismos, a pesar que el plan del gobierno tenía menos dinero.

La Nación mantiene una deuda con el sector privado que puede ser de entre \$7 y 8 billones, por los tratamientos y medicamentos que están por fuera del Plan Básico de Salud (PBS, antes llamado POS) que se empezó a pagar con títulos TES, pero en 2017 se agotaron, por lo que la deuda creció, la misma que busca pagar el gobierno Duque con la Ley de Punto Final (3).

El Plan Nacional de Desarrollo de la administración Duque (2019-2022) priorizó la salud como uno de los factores más relevantes para construir equidad, por eso arrancó el 2020 con un presupuesto de 31.8 billones de pesos. Este presupuesto tuvo un incremento de 8,1 por ciento respecto a los 29.5 bi- →

Cuadro 2. Colombia: Personas afiliadas al Sistema General de Seguridad Social en Salud, por regímenes (miles, participación %). Total nacional y áreas, 2018

Total nacional y área	Total personas	Afiliación						Régimen de afiliación					
		Afiliados		No afiliados		No informa		Contributivo		Subsidiado		No informa	
		Total	%	Total	%	Total	%	Total	%	Total	%	Total	%
Total	49.987	46.747	93,5	3.075	6,2	166	0,3	22.498	48,1	24.153	51,7	96	0,2
Cabecera	38.449	35.921	93,4	2.400	6,2	128	0,3	20.804	57,9	15.040	41,9	77	0,2
Centros poblados y rural disperso	11.538	10.826	93,8	675	5,8	38	0,3	1.694	15,6	9.113	84,2	19	0,2

integral y multisectorial, basada en el control colectivo de los factores de riesgo y las actividades extramurales, constituía una fuerza dominante que se venía canalizando desde 1988 alrededor del movimiento de creación de sistemas locales de salud –Silos– impulsados por la organización Panamericana de la Salud.

Colombia finalizó el año 1990 con una población de 34.125.000 habitantes, el 69 por ciento en pobreza por ingresos insuficientes y la tasa de desempleo abierto era de 10,5 por ciento. A principios de la década de 1990, el Seguro Social cubría con servicios de salud a 10,2 por ciento de la población, con ineficientes y altos costos de funcionamiento. Había un aseguramiento de la burocracia y las Fuerzas Armadas en Cajanal, estos representaban el 4,8 por ciento de la población. Los colombianos de mayores ingresos, no más del 16 por ciento, pagaban una medicina privada, oportuna y de calidad. Los pobres, el 69 por ciento, debían someterse, cuando tenían “suerte” de acceder a algún servicio de salud, a la caridad y a la beneficencia.

En 1990 tomó cuerpo una reforma sectorial que buscó descentralizar ya no sólo la inversión sino parte de la dirección y el control sobre los servicios de salud y planteó que el nivel nacional debería asumir exclusivamente las funciones de dirección, asesoría y control. En consecuencia, asignó a los municipios la responsabilidad de la prestación y funcionamiento del primer nivel de atención en salud, y a los departamentos la responsabilidad correspondiente al segundo y tercer nivel. Los planteamientos básicos de la reforma de 1990 fueron incorporados en la Constitución de 1991, estableciendo así las bases del nuevo sistema de salud. De esta manera se estableció un sistema universal de seguridad social en salud, compatible con el ordenamiento descentralizado previsto por la misma Carta Política.

Tercer momento: el sistema de aseguramiento de salud

La Ley 100 concibió la salud como negocio y no como derecho. El nuevo sistema fue diseñado y reglamentado en 1993 y su implantación se inició en 1994 (3). El financiamiento del Sistema General de Seguridad Social en Salud abarcó dos fuentes principales: los recursos provenientes de los impuestos de la nación y por otra parte los recursos de los aportantes y cotizantes del Régimen Contributivo. En Colombia, el sistema de aseguramiento en salud quedó bajo la hegemonía de las EPS privadas. Para cumplir con sus responsabilidades las EPS deberían conformar una red de servicios para lo cual cualquier entidad promotora de salud podía contratar a clínicas y hospitales (IPS) de forma independiente y autónoma o garantizar el acceso a los servicios con su propia red en lo que se denomina integración vertical. En paralelo, la Ley 100 debilitó a los hospitales públicos. Las EPS actúan en los dos regímenes de afiliación en el Sistema General de Seguridad Social en Salud: el régimen contributivo y el subsidiado. El régimen contributivo fue creado por medio de la Ley 100/93 como un conjunto de normas que rigen la vinculación de los individuos y las familias al sistema general de seguridad social en salud, cuando tal vinculación se hace a través del pago de

una cotización, individual y familiar, o un aporte económico previo financiado directamente por el afiliado o en concurrencia entre éste y su empleador (4). Por su parte, el régimen subsidiado es aquel en que se encuentran las personas sin capacidad de cotizar al Sistema por lo cual el Estado les proporciona los medios para su afiliación mediante los subsidios a la demanda. Además de estos dos regímenes, se encuentran en un tercero, bajo la denominación de vinculados o población de bajos recursos no asegurada –Ppna; su atención médica se realiza a través de contratos de prestación de servicios entre los entes territoriales y las Empresas Sociales del Estado –ESE.

En paralelo al desarrollo del sistema, la totalidad de los hospitales públicos tuvieron que transformarse en ESE, las que constituyen una categoría especial de entidad pública, descentralizada, con personería jurídica, patrimonio propio y autonomía administrativa que deben garantizar la rentabilidad social y financiera de la empresa social.

En 1993 había ocho millones de personas afiliadas al sistema general de seguridad social en salud, esto es, 24,3 por ciento de la población total, y para 1997 los afiliados ya sumaban 23 millones, esto es, 57 por ciento de la población colombiana. Al finalizar la década de 1990 el proceso de descentralización no había logrado consolidarse debido a la insuficiente voluntad política departamental y municipal, a la falta de claridad en cuanto a las competencias de los distintos niveles, y a la concepción centralizada del flujo de recursos que aún persistía en el sistema. De acuerdo con la Encuesta de Calidad de Vida, tramitada por el Dane, en 2018 estaban afiliados 46,8 millones de personas al sistema general de seguridad social en salud, esto es 93,5 por ciento de la población total. Por régimen de afiliación, el 48,1 por ciento pertenecía al contributivo y el 51,7 al subsidiado. (Cuadro 2). Si bien, a la Ley 100 le reconocen cobertura y universalidad, ésta no abarca del todo la zona rural y hay carencia de hospitales en esas zonas y en los barrios donde se concentra la miseria urbana. Hay aseguramiento pero no prestadores de los servicios de salud. ■

1. En 1953 pasó a llamarse Ministerio de Salud, abandonando su denominación inicial de Ministerio de Higiene, según la Ley 27 de 1946 que lo creó.

2. Plan Nacional de Desarrollo “Cambio con equidad”, 1983-1986. DNP, Bogotá, 1983, pp. 255-265.

3. DNP, Unidad de desarrollo social. Sistema de Indicadores Sociodemográficos para Colombia. Gasto social 1980-1997. Boletín 21, junio de 1999, Colombia, p.p. 31-32

4. En el sistema de salud colombiano las personas con capacidad de pago deben estar afiliadas a una EPS y pagar periódicamente por el servicio de salud que estas presten. Las personas son atendidas por personal médico en instituciones prestadoras de salud (IPS), que son los centros asistenciales, y estos hacen los cobros de sus servicios brindados a las EPS.

ESTRUCTURA DE FINANCIACIÓN DEL SISTEMA DE SALUD COLOMBIANO

FINANCIACIÓN DE CADA MODALIDAD

1 RÉGIMEN CONTRIBUTIVO
Fuente

12% del salario de cada trabajador se envía a la Adres

2 RÉGIMEN SUBSIDIADO
Fuente

Presupuesto nacional + Sistema General de Participaciones + Impuestos recaudados por entidades territoriales (Ejm: consumo de cigarrillo, licor y juegos de azar)

RADIOGRAFÍA DEL SISTEMA EN 2019

- En 2019 hubo **43 millones** de afiliados a los servicios de salud
- Aproximadamente **50%** de los afiliados estaba registrado en el régimen subsidiado y el otro **50%** en el contributivo
- Se giraron **\$50,5 billones**
- \$46,42 billones se pagaron a las EPS por el servicio que debe prestar
- \$4,15 billones se pagaron por servicios y medicamentos que están por fuera del Plan Básico de Salud (PBS) antes POS
- Esto fue **31,1% más alto** que en 2018 y la suma más alta de la historia

HISTÓRICO PRESUPUESTO GENERAL DE LA NACIÓN Y RECURSOS PARA LA SALUD

Total (Cifras en billones)

*Proyección según borrador del presupuesto



Fuente: Sondeo LR Gráfico: LR-GR

→ Ilones de pesos del 2019. Con esa cifra, el sector salud se convirtió en uno de los de mayores recursos.

La salud, derecho humano fundamental universal e irrenunciable

La pandemia y la crisis económica en desarrollo han permitido reconocer la importancia de la estructura estatal en la economía y en la construcción de un genuino Estado de bienestar, garantista de los derechos humanos universales y de la democracia participativa. La primera lección que dejan los 27 años de hegemonía de la Ley 100 es clara: el libre mercado no tiene cómo responder en los momentos de crisis. Debemos aprovechar la presente para crear un nuevo pacto social con base en la dignidad humana y la democracia participativa.

La salud se ha transformado durante el último siglo dejando de ser un sector férreamente estratificado, excluyente de la mayor parte de la población, asistencial, caritativo y de beneficencia, para considerarse un derecho humano fundamental universal e irrenunciable, bajo la dirección, regulación y control del Estado. En Colombia, este es el sentido y significado de la Ley Estatutaria promulgada en 2015, sin que aún se implemente por las rémoras colocadas por la clase dirigente y, en particular, los respectivos ministros del ramo que han impedido su reglamentación.

Históricamente, la arquitectura del sistema de salud en Colombia ha basculado entre el estadocentrismo

y el mercadocentrismo; entre los subsidios a la oferta y los subsidios a la demanda; entre el centralismo y la descentralización; entre el acceso a los servicios y la simple carnetización del aseguramiento; entre la caridad y la beneficencia, de un lado, y los derechos humanos universales, de otra. Al sector de la salud lo caracteriza una insuficiente participación de los trabajadores, la comunidad y, en general de la ciudadanía, en el diseño, gestión y veeduría de los servicios y manejo de los recursos financieros, sumado a actitudes refractarias y de poca habilidad para este proceso por parte de las instituciones de salud y la tecnocracia estatal. Es el momento para la democracia radical participativa, esto es, un modelo de salud sociocéntrico fundamentado en la dignidad, base de todo derecho humano universal. ■

1. Las personas se afilian a las EPS para luego ser atendidas en IPS (clínicas y hospitales).
2. La no conciliación de las deudas es uno de los principales problemas del sistema de salud colombiano. Para el año 2019, según el ministro de Salud de la época, Juan Pablo Uribe, el gasto en servicios No PBS del régimen contributivo, que es una deuda de la Nación con las EPS, se estimaba entre \$3 y \$5 billones; y el del régimen no subsidiado de los departamentos en \$2 billones. Además, las acumuladas entre las EPS y los hospitales se acercaban a \$9 billones y, adicionalmente, las IPS también tenían otras con proveedores que no estaban dimensionadas. En total, el déficit del sector para el año 2019 se estimaba en \$10 billones.
3. La Ley de Punto Final es un paquete de medidas para hacer más eficiente el gasto en salud, con las que se busca sanear diferencias

El examen de la Oede sobre el sistema de salud colombiano

Al finalizar el mes de abril de 2020, Colombia se convirtió de manera formal en miembro de la Organización para el Desarrollo Económico (Oede), siendo el país número 37 en ser parte de la Organización en sus 60 años de historia. Junto con México y Chile es el tercer país de América Latina y el Caribe en ser aceptado en su seno.

El estudio realizado por la Oede sobre la realidad de este sector en Colombia —para evaluar su ingreso a este organismo— señala que el país ha mejorado significativamente su sistema de salud durante las últimas décadas, logrando incrementos en la expectativa de vida (de 62,2 años en 1970 a 77 años en 2018) y reducciones en la mortalidad infantil (bajó desde 40 muertes por 1.000 nacidos vivos en 1970 hasta 13,2 en 2018). Además, la cobertura de aseguramiento en salud se cuadruplicó desde 23,5 por ciento de la población en 1993 hasta 95,9 en 2020.

Colombia es el socio pobre en un club de países ricos. Su gasto en salud como porcentaje del PIB es de 7,7 por ciento, en tanto los socios más adinerados destinan más del 10 por ciento (en Estados Unidos la proporción porcentual es de 16,9). El gasto en salud por persona en el país es de US\$960 y el promedio de la Oede supera los US\$4.000. Colombia cuenta con apenas 1,7 camas hospitalarias por cada mil habitantes frente a un promedio de 4,7 en la Oede. La Organización Mundial de la Salud (OMS) recomienda que los sistemas de salud de países de ingresos medios/bajos deben tener mínimo 25 médicos por cada 10 mil habitantes; Colombia tiene una proporción de 15 médicos generales; el promedio de la Oede es 12,7.

El incremento progresivo de los costos en salud es un problema mundial debido al aumento de la expectativa de vida y las enfermedades crónicas, y al avance de la tecnología. En los próximos 10 años, según pronósticos de la Oede, el gasto sanitario per cápita aumentará a una tasa promedio anual del 2,7 por ciento y alcanzará el 10,2 por ciento del PIB en 2030, frente al 8,8 por ciento en 2018.

Según el informe de este "club", para mantener el objetivo de proveer un servicio de salud universal y de alta calidad, ahora Colombia debe enfocarse en mejorar la eficiencia y la calidad, así como fortalecer la sostenibilidad financiera del sistema.

y deudas históricas entre los agentes del sector, garantizando el financiamiento del sistema y generando mayor liquidez. En el contexto del régimen contributivo, la Administradora de los Recursos del Sistema General de Seguridad Social en Salud –Adres– adelantará un proceso de auditoría y pago, de una posible deuda de \$5,2 billones asociada a los servicios y tecnologías no financiados con la UPC del régimen contributivo. En el régimen subsidiado, el saneamiento implicará pagos por aproximadamente \$1,5 billones, donde la Nación cofinanciará el esfuerzo territorial para así lograr el saneamiento definitivo asociado a los servicios y tecnologías no financiados con la UPC del régimen subsidiado. El Gobierno Nacional pretende disponer de una nueva fuente de recursos que no compita con los corrientes que se necesitan para el funcionamiento del sistema de salud. En el Plan Nacional de Desarrollo se habilitó al Ministerio de Hacienda para realizar operaciones de crédito que financien el saneamiento.

*Economista y filósofo. Integrante del comité editorial de los periódicos *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, y *desdeabajo*.

Pablo Dávalos

Un manifiesto para el siglo XXI
De la renta básica universal y otras utopías

¿Qué mundo emergerá luego de la pandemia del virus covid-19? ¿Cuáles pudieran ser sus contornos? Para intuir aquel mundo que pueda ser, es conveniente inclinarse sobre el que hemos construido hasta ahora. En las últimas décadas, nuestra realidad se define desde una sola razón dominante: el neoliberalismo. Sus efectos son innegables. Las sociedades son cada vez más injustas, más desiguales y más violentas. Se conjugan dentro de una misma dinámica contradictoria de inteligencia artificial, productividad y políticas de austeridad, manejo corporativo del Estado, y poderes políticos y económicos con capacidad de control social a través del Big-data.

Libro virtual (.pdf)
P.V.P.: \$20.000Formato: 17 x 24 cm
158 páginas
(disponible en
impreso a partir
del 25 de junio)

La “satelitización total de la vida” como paradigma del futuro posible

por Damián Pachón Soto*

En 1957 Sputnik se convirtió en el primer satélite que se puso en órbita. Desde ese momento los rusos lograron que la tierra se pudiera percibir desde un “afuera” y la humanidad adquiriera una mayor auto-consciencia de su puesto en el cosmos. Con esta hazaña se inició también el *escaneo permanente del espacio y del universo*. Este hecho se convirtió en un punto de partida nuevo para la humanidad. No sólo significó un acontecimiento importante en la carrera espacial, sino en un “modelo” mismo –un paradigma diríamos con Giorgio Agamben– que amplió y profundizó la organización y el control de la vida en la tierra, y que puede ser el paradigma hegemónico en ese futuro que los gobiernos han empezado a llamar “nueva normalidad”. Si, al fin y al cabo, los satélites artificiales han servido para recoger información, almacenarla, procesarla y transmitirla, en la “nueva normalidad” o “excepcionalidad normal”, podrían ponerse al servicio de un total bio-control de la población.

Ese logro de la tecno-ciencia en el siglo XX sólo fue en ese momento otro peldaño más escalado producto de los sueños prometeicos y fáusticos despertados en los albores de la modernidad; o lo que Francis Bacon llamó el “imperio humano sobre el universo”, el cual buscaba realizar “todas las cosas posibles”. Entre los siglos XVI y XVII cambia la cosmovisión y, por ende, *la imagen del mundo*. El Nuevo Mundo “descubierto” por Colón dio lugar a una mayor y creciente colonización del *orbis terrarum*. Esa colonización no sólo fue posible por los descubrimientos geográficos, los adelantos técnicos y de navegación, sino por la apertura mental posible gracias a la vuelta del escepticismo pirrónico y el de Sexto Empírico, lo cual produjo, en pocos años, el cuestionamiento de esa *imagen del mundo* sustentada por la cosmovisión cristiano-medieval de la realidad.

Eran las postrimerías del Renacimiento, donde la escolástica perdía el monopolio de la explicación del origen y el destino del mundo. Pero era, también, el entronamiento de la razón, de la *ratio*, esa misma que Hobbes definió, en *El Leviatán*, como cálculo. El cálculo no sólo respondía a las necesidades de la nascente sociedad burguesa y su matrimonio con el Estado, esa nueva “empresa” como la llamó Max Weber, sino que era el nuevo fundamento de la filosofía y de la racionalización del cosmos. Así, resquebrajada la cosmovisión cristiana, el mundo pasó a ser dominio humano, profano, desencantado. El “desencantamiento del mundo” y la concomitante *razón cálculo*, darán origen a lo que el pensador colombiano Darío Botero Uribe llamó “raciomundanía” o, lo que es lo mismo, la consumación del postulado weberiano según el cual: “como lema de toda investigación en torno al racionalismo debería figurar este sencillo principio olvidado a menudo: que es posible *racionalizar la vida desde los más distintos puntos de vista y en las más variadas direcciones*”.

El dominio logrado sobre la naturaleza en el siglo XVII, gracias a los aportes de Newton y de tantos otros, es correlativo con el paradigma del *gobierno*. Es decir, al dominio del cosmos correspondía también la imperiosa necesidad de administrar *la polis, la civitas*. No es raro, entonces, que la ciencia social haya seguido a la ciencia o *filosofía natural* consolidada durante la revolución científica. Gobernar es regir, y

se debe regir no sólo la naturaleza, sino también la sociedad. La biopolítica foucaultiana muestra bien ese nuevo paradigma de gobierno creciente en Europa de la mano de la consolidación del Estado, más precisamente, diríamos, en el tránsito del Estado absolutista al Estado de derecho liberal.

El Estado moderno hizo necesaria cada vez una mayor organización social. Ésta no es posible sin mecanismos de control social, entre ellos, el derecho, y muy especialmente, el derecho punitivo. El derecho, *que regula, permite y prohíbe*, no es más que una expresión de la racionalidad romana rediviva en la configuración de *la nueva vida estatal*. En ésta, el encapsulamiento, la ubicación, la determinación del espacio en relación con la población, la estadística, es fundamental. Desde luego, esta juridificación y administración de la vida cotidiana no es suficiente, pues requiere de otros mecanismos como la moral y la ética. La regulación de la vida social siempre ha ido de la mano de la autorregulación social, la cual es muestra, de paso, de la legitimidad otorgada por los ciudadanos a los sistemas políticos.

La nueva organización social de la modernidad necesitó que el pensamiento funcionara, para usar la expresión de Max Horkheimer en la *Crítica de la razón instrumental*, como “ancilla administrationis”, lo cual en manos de los gobiernos se traduce en una manera de “*rector mundi*”. Esto es, la razón esclava de la administración puesta al servicio de regir o gobernar el mundo. Que a esto le llamemos sociedad panóptica, disciplinaria, poco importa. Ya no estamos en ese paradigma. Más bien, hoy éste ha sido subsumido en lo que Deleuze llamó “sociedad de control” o, en términos marxistas, en la subsunción real de la vida por el capital.

La sociedad de la subsunción real de la vida en el capital, esta aldea global de la sociedad unidimensional, se torna, gracias a la información, a su hiperrelación e hiperconexión, en una especie de organismo social, complejo heterogéneo, pero encapsulado bajo el paradigma de la *vigilancia permanente*. En esta nueva realidad de las últimas décadas, *capitalismo y seguridad* van de la mano, máxime desde el 11 de septiembre cuando la lucha global contra el terrorismo justificó la restricción de las libertades y alteró más la frágil geopolítica mundial, dando lugar al derecho de intervención y a la guerra preventiva. En todo caso, el Estado se puso al servicio del capital en la era neoliberal, y la extracción de plusvalor, la explotación de la vida y la naturaleza, ha sido facilitada por mecanismos más fuertes de control social, represión y vigilancia, en desmedro, desde luego, de los mecanismos de auto-regulación social.

En el contexto actual de la pandemia, donde las crisis múltiples que anidaban en las entrañas de la civilización se han convertido en síntomas, claramente patentizados e identificados, la urgencia de controlar el virus y el contagio, avizora un aumento de estos sistemas de control y vigilancia. La necesidad crea la oportunidad y los gobiernos lo saben, de tal manera que se abre un abanico de posibilidades técnicas de control y la tecno-ciencia trabaja en ello. Es fácil comprender que, en la situación actual, si bien eso que llamamos globalización va a sufrir transformaciones radicales, se hace necesaria una *vigilancia global sincronizada, actual*, en tiempo real. Desde luego, tal vigilancia se articulará gradualmente desde lo local, pasando por lo estatal, hasta articularse a los siste-

mas de control y vigilancia global. Esta posibilidad planteada por Byung-Chul Han, nos pone en un escenario donde el *ciber-Estado* acudirá a mecanismos y dispositivos sacados de una película distópica o de series a lo estilo *Black Mirror* de Netflix. Esta vigilancia global sincronizada, articulada segmentalmente, puede leerse bajo el paradigma de la “satelitización total de la vida” o “sputnikismo biocrático”, que nos devuelve a la imagen teológica del ojo divino que todo lo ve, planteada en Marcos 4: 22: “Porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de salir a luz”. Sería una especie de Dios digital omnipresente. El mundo en acto ante el *super-ojo* satelital de los gobiernos del mundo.

Ya los celulares que controlan el distanciamiento social, donde sí se ha estado en un punto plenamente cartografiado, en contacto con un contagiado, manda directamente al individuo al confinamiento; donde el perro robot es usado para lo mismo; donde el dispositivo en la mano o en el pie, tal como se usan

La política no está aún aniquilada ni desactivada. Es claro que los gobiernos gozan por estos días de carta libre –bajo muy poco control–.

para el arresto domiciliario, vigilan las posibilidades de movimiento; donde el *cheap* electrónico o el reloj multifunciones ubican y leen la temperatura o los signos vitales, son una realidad en marcha. Todos ellos se podrán articular en esa nueva normalidad que se avecina de *no ser posible el control total del covid-19*. Si los poderes existentes ya escanean

el universo, por qué no usar el “satélite” para un escaneo permanente de la vida. La “visibilidad como elemento integrante del control social” –para decirlo con las palabras del sociólogo Robert K. Merton– será la nueva realidad. De ahí surgirían insumos para la nueva gobernabilidad.

Esta satelitización total de la vida disolvería la distinción –ya casi inexistente– entre la vida privada y la pública, menguaría más las libertades, de tal manera que en el futuro la libertad sería un bien escaso y preciado; vulneraría de manera inimaginable la democracia, aseguraría el disfrute de los privilegios de las élites más pudientes, en fin, profundizaría las injusticias de la sociedad actual y crearía nuevas formas de jerarquización y exclusión. Incluso, tornaría funcional a la *eugenesia social* profundizada (miseria, pobreza, disminución de las posibilidades) por los efectos de la pandemia.

Lo curioso es que hace unos meses se criticó fuertemente a algunos filósofos e intelectuales por sus pronósticos apocalípticos, pero lo cierto es que en la medida en que se vaya perdiendo la batalla contra el coronavirus –para usar ese lenguaje bélico tan de moda por estos días– pensadores como Agamben y Han tendrían algo (o mucha razón). No lo sabemos con certeza, dadas las dificultades de pensar en el vértigo de la crisis, pero es una posibilidad.

Sin embargo, la política no está aún aniquilada ni desactivada. Es claro que los gobiernos gozan por estos días de carta libre –bajo muy poco control– para tomar medidas, y que la pandemia ha puesto en letargo la protesta social, tal como ha sucedido en América Latina, en países como Chile, Colombia y México. De tal manera que impedir la materialización de la mencionada satelitización de la vida solo será posible si los movimientos sociales, la ciudadanía, los colectivos, etcétera, logran *crear* un horizonte alternativo de existencia. Finalmente, si la protesta social se *reactiva* y convierte el Estado y lo público en “objetos” en disputa, en *espacios* de lucha, se pueden crear modos de vida distintos, plurales, con instituciones fuertes, anti-patriarcales, vitalistas, justas, etcétera, donde *lo común* y la *realización pluridimensional* de las personas sean el horizonte de la política y la convivencia. ■

* Profesor Universidad Industrial de Santander, Doctor en Filosofía, dpachons@uis.edu.co



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

Lo que está en juego, más allá de la pandemia, son las libertades individuales y sociales dentro de democracias que cada vez se asemejan más a regímenes totalitarios.

El cerco se estrecha

por Philip Potdevin*

Los gobernantes a través de sus actuaciones desnudan sus más profundas convicciones. Por ejemplo, la alcaldesa de Bogotá, quien goza de un alto índice de popularidad, ante la pregunta de una periodista de cómo estaba ante la situación de la pandemia, contestó al borde de las lágrimas: “Angustiada, Yolanda, angustiada”, con voz entrecortada, y tras una pausa, “Muy angustiada. [...] Tengo ocho millones de personas por cuidar, esa es mi responsabilidad” (1). Una expresión que re-

vela que al ciudadano se le trata como a un menor de edad incapaz de cuidarse por sí mismo. Por contraste, y menos de un mes después, al otro extremo del maternalismo, la misma gobernante declaró: “El nuevo crimen es salir sin tapabocas” (2). Es la otra cara del continuo de poder, criminalizar la conducta ciudadana al punto de perseguir al individuo por algo que no puede ser más que una contravención o una conducta socialmente reprochable, jamás un delito. Entre las dos actitudes, maternalismo y persecución, ambas igual de absolutistas en el ejercicio

del poder, subsisten las distintas formas de confinamiento obligatorio, con profundas implicaciones para las libertades individuales.

Encerrar a la gente en sus casas ha sido la medida tomada como “mejor práctica” por casi todos los gobiernos del mundo, siguiendo el ejemplo chino y coreano para contener la pandemia. Del otro lado, hay países como Suecia que se negó a imponer ningún tipo de confinamiento, y Bielorrusia que se negó a caer en el contagio del miedo y adoptó una actitud mucho más festiva. Pero ir en contra de las medidas draconianas es desafiar la autoridad científica de expertos epidemiólogos y de la máxima autoridad en el tema, la OMS. Lo que está detrás es el encubrimiento de la enorme deuda social de los Estados por haber despreciado, a través de la desinversión y de la privatizaciones, la importancia de un cubrimiento apropiado en los servicios de salud para la población, en especial, para la más pobre y vulnerable.

Añádase a esto que los gobernantes y líderes del mundo desconocen o subvaloran una verdad de Perogrullo: el ser humano es esencialmente un *zoon politikon* y en su condición gregaria, individuo de la polis, necesita la ritualidad de reunirse, congregarse, festejar, celebrar, solidarizarse, acompañarse, abrazarse. La necesidad social ha sido imposibilitada con las medidas de confinamiento, aislamiento y distanciamiento. Ahora parecen monumentos al absurdo escenarios de reunión vacíos como teatros, coliseos, bibliotecas, auditorios, estadios, parques, paseos peatonales, terrazas, playas. Y, a medida que estos reabren paulatinamente, la demarcación del espacios para el distanciamiento parecen más un insulto a la sociabilidad que una medida de protección.

De allí que la propia OMS haya advertido sobre otra crisis inminente: «El aislamiento, el miedo, la incertidumbre, la agitación económica, todos causan o podrían causar angustia psicológica. La salud mental y el bienestar de sociedades enteras se han visto gravemente afectados por esta crisis y son una prioridad que debe abordarse con urgencia» (3).

Concedamos que el encerramiento forzoso ayude a contener la propagación del mal, pero si se mira más allá de esto, ¿qué se gana con el aislamiento, el distanciamiento y la reclusión de los ciudadanos? ¿Acaso no es el más grande miedo de los gobernantes el temor a que la “multitud” se manifieste libre y espontáneamente contra los mecanismos de dominación? El confinamiento voluntario, obligatorio o inteligente –todos eufemismos sacados de la chistera de la PNL–, coarta el derecho a la protesta social, a la manifestación pública, a la expresión colectiva. No solo por la prohibición expresa de llevarla a cabo sino por la angustia sembrada en el ciudadano de la calle en torno al riesgo de congregarse con sus semejantes en una calle a protestar. Los motivos para reunirse solidariamente y ejercer presión ante las autoridades pasan a un segundo plano ante el miedo de poner en riesgo la vida. Es una cuestión de supervivencia individual.

Todo lo anterior tiene muchas aristas. No deja de sorprender la forma como los mayores de setenta años están siendo tratados, extremando su encierro forzoso bajo el pretexto de ser los más vulnerables. De nuevo, se está ante un manejo que desconoce la autonomía, la sabiduría y el respeto por el ciudadano. En la sociedad del siglo XXI, se es funcional más allá de los setenta años, entonces ¿qué propósito hay en tratar a esa población –que a través de la historia se ha respetado como sabios, consejeros y asesores de gobernantes y de las generaciones más jóvenes–, como si fuera menor de edad incapaz de decidir por sí misma? No deja de ser paradójico que algunos miembros del gabinete del presidente Duque hayan tenido que dar un paso atrás y quedarse en la sombra por ser precisamente mayores de setenta años.

A contrapelo de la tendencia de justificar las bondades de las medidas coercitivas, ampliamente defendidas tanto por gobernantes como por la tenden-

cia mayoritaria mediática, de cerrar filas en una peli-grosa unanimidad doctrinaria, comienzan a erigirse voces críticas. Por ejemplo, el rector de la Universidad del Valle, afirma que “el confinamiento es una medida de la Edad Media” (4) producto de la poca preparación y la falta de herramientas tecnológicas de los gobiernos y administraciones.

La crisis actual ha permitido entrever un sustrato aterrador al fondo del espeso mar de estadísticas engañosas (5), interpretaciones, alarmas, decretos, amenazas, advertencias, medidas y controles: la pretensión oculta bajo el eufemismo de “nueva normalidad” es otra estrategia de dominación, elemental, pero eficaz, de biopolítica que rebasa los límites de cualquier democracia para adentrarse en el totalitarismo; algunos ya la denominan abiertamente como neofascismo (6).

¿No se estará escondiendo un cierto experimento de autoritarismo y de poder que dialoga con las estrategias neofascistas? ¿No se estará produciendo una gran falacia a nivel global para aplicar tecno-controles, vigilancias y castigos en el presente y en un futuro cercano? A medida que pasamos por el “confinamiento obligatorio preventivo” se van despejando los campos, generando varias dudas sobre los actuales acontecimientos.

Desde diversas latitudes surgen cuestionamientos que revelan otra realidad. La diputada italiana Sara Cunial, ha declarado recientemente ante el parlamento italiano:

«Hobbes nos decía que el poder absoluto no nace con una imposición desde arriba, sino de la elección de individuos que se sienten más protegidos renunciando y concediendo la propia libertad a otras personas. Ustedes, en virtud de esto siguen anestesiando las mentes con base en medios de comunicación comprados, en gel desinfectante, en la PNL, con palabras como *régimen*, *permitir*, *autorizar*, hasta el punto de “permitirnos” regular nuestras relaciones y sentimientos y certificar nuestros cariños. [...] Hemos entendido que no se muere, por cierto, solo por el virus, y desde entonces se podrá sufrir y morir gracias a ustedes, según la ley, por la miseria y la pobreza. Y como en los mejores regímenes, la culpa será echada a nosotros, los ciudadanos. Nos quitáis la libertad y nos decís que nos lo hemos buscado, al grito de “divide et impera”. Quienes al final lo pagan son, sobre todo, nuestros hijos, almas violentadas por quienes supuestamente deberían garantizar sus derechos. Será permitida la vuelta al colegio solo con pulseras para acostumarlos a la libertad bajo vigilancia, a los tratamientos sanitarios obligatorios esclavistas y a campos de concentración virtuales, en cambio de un patinete y una *tablet*. Todo esto para satisfacer los apetitos de un capitalismo financiero cuyo motor es el conflicto de intereses, representado por la OMS, cuyo principal financiador “salvador del mundo” es el conocido “filántropo” Bill Gates.

Lo que está en juego, más allá de si la pandemia se va o se queda, de en qué momento se supera la pendiente de la curva, de hasta cuándo se extiende la cuarentena o cuándo se pasa de una fase a otra, de si hay riesgos de rebrote es algo más profundo y sensible: *el principio de libertad, individual y social, un principio que parecía dado por sentado en los derechos humanos universales*. Este derecho está en riesgo y es lo que han enmascarado numerosos gobernantes apoyados por una comunidad científica y médica y por los organismos multilaterales como la OMS.

Y cuando aparece el debate, este se limita a intentar dilucidar un falso dilema en el que muchos tropiezan por un hilo invisible atravesado en el camino: la elección entre dos opuestos: privilegiar la vida, a través de extremar las medidas de confinamiento o privilegiar la economía, permitiendo que los negocios y las actividades industriales, comerciales y profesionales vuelvan a operar. En todos los medios aparecen cada día opiniones de numerosos analistas que tratan de dilucidar el acertijo sin darse cuenta que han caído en una trampa al adentrarse en *agones*, disputas típicas entre los personajes de la tragedia griega: Antígona y Creonte, Edipo y Tiresias, Medea y Jasón, Agamenón y Clitemnestra. Para un ciudadano desprevenido es difícil tomar partido por uno u otro, pues en últimas, ambos parecen tener la razón. La forma como se desate el nudo siempre dejará insatisfecha a la otra parte. Estamos entonces, ante una aporía, un razonamiento en el que aparecen contradicciones o paradojas irresolubles.

La dificultad en resolver las aporías es la forma cómo se plantean o las premisas de donde parten. En general, lo que esconden es algo más de fondo que permanece en un segundo plano. De allí que en lugar de caer en la falacia de inclinarse por la salud o por la economía, lo relevante es resaltar lo que está en el fondo: el deterioro de la libertad humana de elegir su destino, sus comportamientos y hasta sus pensamientos.

En los últimos años autores como Sadin (7) y Srnicek (8) vienen advirtiendo de qué manera la inteligencia artificial, con sus algoritmos que registran, vigilan, controlan, procesan y anticipan comportamientos, ha irrumpido en la “gestión de la vida”, donde las decisiones del individuo son influidas, de manera sutil pero decisiva, por el conjunto de medios de comunicación, motores de búsqueda, aplicaciones y redes sociales. Ahora los teléfonos inteligentes descargan de manera automática aplicaciones de rastreo de contactos con el supuesto fin de determinar el riesgo de contagio (9), una herramienta más en el eslabón de vigilancia biopolítica. El ser humano es cada vez menos autónomo en su ir y venir, en su discursar, en su comportamiento y en su pensamiento, a pesar de que la época actual está nimbada de un falso halo de exacerbada individualidad y libertad. Byung Chul Han ha dicho, recientemente: “Con la pandemia nos dirigimos hacia un régimen de vigilancia biopolítica. No solo nuestras comunicaciones, sino incluso nuestro cuerpo, nuestro estado de salud se convierten en objetos de vigilancia digital (10).

Las fronteras de la libertad individual se estrechan en todos los campos de acción, desde lo físico, a través del encierro obligatorio y el distanciamiento físico, hasta lo intangible pero verificable, como es el pensamiento y sus mecanismos de toma de decisiones de qué hacer, qué comprar, qué buscar, qué leer, a dónde viajar, por quién votar...

Hay un retroceso en las libertades individuales tras el cenit alcanzado en algún punto entre la Revolución Francesa y la crisis actual. De la crisis actual emergemos más vigilados, más restringidos, más dominados, menos autónomos, en una palabra, menos libres. El anhelo perpetuo por la dignidad humana ha sido puesto en suspenso. La búsqueda de la realización personal y de los esfuerzos por practicar la solidaridad con los demás ceden al instinto más básico que domina al ser humano: el de la supervivencia. El mismo Han sintetiza:

“El virus es un espejo, muestra en qué sociedad vivimos. Y vivimos en una sociedad de supervivencia que se basa en última instancia en el miedo a la muerte. Ahora sobrevivir se convertirá en algo absoluto, como si estuviéramos en un estado de guerra permanente. Todas las fuerzas vitales se emplearán para prolongar la vida. En una sociedad de la supervivencia se pierde todo sentido de la buena vida. El placer

también se sacrificará al propósito más elevado de la propia salud”.

La pregunta que aflora es ¿qué hacer frente al cerco que se estrecha y se cierra sobre el ciudadano? ¿Qué queda a este en sus pretensiones de libertad individual y de ejercer la solidaridad? Desde una perspectiva macroeconómica, el economista francés Piketty, autor del reciente *Capital e ideología*, se ha pronunciado con una tesis que encuadra en su anhelo de reinventar la socialdemocracia y el Estado de Bienestar Social. “Debemos ser muy cuidadosos. Así que, hoy, pienso que además de estos confinamientos masivos debemos aumentar la inversión en nuestros sistemas públicos de salud y desarrollar mejores redes de seguridad social y apoyar más los

ingresos de todos los que lo necesiten”. Pero por otro lado, no deja de mencionar el potencial que tiene la protesta social: “Esta crisis podría alimentar efectos muy contradictorios. En términos generales, lo que expongo en mi último libro es que todo depende de la movilización política, las movilizaciones sociales ...”. Es decir, a mayor presión sobre el confinamiento, mayor potencial de las comuni-

nidades para manifestarse contra el recorte de las libertades individuales. Las consecuencias pueden ser previsibles.

De otra parte, el individuo, en su soberanía interior, posee un recurso inalienable: la resistencia civil, pacífica y firme, de oponerse a toda forma de dominación, llámese confinamiento, encierro, aislamiento, vigilancia o intromisión en su vida privada, familiar, social y comunitaria. Hoy recobran vigencia los postulados de un neoanarquismo que rechaza las más sutiles pero también las más explícitas formas de dominación. Ante las fuerzas que estrechan el cerco sobre los derechos humanos universales, el llamado está en abogar, como se hizo en la Revolución Francesa, y en cada momento crucial de la humanidad, por un ciudadano que goce de unos derechos consustanciales a su naturaleza que se han ido disolviendo en los vericuetos de las democracias que cada vez más semejan regímenes totalitarios donde estos simplemente no existen. El bienestar del ser humano debe ser puesto de primero y no al final de la lista de los intereses del capital y de los gobernantes. Tras lanzar la carta de la resistencia civil, es la multitud quien decide la siguiente jugada. ■

1. RCN, 19 de abril, 2020, entrevista con Yolanda Ruiz.

2. *El Tiempo*, 10 de mayo 2020

3. *The Guardian*, 14 de mayo 2020, dijo la directora del departamento, Devora Kestel. Dijo que el mundo podría esperar un aumento de la gravedad de las enfermedades mentales, incluso entre los niños, los jóvenes y los trabajadores sanitarios.

4. *El Tiempo*, 9 de mayo, 2020.

5. Ver, por ejemplo, Carlos Maldonado, *Los engaños de la estadística*, Desde abajo, mayo 2020.

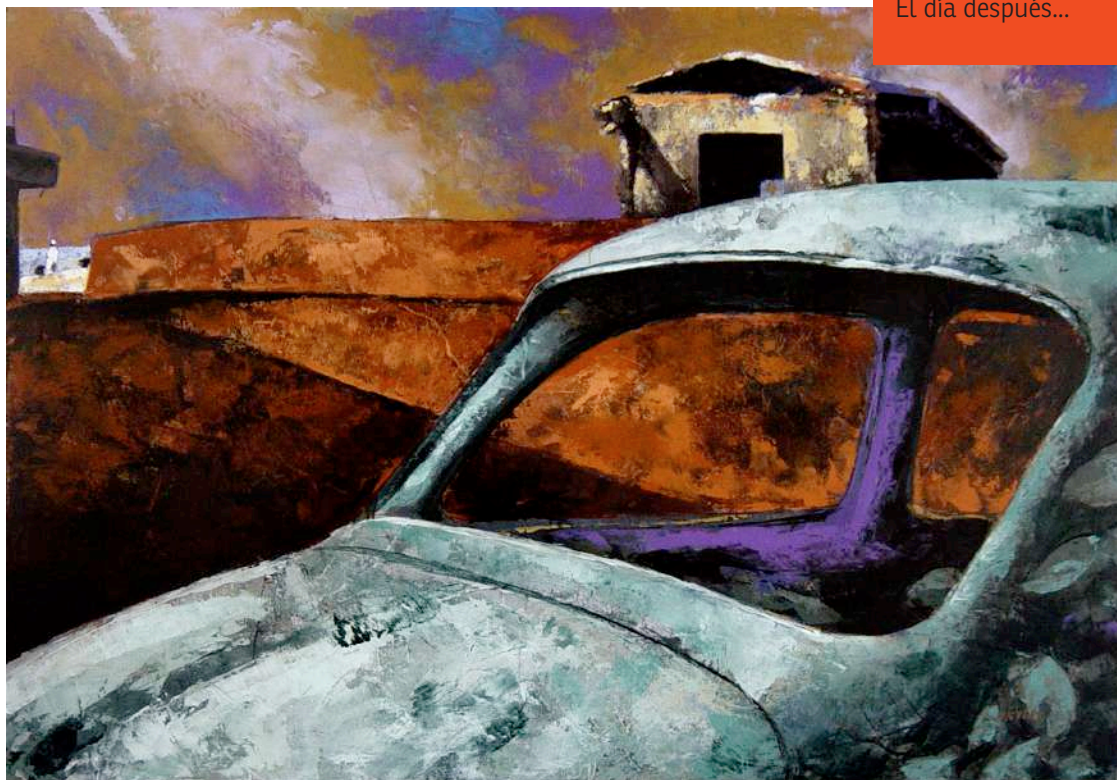
6. Fajardo Fajardo, C., *Neofascismos y pandemia*. Desde Abajo, mayo 2020.

7. Sadin, E., *La siliconización del mundo, la irresistible expansión del liberalismo digital*, Caja Negra, colección Mundos futuros, Buenos Aires, 2017.

8. Srnicek, N. *Capitalismo de plataformas*, Caja Negra, colección Mundos futuros, Buenos Aires

9. *El Espectador*, 19 de mayo, 2020. *El desafío tecnológico que propone el COVID-19, las aplicaciones para rastreo de contactos*.

10. *El Tiempo*, 17 de mayo, 2020



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

Del encierro a la calle, del aislamiento al reencuentro, de la incertidumbre a la alegría social. La pandemia va dejando múltiples lecciones, entre ellas las características cada vez más nítidas del poder y sus intereses inmediatos y mediatos. La vida se impondrá a la muerte, y la creatividad potenciada en todos los campos por la imposibilidad del encuentro físico cotidiano potenciará la acción colectiva pospandemia.

Pensando la poscrisis covid-19

¿Volverá la normalidad?

por Carlos Eduardo Maldonado*

La producción de estudios, reflexiones y análisis sobre el covid-19 es impresionante. En algo menos de tres meses desde su irrupción mundial, solamente el portal Researchgate.net reporta más de 30.000 documentos. Varias estimaciones señalan que para diciembre de 2020 habrá un total de 50 millones de publicaciones y *pre-prints*. Los hay de todo tipo: consideraciones epidemiológicas, económicas, políticas, de diagnóstico, de pronóstico, teorías conspirativas, relaciones con la crisis ambiental, estudios nacionales y regionales y muchos más. Aquí nos proponemos, con la mayor prudencia, pensar el futuro inmediato de la post-crisis covid-19. No sin humor decía N. Bohr, uno de los padres de la física cuántica: predecir, sobre todo cuando se trata del futuro, es muy difícil. Por esto quedan fuera de consideración aquí el futuro a mediano y a largo plazo. Al fin y al cabo los sistemas complejos son esencialmente impredecibles. En el mejor de los casos, se los puede predecir a corto plazo; y cuanto a más corto plazo, tanto mejor.

Las causas de la crisis

Sin reduccionismos, es posible identificar claramente cuatro causas de la crisis de la pandemia, todas con un valor genérico, y se aplican por tanto a muchos países; pero no a todos y cada uno.

En primer lugar, la crisis golpeó muy fuertemente a todos aquellos países cuyo primer renglón de gastos en el PIB es en industria armamentista: seguridad y defensa. De lejos, numerosos países invierten mucho

más en el campo militar y de policía antes que en políticas sociales; notablemente, mucho más que en salud, educación vivienda, ciencia y tecnología. Quedó claramente de manifiesto que los países catalogados como más desarrollados son solamente ricos en consumo, pero no en calidad de vida. No en vano son los países más depredadores de la naturaleza, así como la materialización más fina del neoliberalismo.

La segunda causa es la privatización de los servicios sanitarios (= seguridad social) en la mayoría de los países más afectados. De esta suerte, la privatización de los servicios de salud consiste en la traición del Estado hacia sus ciudadanos y el favorecimiento del capital privado por encima de los derechos más fundamentales. Políticamente hablando, se trata de una amplia y sistemática violación de los derechos humanos. Y a eso llaman “democracia” (sólo formal y en la superficie). Los países menos golpeados por la crisis del covid-19 tienen una seguridad social estatal o gubernamental más fuerte. En casos como Colombia, el 100 por ciento de la seguridad social está privatizada: las EPS.

La tercera causa de la gravedad de la crisis es la globalización (*globalization* en inglés) o la mundialización (*mondialisation*, del francés) o internacionalización (*Internationalisierung*, en alemán); tres expresiones para un mismo fenómeno. El capitalismo termina achatando las culturas y los pueblos y estandarizando estilos de vida, a la vez que integra, por todos los medios –tecnologías, transporte, comercio, educación, etcétera–, geografías, historias y tradiciones en una sola cosa; eso que se llama genéricamen-

te “Occidente”. El mundo se volvió literalmente pequeño (*small world theory*), y los Estados nacionales cedieron su autonomía a un puñado de transnacionales y corporaciones que son las que en realidad dominan el mundo. Así, la expansión de los males es una sola y misma cosas con la expansión del capital. La globalización puede ser entendida, mucho mejor, como un mundo diferente de suma cero; así, los fracasos de unos son también los fracasos de los otros, o al revés: los triunfos en un lugar se traducen en triunfos en otra parte; así sea con diferencias.

Las tres primeras causas son económicas, políticas, financieras y tecnológicas; un mismo conjunto.

La cuarta causa tiene una razón científica. Se trata del desconocimiento acerca de la importancia de los virus en la economía de la vida. La biología, la medicina, la propia ecología y las ciencias sociales y humanas, principalmente, desatendieron el papel que los virus desempeñan en la trama de la vida. Fueron sistemáticamente descuidados, hasta que una conjunción de factores hizo que saltaran al primer plano. La historia reciente consiste en la fiebre de las vacas locas, malaria, el N1H1, el ébola, el Sars, y ahora el covid-19. Recurrentemente, numerosos virus asaltan la salud de los seres humanos. En general cuando los médicos no saben qué tiene un paciente diagnostican: es una virosis; y dejan que el sistema inmune actúe y logre recuperar la salud.

La lección, según parece, queda aprendida. A golpes, como aprenden a veces los perezosos y descuidados. El resultado fue el surgimiento del Proyecto Viroma Global (GVP, por sus siglas en inglés) (2017-2027) cuyo principal propósito es pasar de una actitud defensiva a una proyectiva (1). La vida es sencillamente imposible sin los virus o al margen de éstos. Así que debe ser posible comprenderlos. En el límite, se trata de una escala de los sistemas vivos.

Tenemos, así, cuatro causas de dimensiones diferentes que cuando se cruzan producen una auténtica pandemia. Quizás la identificación de las causas ayuda a pensar en soluciones y en previsiones.

El futuro inmediato después de la crisis

La crisis llegó y nadie la vio venir. Ni Tirois ni Troyanos. A contrapelo, sin embargo, numerosos centros de investigación, universidades, laboratorios y países trabajan mancomunadamente para encontrar alguna solución. Desde la producción de vacunas hasta el ensayo con medicamentos distintos para paliar la crisis. Las cifras son alentadoras. Verosíblemente alguna solución se habrá encontrado en cuestión de meses hacia futuro, a partir de la fecha.

Dos hechos justifican este optimismo. En primer lugar, la existencia de (grandes) bases de datos comunes, y el carácter de redes en los que se adelanta hoy en día la investigación. De esta suerte la curva de aprendizaje es vertiginosa y los tiempos de investigación más breves. En segunda instancia, se trata de la publicación, acelerada, de avances, propuestas, proyectos. La investigación hoy no existe si no es publicada. Esto hace que los dos factores se refuercen mutuamente: redes de cooperación y aprendizaje colectivo aunadas a amplias bases de datos y fuentes comunes de publicación.

Sin embargo, es claro que el panorama no es ingenuo. Ha salido a la luz pública que E.U. e Inglaterra no desean que la vacuna contra el covid-19 sea gratuita. Esta es la perversión de las patentes, en un marco de conocimiento abierto (*open source*) y de beneficio para la humanidad. Las patentes son el canto más acabado a la privatización y al realce de los intereses privados sobre la vida y el interés común. Las patentes y registros son el pasado que quiere vivir aún en el presente, y amenazan la salud y la vida de millones de seres humanos. El camino hacia el futuro es el libre acceso a la información: datos abiertos (*open data*) y libre acceso a la información (*open access*).

La vacuna logrará ser desarrollada en poco tiempo. Pero la producción masiva de la misma tardará unos meses más. Esta es la diferencia entre investigación básica en el laboratorio y producción industrial por parte de las farmacéuticas; producción y comer-

cialización. De suyo, ningún laboratorio tiene las capacidades de producción de una farmacéutica. Aun así, lo cierto es que deberemos aprender a vivir con el virus; con este o con una variación suya. Y que, verosímilmente habrá una segunda o tercera ola de contagio. Sin embargo, el problema no es el virus: es la eficiencia o ineficiencia de políticas de salud exactamente en el panorama de las políticas –económicas fiscales, de salud y otras– del Estado.

El covid-19 ha permitido algo hasta ahora inimaginable, o muy demorado: el ingreso, a la fuerza, de las sociedades al siglo XXI, gracias al manejo de internet y todo lo que la red implica. En verdad, el aprendizaje de las herramientas básicas de internet ha debido ser rápido y sostenido. Esto implica la apropiación –no siempre consciente– de la web 3.0 y 4.0, tanto como el trabajo con las tecnologías 3G y 4G en gran escala; gobernantes y ciudadanos, profesores y estudiantes, activistas, comerciantes y empresarios, por ejemplo, y gentes de todas las edades. Claro, señalando expresamente la emergencia de la brecha digital, diáfana, como nunca antes: alrededor del mundo, una amplia mayoría no tiene computador personal, carece de servicios de internet y no conoce estas herramientas de trabajo. Las desigualdades sociales y económicas han resultado evidentes también en este plano.

Pues bien, en el futuro inmediato se impone una reducción de los costos de computadores, servicios de internet y otros relacionados. El sistema wimax (= internet gratuito en las ciudades) debe ser un derecho humano fundamental, y los gobiernos y Estados deben suministrarlo y garantizarlo; al fin y al cabo, en la sociedad de la información el acceso a la información forma parte de un derecho fundamental (cuarta generación de los derechos humanos). En otras palabras, se trata del tránsito del sistema wifi al wimax. Este tránsito es una condición básica para una democracia sólida.

La pandemia y el aislamiento social han permitido, al mismo tiempo, que los pueblos, los académicos, los intelectuales, los campesinos organizados y las ONGs piensen. El confinamiento ha permitido observar y pensar. Novedosas propuestas están emergiendo en todos los ámbitos tendientes a un fortalecimiento y exaltación de la vida. Ya existe claramente conciencia de que la pandemia del covid-19 no es ajena a la crisis climática en curso, y ambos, al sistema productivista y de consumo vigente. Se ha aprendido que la especie humana es débil por culpa del sistema económico y político dominante; pero que puede resistir y rebelarse en contra del mismo.

La gente ha aprendido que se alimenta mal, y que puede cocinar más saludable y a menor costo. Y que hay numerosas cosas del consumo superfluas.

En otras palabras, el confinamiento, la distancia social y otras medidas de aislamiento colectivo han tenido como resultado el encuentro de numerosas voces en internet compartiendo experiencias y propuestas. Jamás se habían realizado tantas charlas, conferencias y seminarios –webinars– como en los últimos tres meses; el número es creciente. Ello ha permitido un aprendizaje colectivo cuyos resultados son promisorios por alternativos. La verdad es que el aislamiento ha permitido una integración a través de la web nunca antes existente. Sólo queda, una vez que el confinamiento baje o se elimine llevar estas experiencias hasta acciones y relaciones presenciales. Y ello sucederá, sin duda.

Covid-19 y acción colectiva

Sin la menor duda, en el futuro inmediato la acción colectiva cobrará nuevas fuerzas. Al fin y al cabo, justo antes de la epidemia se vivía una eferescencia de vida alrededor del mundo: los estudiantes chilenos, los indignados en Nueva York y Barcelona, los movimientos indígenas en las Américas, los jóvenes en Hong Kong, todos los movimientos ambientalistas, con todo y la crítica al *fracking*, y muchos otros. Los aprendizajes realizados durante el confinamiento no lograrán opacar los reclamos y protestas. Por el contrario, se asistirá a un movimiento mundial sin

antecedentes en la historia de la humanidad, con el valor de la vida saltando al primer plano. Vida y naturaleza, y no más complejo industrial-militar, productivismo y consumo; vida y naturaleza y salidas a la crisis climática, por ejemplo.

La crisis que vivimos es civilizatoria, no simplemente de la modernidad o del neoliberalismo. Existen ya suficientes luces al respecto. Asistimos al nacimiento de una nueva civilización, mientras la vieja fallece inevitablemente. Sin embargo, como en todos los movimientos milenaristas, trata de llevarse a cuantos pueda consigo. El capital no sabe de vida; tan sólo de cifras, y ve a la gente como estadísticas.

Si para crear se necesita confinamiento, para celebrar la creación son necesarios actos de encuentro y celebración. Y durante el confinamiento por esta pandemia es mucha la creatividad percibida: en las artes y en la academia, en la cultura popular y en las artesanías, en ciencia tanto como en filosofía. El desconfinamiento será la ocasión de compartir, asimilar y evaluar esta creatividad. Sin embargo, lo claro es que todo apunta hacia un espíritu crítico, alternativo y no ya simplemente contestatario, sino, propositivo. Una mirada sensible y crítica a las dinámicas que tienen lugar en las redes sociales así permite anticiparlos.

En verdad, la celebración de la cultura es un acto social: las exposiciones, los lanzamientos de libros, las lecturas de poesía, los encuentros y debates académicos, y demás. El sector cultural se habrá de reinventar en el futuro inmediato. Numerosos textos están siendo escritos, y muchos de ellos podrán ser publicados también en impreso, por ejemplo.

Un elemento determinante que cambiará será el cuidado a la vejez (“el adulto mayor”). Hay una idea que no se sostiene más, y que proviene de la Segunda Guerra Mundial. Impuesta por la Cruz Roja, se trata de la idea de que la prioridad en los procesos de salvamento va así: primero mujeres, luego niños, después adultos y al final los ancianos. En el marco de la sociedad del conocimiento este criterio es vetusto y, en verdad, peligroso. No solamente ignora la inversión de la pirámide demográfica, algo inexistente en los años 1940, sino que desconoce por completo la educación, la memoria y las curvas de aprendizaje que implica el adulto mayor en el contexto de la sociedad del conocimiento. En numerosos países han comenzado a realizar la crítica del criterio que ha llegado a permear a las ciencias de la salud. En verdad, un criterio biológico debe poder lugar a uno de tipo cultural, social y de conocimiento. De lo contrario, se cae en el peligro de convertir la eugenesia en androfobia.

Nada volverá ser igual: la idea de la termodinámica

Nada volverá a ser igual, una vez que pase la pandemia. En primer lugar porque se ha hecho un aprendizaje, en muchos casos doloroso. Segundo, porque saldrán a la luz verdades que los gobiernos han estado ocultando: cifras de muertes, manejos de presupuestos, alianzas oscuras, asesinatos cometidos o permitidos por agentes y fuerzas del Estado, y mucha corrupción. Las persecuciones a los periodistas independientes, líderes sociales, miembros de la oposición, ambientalistas y ONGs mientras tenía lugar el aislamiento social no pueden quedar impunes. Sin la menor duda, las élites le temen a la transparencia y a la información. Ambas son, hoy por hoy, la principal fortaleza de los movimientos sociales y políticos alternativos. Una nueva democracia es posible gracias a la creciente de información pública, compartida y revelada. El mundo de los datos no es patrimonio de nadie. Los movimientos sociales, políticos y sectores de la academia están aprendiendo el procesamiento de datos, y todo lo que ello comporta.

En numerosos lugares, el cuidado de la vida ha sido el resultado más de políticos locales que de gobernantes nacionales, alrededor del mundo; de médicos y personal sanitario antes que de políticas públicas; en fin, de las comunidades y redes sociales antes que de militares, banqueros y políticos. Esto ya ha quedado en claro. Numerosas consecuencias surgirán de este estado de cosas.

Una derivación inmediata de la termodinámica establece que hay un costo en los procesos de aprendizaje, traducido en la elaboración de clases de equivalencias entre hechos cumplidos, descuidos y abandono de un lado, y la creación de posibilidades, con la generación de acción colectiva creativa, crítica y radical.

El aislamiento social ha congelado la acción colectiva; pero no la ha suprimido, en absoluto.

Los estudiantes chilenos volverán a las calles. Las mujeres seguirán cantando voces de protesta alrededor del mundo. Los indignados y los okupas se organizarán de formas aún más creativas. Y se publicarán, leerán y discutirán los aprendizajes logrados. Una fabulosa articulación entre movimientos locales y aprendizajes globales habrá de arrojar nuevas y refrescantes luces. Las gentes han aprendido a usar las tecnologías a su favor, y seguirán haciéndolo. Y nadie podrá controlar la fuerza de internet y de la acción colectiva subsiguiente.

Nada será igual a lo que era antes de la pandemia porque las cosas serán mejores, a favor de la vida y la naturaleza, y peor cada vez para el gran capital. En un estudio ya clásico, M. Randle pone en evidencia las distintas modalidades de la resistencia civil (2): la desobediencia civil, la insumisión, el desacato, las sentadillas, la objeción de conciencia, el boicot, las huelgas, los paros, la ocupación, la rebelión armada no violenta, son algunas de las formas más destacadas. A estas se suman la canción protesta, las coreografías, las fiestas populares y en general toda forma de acción colectiva no-violenta. La crisis del covid-19 sirvió para redimensionar los sistemas de trabajo, de producción, de estilos de vida y de valores anteriores a la crisis. Este redimensionamiento se traduce en un cambio en las formas de vida, y entonces, en el sistema de libre mercado. En el capitalismo, el valor por excelencia es el valor de cambio. Y éste es exactamente el que se ha revelado como secundario frente al valor de uso, frente a la salud y la vida misma, como un todo. Como dicen los mayores: si se tiene la salud todo se lo tiene; lo demás es secundario.

El periodismo independiente, la academia crítica, las ONGs de derechos humanos y las ambientalistas, las nuevas formas de expresión artística, los movimientos de hacker éticos, la minga indígena, el movimiento campesino, sectores de las clases medias y algunos (desafortunadamente aún pocos) miembros del sector industrial y comercial democráticos, militares críticos y otros sectores sociales habrán de encontrarse en el post-confinamiento. Lo que habrá de celebrar es la vida.

Subrayemos esto: no es al virus a lo que se habrá derrotado, sino a la indolencia de gobernantes y políticos corruptos, de banqueros y financistas ciegos por el poder y el dinero, en fin, a políticas públicas sociales que deberán ser cambiadas. Las gentes saldrán después del aislamiento social no solamente a recuperar las distancias perdidas y los encuentros que se suspendieron, sino, además, a reconocer ampliamente que fue el personal sanitario el que estuvo al frente, y una buena parte de los que cayeron unos, y se recuperaron otros. A pesar de los gobiernos, los bancos y los militares.

Es evidente: las élites tradicionales tienen miedo. Y deberán tenerlo aún más, una vez que superemos la pandemia y la alegría vuelva a ser posible: en las calles, colectivamente, unos con otros, en el abrazo y el calor humano. Que es lo más real que podemos tener como humanos. A pesar de la desconfianza e incertidumbre que hoy domina, por paradójico que parezca, las gentes han perdido el miedo: ésta es la más grande ganancia que puede haber en la vida jamás. De ahí en adelante todo lo que queda es ganancia: y entonces mucha acción colectiva, que no es sino un nombre para la alegría y la fiesta.

1. Cfr. Maldonado, C. E., (2020) “¿Qué significa la crisis del Coronavirus?”, en: *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, abril, año XVIII, No. 198, pp. 4-6.

2. M. Randle, *Resistencia civil. La ciudadanía ante las arbitrariedades de los gobiernos*, Barcelona, Paidós, 1994.

Pospandemia no significa superación de la crisis ni capitalismo normalidad

por Francesca Gargallo Celentani

Y ahora que muchas feministas hemos dicho repetidas veces que la pandemia ha solo evidenciado la crisis que estaba ahí, tocando a la puerta, nos vemos en la urgencia de afirmar que no queremos volver a la normalidad de esa crisis latente. No queremos más inacción ante el cambio climático para apuntalar con tierras devastadas y cantidades de CO2 e Hidrógeno en el aire al capitalismo. No queremos un sistema ecocida que del ser humano solo le interesa su fuerza de trabajo. No queremos jerarquías, confinamientos, control.

Usaré unas imágenes y conceptos para sostener esta afirmación: retorno, mutación, reordenamiento, revolución y cambio civilizatorio.

Mutación y reordenamiento son dos palabras que caracterizan perfectamente el comportamiento de los virus. Cada año el virus de la influenza evoluciona gradualmente a través de mutaciones en los genes que ocasionan que su superficie exterior parezca diferente y los anticuerpos producidos por una infección anterior no lo reconozcan y no puedan combatirlo con eficacia. El virus que provoca el VIH es más frenético, está atareado como un corredor de bolsa y parece un adalid del productivismo capitalista: se reproduce mucho más rápido que la mayoría de otras entidades, en miles de millones de copias de sí mismo cada día. A medida que se copia rápidamente a sí mismo, comete errores, lo cual se traduce en mutaciones de su código genético, que se reproducen a su vez, se recombinan y forman nuevas variaciones dentro de la persona. Paralelamente, los virus de las computadoras mutan cada vez que el inventor de sus antivirales necesita vender uno nuevo y las tendencias virales en las redes sociales se reordenan según la rapidez con que los ídolos que los ponen a circular cambian. La relación que estas mutaciones virales tienen con nuestros comportamientos, con nuestros miedos y con la capacidad de controlar nuestros comportamientos está en directa relación con la capacidad de mantenernos en constante estado de alarma, hacernos comprar antivirales (o vacunas) o amenazarnos.

Revolución es una vuelta acelerada que provoca un cambio generalmente brusco sobre algo ya existente. En tiempos remotos, las revoluciones eran retornos a las normalidades trastocadas por hechos extraordinarios –pestes, invasiones, migraciones–, pero, desde la Modernidad Ilustrada, revolución se ha convertido en un término político que remite a los comienzos de algo completamente nuevo, que puede provocar rechazo en amplios sectores de la sociedad, aunque otros la hayan planeado e impulsado. ¿Es tiempo de una revolución en el modo de concebir nuestra relación con el trabajo, los cuidados, la vida y la naturaleza? De ser así, el cambio civilizatorio es la transformación vital, cooperativa y simbiótica, donde se abre paso y asienta este algo completamente nuevo contra el que combaten conservadores, liberales, patriarcas y millones de personas asustadas que buscan certezas.

Las feministas, por mucho que le pese al señor Žizek, desde hace más de medio siglo, venimos reflexionando, fantaseando y construyéndonos imágenes del fin del patriarcado y del capitalismo para un cambio civilizatorio que contemple la igualdad de oportunidades para personas y culturas diferentes sobre la base de la valoración de los trabajos indispensables, los de los cuidados y de la alimentación, y el fin de las confrontaciones, competencias y exaltación del individualismo.

El cambio civilizatorio que proponen las feministas es una construcción colectiva para desprendernos

de la ilusión patriarcal del *Dominio mundi* que nos ha llevado a su pronto colapso. Cuestiona los objetivos económicos del sistema, cuales el desarrollo, el crecimiento continuo y la fantasía de infinitud que, inevitablemente, aterrizan en prácticas de control del trabajo, de los recursos naturales y de los productos culturales de los pueblos. Según el ambientalista mexicano Enrique Leff, la construcción de un conocimiento no de dominio, sino solidario con la diversidad y la diferencia, sería un “saber ambiental”. Para impulsar y organizar un cambio civilizatorio, este saber ambiental será la base de toda pedagogía. En efecto, construir la organización ecológica de la vida implica dialogar con respeto con percepciones distintas de la naturaleza de la que somos partes y examinar el conocimiento más allá de la racionalidad comunicativa construida sobre un posible consenso de juicios y verdades.

Ahora bien, este tipo de saber ambiental mina la ideología de la ciencia única, verdadera, cuyas bases, nos enseñan desde la primaria, guían el destino de la humanidad a la salud y la prosperidad. Entre los motivos por los que no podemos volver a la normalidad del colapso capitalista que la pandemia vino a evidenciar está la función de las universidades y el concepto de ciencia única, que se impone sosteniéndose en los valores de mercado. La academia propaga y defiende su ciencia desde su poder de descalificar cualquier investigación o presupuesto que ponga en duda su poder. Para conseguir patentes de vacunas y medicamentos (que, de obtenerse, habrán sido financiadas con dinero público pero serán de su propiedad), las universidades han impedido de hecho el reconocimiento a las curas tradicionales, con sus saberes e investigaciones prácticas, que en las comunidades más aisladas y en zonas urbanas empobrecidas están siendo las únicas que llegan a salvar las vidas de las personas infectadas.

En su libro *Monocultivos de la mente: perspectivas de la biodiversidad y la biotecnología*, la física y ecofeminista india Vandana Shiva sostiene que en los últimos tres siglos la racionalidad de la ciencia moderna ha transformado el escenario del planeta porque ha colonizado los espacios geográficos tanto como las poblaciones, volviéndolas rehenes de una ideología del dominio y de los valores del mercado. Las mentes así se han cristalizado en un “monocultivo”, una cultura que homogeneiza, uniformiza y mercantiliza todas las formas de vida. Y que además es capaz de generar constantemente discursos, mecanismos y herramientas perfectamente racionales para perpetuar el sistema ante cada cuestionamiento y acción para acabar con los males existentes. Desde 2005, Shiva nos ha develado que los monocultivos primero se instalan en las mentes y luego se transfieren al suelo. Son ideas y estrategias económicas que generan modos de producción que destruyen la diversidad de la vida y legitiman la minería, el trabajo explotado, la destrucción de las selvas, los megaproyectos hídricos, así como la devastación de cualquier cultura –con su respectiva pedagogía– diferente a la establecida por el mercado.

La infección viral que desde principios de este año se ha subido a los aviones baratos y contaminantes del turismo de masa, y ha ido saltando de país en país, ha logrado que la Organización Mundial de la Salud, una especie de superministerio mundial de salubridad, presionara a estados nacionales que se pretendían globalizados para que encerrara en sus fronteras nacionales, sus municipios y sus casas aproximadamente el 65 por ciento de la población mundial en todos los continentes (excluyendo a aquellas personas

cuyos trabajos son considerados indispensables por el sistema financiero-industrial, más las personas que proporcionan servicios indefectibles para la vida). Supuestamente este encierro tiene que ver con un virus desconocido con una enorme capacidad de contagio: el coronavirus Sars-CoV-2. Eso es, un virus que muta poco pero alcanza a cualquiera. En realidad la ciencia moderna no ha sabido ofrecer para frenarlo sino el jabón, que los romanos inventaron hace más de dos milenios, y la solución medieval ante las pestes, la cuarentena. ¿Por qué? Porque el encierro provoca ansiedad y miedo, y el miedo –según lo que dicen los publicistas– vende más que el sexo.

El 6 de mayo recién pasado, el Centro de Investigación de Virus de la Universidad de Glasgow, en Escocia, ha dado a conocer un análisis que revela que el coronavirus que causa la covid-19 no ha mutado en diversos tipos. Sin embargo, desde marzo diversos investigadores lograron una gran resonancia mediática cuando informaron que circulaba más de un tipo de Sars-CoV-2 en la pandemia, unos más agresivos que otros. ¿La “ciencia” mentía para sostener un fin económico? Que solo circule un tipo de virus significa que la respuesta inmunitaria de las personas que han superado la enfermedad, de manera sintomática o asintomática, no está afectada por ninguna mutación. ¿Cómo van a hacerle las 120 compañías farmacéuticas financiadas con dinero público que investigan una vacuna contra el coronavirus para convencer a la población mundial de vacunarse si ya 4.500.000 personas, y pronto muchas más, pueden estar seguras de haber desarrollado inmunidad a la covid-19?

Por supuesto, los seres humanos vivos hoy somos más de lo que fuimos jamás, sin embargo, más que el número de personas es el tipo de devastación del sistema la que provoca el avance de las afecciones virales sobre la población mundial. Si no cortáramos bosques, si no nos hacináramos en ciudades, si no se valorara mejor el trabajo en una ensambladora que en un huerto, si no comiéramos verduras cargadas de petróleo porque han sido cosechadas a kilómetros de nuestras mesas, tendríamos un porvenir planetario más saludable.

Un horizonte poscapitalista y pospatriarcal, al que podemos aspirar desde ya, implica gestionar el cambio civilizatorio y organizar la vida con base en una racionalidad ambiental, socialmente solidaria y con una finalidad no económica de las interrelaciones que la vuelven posible.

Como revolución este cambio civilizatorio será combatido por todos los sectores que no quieren una transformación de su modo de vida. Pero si una peste (entendida como una enfermedad infectiva potencialmente mortal) tuviera de por sí sola la fuerza de cambiar las relaciones de poder que subyacen a las estructuras económicas y políticas de un tipo de gobernanza, entonces Marco Aurelio, su esposa, 9 de sus 13 hijos y la población romana hubieran amanecido sin imperio, sin guerras, sin esclavismo después de la epidemia de viruela de 165-180. Nos urge compartir con creatividad diferentes saberes para fertilizar la vida humana en la naturaleza. No se trata de buscar la supervivencia, sino mirar de frente esta crisis sin precedentes y escuchar a campesinas, poblaciones indígenas, migrantes, ecologistas, médicas tradicionales, parteras, filósofas, científicas para pensar una subsistencia, como la llama María Mies, con que generar un futuro para la Tierra y todos sus seres, humanos y no humanos. Pasémonos las semillas, como ya hacen en Vía Campesina, para acabar con los monocultivos y neguémonos al uso de combustibles fósiles. ■

Ahora, libros virtuales de toda actualidad

Además de una crisis de salud pública, global y nacional, estamos ante la mutación sistémica capitalista. Los indicadores que así lo constatan son constatables en el medio ambiente, en la producción en general y en particular en la siembra y procesamiento de los frutos del campo, en la organización urbana, como también en la matriz energética, modelo de acumulación y financiero, entre otros sectores. En la base de esta realidad está la pregunta por el poscapitalismo.

Es una crisis que lleva a revisar la organización y funcionamiento de todas y cada una de nuestras sociedades. En el caso de la colombiana tal acercamiento nos permite develar una sociedad profundamente clasista, con índices de injusticia, exclusión y desigualdad social como pocas sociedades resumen.

Una realidad, la internacional y la nacional, en la cual la continuidad y el cambio se disputan los imaginarios sociales. Para nuestro caso, con necesidad de darle espacio al (re)encuentro de los procesos sociales para entre todos y todas dibujar la sociedad por construir desde ahora.

Sobre estos y otros tópicos, versan los primeros de decenas de títulos que Ediciones Desde Abajo dispondrá en su tienda virtual (<https://libreria.desdeabajo.info/>) en formato .pdf y e-pub. Aquí los primeros de ellos.

 <p>https://libreria.desdeabajo.info/index.php?route=product/product&product_id=210</p>	 <p>https://libreria.desdeabajo.info/index.php?route=product/product&product_id=206</p>	 <p>https://libreria.desdeabajo.info/index.php?route=product/product&product_id=214</p>
 <p>https://libreria.desdeabajo.info/index.php?route=product/product&product_id=213</p>	 <p>https://libreria.desdeabajo.info/index.php?route=product/product&product_id=216</p>	 <p>https://libreria.desdeabajo.info/index.php?route=product/product&product_id=217</p>
 <p>https://libreria.desdeabajo.info/index.php?route=product/product&product_id=208</p>	 <p>https://libreria.desdeabajo.info/index.php?route=product/product&product_id=218</p>	 <p>https://libreria.desdeabajo.info/index.php?route=product/product&product_id=219</p>

La brutal desaceleración de la economía mundial por la pandemia del covid-19 obliga a las grandes potencias a repensar sus estrategias industriales y comerciales. Muchos países, entre ellos Estados Unidos, se esforzarán por depender menos de China. Las reconfiguraciones generarán tensiones, agudizando las que ya enfrentan a Washington y Pekín.

Tres hipótesis geopolíticas de salida de la crisis

Recomposición planetaria

por Philip S. Golub*



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

“Una crisis insistente es una prueba, los fuertes la atraviesan, los débiles sucumben. El centro no se rompe con cada golpe. Al contrario... Hoy en día, vivimos desde hace algunos años una crisis mundial que se anuncia fuerte y duradera. Si Nueva York sucumbiese a la prueba –lo que no creo en absoluto–, el mundo debería encontrar o inventar un nuevo centro; si Estados Unidos resiste [...] puede salir más fuerte de la prueba, porque las otras economías corren el riesgo de sufrir más que Estados Unidos la coyuntura hostil que atravesamos.”

Esto es lo que escribía el historiador Fernand Braudel en 1977 (1), en una reflexión acerca de los movimientos lentos de descentramiento y recentramiento en la economía-mundo europea desde el siglo XIV y, luego, en la economía capitalista mundial en los siglos XIX y XX. Unos y otros provocados por “crisis prolongadas de la economía general”. Desde entonces, su juicio no ha sido desmentido. Durante la crisis mundial de 2008, el centro tampoco se rompió, aunque la autoridad internacional de Estados Unidos, ya mermada por las guerras de los años 2000, salió debilitada.

¿Habrá que creer que esta vez Estados Unidos se agotará debido a la pandemia del covid-19, y que

China, con su Estado desarrollista fuerte, sabrá sacar provecho de una crisis inédita? Es lo que afirman algunos analistas dados los inmensos daños ocasionados en Estados Unidos por una administración y un sistema económico y social deficientes. La crisis podría acelerar el reequilibrio Este-Oeste, fenómeno estructural, pero las capacidades y vulnerabilidades respectivas de Estados Unidos y de China no anticipan un cambio. Podríamos asistir más bien a una reestructuración del sistema capitalista globalizado debida a una segmentación más pronunciada y una acentuación de las presentes rivalidades.

En el centro de las cadenas globales

La pandemia provoca un shock económico y social sistémico tanto más agudo cuanto que está comprimido en el tiempo. La transmisión global del doble shock de la oferta y la demanda fue abrupta e intensa por la desarticulación de las cadenas de producción que estructuran la economía capitalista desde finales de los años 1980 y, luego, por la caída universal de la demanda como consecuencia de la contracción de las economías que quedaron ampliamente detenidas (más de cuatro mil millones de personas fueron confinadas, de una forma u otra). La depresión mundial que viene promete ser larga y profunda.

El muy elevado grado de interdependencia de las economías explica el carácter general del shock. Las cadenas de producción y de valor globales producen una segmentación transnacional de los diferentes estadios de producción –investigación y desarrollo, diseño, extracción de las materias primas, producción de los componentes, ensamblado, comercialización– en nudos industriales y geográficos especializados en función de sus ventajas comparativas. Apple, caso paradigmático, se abastece en base a doscientos principales subcontratistas, en su gran mayoría de origen asiático –China (39%), Taiwán y el Sudeste Asiático (23%), Japón (16%)– situados en veinticuatro países. Los subcontratistas se abastecen por su parte en el mercado mundial (materias primas y componentes). Este esquema vale, con algunas variantes, para todas las empresas de los distintos sectores: electrónica, eléctrico, automotriz y vestimenta. Nike, por ejemplo, moviliza fábricas de subcontratistas en cuarenta países, se abastece de materias primas en otros once, en todos los continentes pero con una fuerte concentración en China, en Vietnam e Indonesia. Algunas cadenas transcontinentales estructuran también el mercado mundial de los productos farmacéuticos. Incluso sectores estratégicos como la aeronáutica, con sistemas de

producción menos dispersos en otras épocas, se volvieron bastante segmentados. Airbus recurre a una multitud de subcontratistas y posee fábricas de ensamblado en China (Tianjin) y Estados Unidos (Mobile, Alabama). El mismo fenómeno se reproduce en Boeing, que no ha dejado de aumentar su tendencia a la subcontratación: a mediados de los años 1960, el 727 se fabricaba casi en su totalidad en territorio estadounidense; cincuenta años más tarde, el 70 por ciento del trabajo de creación y fabricación del 787 quedaba en manos de socios externos.

China se encuentra en el centro de las cadenas regionales y globales. Plataforma en los años 1990 para el ensamblado de productos de las empresas extranjeras destinadas al mercado mundial, se convirtió, desde fines de los años 2000, en “el centro de abastecimiento mundial de los productos de valor agregado”, vinculado “con los otros grandes polos [económicos] regionales”, explica la Organización Mundial del Comercio (OMC) (2). Así, el cierre repentino de las usinas que fabricaban componentes intermedios y ensamblaban los productos finales perturbó el conjunto de las cadenas de abastecimiento y de producción en los niveles regional (Asia Oriental) y global. Fue el caso, sobre todo, en la provincia de Hubei, uno de los núcleos de los flujos de la inversión extranjera directa (IED), donde invirtieron 167 de las 500 empresas estadounidenses más importantes en cuanto a volumen de negocios.

La onda expansiva se mueve en ambas direcciones porque, en un segundo momento, el acceso chino a los insumos importados requerido para la reactivación de la economía y de las exportaciones fue inhibido por las políticas de confinamiento sanitarias y el cierre de fronteras fuera de China. Un aumento de la demanda mundial por los productos fabricados en China, o en otras partes, es improbable a corto y mediano plazo.

¿La hora del desacoplamiento?

En las regiones más ricas del mundo, al temor a la infección se le suma el espectro del desclasamiento social y del empobrecimiento. Esto también ocurre en China, donde las recientes estadísticas oficiales del desempleo urbano (6,2% sobre una población activa urbana de 440 millones) no incluyen ni las zonas rurales ni la inmensa masa de migrantes internos. Según ciertas estimaciones, la cantidad de desempleados se situaría de hecho alrededor de los 205 millones (3), es decir, un cuarto de la población activa total –una tasa equivalente a la que se da en Estados Unidos (22% a fines de abril)–.

Una reestructuración en profundidad de las cadenas de valor se volvió inevitable. Las empresas y los Estados se van a esforzar por reducir su exposición a los shocks y a las perturbaciones exógenas mediante circuitos más cerrados y más fáciles de manejar, regionales, que deberán ser privilegiados por razones imperativas de seguridad (económica, alimentaria, salud). Las implicancias políticas de estas evoluciones serán importantes. Pretendiendo “sacar las lecciones del momento que atravesamos”, el presidente francés Emmanuel Macron estimó que “delegar nuestra alimentación, nuestra protección, nuestra capacidad de curar, nuestro marco de vida, en definitiva, a otros es una locura. Tenemos que retomar el control”. Para los países más ricos la crisis en efecto echó una luz cruda sobre la contradicción entre las estrategias de transnacionalización de sus firmas y su seguridad. Y subrayó el peligro de depender tan singularmente de China para sus abastecimientos. Así, un senador estadounidense tan librecambista como Marco Rubio afirmó: “Nuestro país decidió hace treinta años que la asignación más eficaz del capital llevaba a deslocalizar nuestra producción en el exterior. Era más barato en China, pero no solo en China. Ahora bien, la vulnerabilidad que esta decisión provocó para nosotros ha quedado demostrada [...]. A veces, la asignación más eficaz del capital es contraria a nuestro interés nacional” (4).

Las inquietudes acerca de las dependencias externas, así como también acerca de la penetración

china en sectores tecnológicos sensibles, datan de antes de la crisis actual. En 2019, la Comisión Europea publicaba un informe en el cual se podía leer: “China es a la vez un socio de cooperación con el cual la UE tiene objetivos estrechamente alineados, un socio de negociación con el cual la UE tiene que encontrar un equilibrio de intereses, un competidor económico en busca de liderazgo tecnológico y un rival sistémico que promueve modelos alternativos de gobierno” (5). Sin embargo, sobre estas cuestiones, como sobre tantas otras, Europa da muestras de incoherencia: doce países europeos, por ejemplo, privatizaron total o parcialmente sus puertos o firmaron concesiones con empresas estatales chinas.

En Estados Unidos, donde el aumento del poder chino suscita aprehensiones crecientes desde principios de los años 2000, la administración Trump se dedicó a desacoplar a China de la economía estadounidense y mundial mucho antes de la epidemia. Su diplomacia económica coercitiva (la “guerra comercial”) tiene como objetivos cortar las cadenas y reducir el acceso chino a las tecnologías de punta e impulsar a las empresas a relocalizarse (6). Más discretamente, Japón y Taiwán impulsan a sus empresas a deslocalizar sus sitios de producción fuera de China: el Estado japonés previó, en su programa de relanzamiento, subvencionar en unos 2.200 millones de dólares la deslocalización de las empresas niponas fuera de China.

La pandemia no hizo evolucionar la política de Washington. Al contrario, hay en vías de preparación leyes para obligar a las empresas farmacéuticas a producir y abastecerse en Estados Unidos, así como también una serie de nuevas restricciones a las exportaciones de componentes tecnológicos hacia China. La retórica del gobierno es particularmente agresiva; el secretario de Estado Mike Pompeo y muchos funcionarios en ambas Cámaras del Congreso acusan abiertamente a Pekín de disimular las fuentes de la pandemia. Incluso de haberla dejado expandirse deliberadamente para que China no fuera la única víctima económica. Algunos, como el senador republicano Lindsey Graham, presidente de la Comisión Judicial del Senado, reclaman la anulación de la deuda estadounidense con China, la aplicación de una “tarifa pandemia” sobre las mercaderías chinas y la imposición de sanciones contra funcionarios chinos por “negligencia grave y fraude deliberado” en su gestión de la epidemia. La respuesta diplomática china no es menos agresiva, esgrimiendo la amenaza de represalias económicas, sobre todo hacia los países dependientes del mercado chino, como Australia, que siguen a Washington en este terreno. En lo que respecta a Pompeo, Pekín lo calificó como “enemigo común de la humanidad”.

Con dos terceras partes de los estadounidenses expresando ahora una opinión negativa con respecto a China, es decir, un 20 por ciento más que al principio de la presidencia de Trump, la campaña presidencial estadounidense va a enfrentar a dos campos, donde cada uno acusa al otro de ser demasiado complaciente con Pekín. El 29 de abril pasado, el Presidente de Estados Unidos dijo que “China va a hacer todo lo posible para que yo pierda estas elecciones”. Dos días después, una de las figuras ascendentes del Partido Demócrata, ex candidato a las primarias de este partido, le respondió: “Muy al contrario: Trump es el candidato soñado de China, a quien le encantaría que fuera su interlocutor durante otros cuatro años. Durante su primer mandato, Trump no puso a China de rodillas, la volvió más poderosa” (7).

Momento de incertidumbre

¿Más poderosa? El Estado chino tiene fuertes capacidades de intervención, pero no habría que subestimar sus vulnerabilidades. El acceso continuo al mercado mundial representa un desafío esencial para China, más aun que para Estados Unidos, cuya economía está menos internacionalizada (la proporción del comercio en el Producto Interno Bruto es del 38 por ciento para China, contra el 28 por ciento para Estados Unidos). Su dependencia externa en mate-

ria energética y agrícola creció constantemente durante las últimas décadas. Su seguridad alimentaria, problema relacionado con las obligaciones ecológicas, constituye un desafío mayor: el 20 por ciento de las tierras arables de China se vieron ecológicamente degradadas por la agricultura intensiva (8). Aunque la proporción de las exportaciones en el PIB decreció –de un promedio del 28,4% entre 2000 y 2009 al 20,9% entre 2010 y 2018–, siguen siendo una fuente importante de crecimiento y de captura tecnológica mediante las empresas extranjeras con presencia en China. A pesar de su ascenso general de categoría, China aún no está en muchos campos en la frontera tecnológica, como por ejemplo en la aeronáutica (9). El fin del mundo abierto no parece por lo tanto susceptible de fortalecer las posiciones chinas. Tampoco fortalece a Estados Unidos. Aunque más autónomo en muchos planos, sobre todo en el tecnológico y

en el militar, se encuentra gravemente debilitado en lo económico.

¿Se agotará Estados Unidos debido a la pandemia del covid-19? ¿China sabrá sacar provecho de una crisis inédita?

En la incertidumbre del momento, solo se puede emitir hipótesis acerca de las próximas configuraciones mundiales. La de una cooperación más intensa mediante instituciones internacionales encargadas de proporcionar bienes públicos internacionales y mundiales, por ejemplo, políticas mundiales eficaces en materia de salud, de medioambiente, de alimentación y de reducción de la pobreza. En otra, se asistiría a una situación de descentralización radical, caracterizada por una competencia intensificada en la cual los Estados buscarían maximizar su potencia y minimizar su inseguridad en un juego de suma cero ganador-perdedor. Se volvería así a las lógicas de rivalidad y del sálvese quien pueda de fines del siglo XIX y de principios del XX, otro momento de desmoronamiento.

Finalmente, se podría delinear una configuración híbrida en la que se mezclarían cooperación y rivalidades en los diferentes campos de la política internacional. De estas tres hipótesis, esta última parece la más plausible. Las dinámicas en curso no favorecen a la primera. Aunque concebible, un regreso a la anarquía internacional bajo una forma químicamente pura parece poco probable, incluso aunque anima manifiestamente algunos espíritus. En la tercera hipótesis nos encontraríamos en un mundo cercano al que conocimos después de 1947, pero más segmentado, desprovisto de autoridades reconocidas y descentrado. ■

Finalmente, se podría delinear una configuración híbrida en la que se mezclarían cooperación y rivalidades en los diferentes campos de la política internacional. De estas tres hipótesis, esta última parece la más plausible. Las dinámicas en curso no favorecen a la primera. Aunque concebible, un regreso a la anarquía internacional bajo una forma químicamente pura parece poco probable, incluso aunque anima manifiestamente algunos espíritus. En la tercera hipótesis nos encontraríamos en un mundo cercano al que conocimos después de 1947, pero más segmentado, desprovisto de autoridades reconocidas y descentrado. ■

1. Fernand Braudel, *La dinámica del capitalismo*, Alianza, Madrid, 1985.

2. “Global value chain development report 2019. Technological innovation, supply chain trade, and workers in a globalized world”, Organización Mundial del Comercio, Ginebra, 2019.

3. Frank Tang, “Coronavirus: China’s unemployment crisis mount, but nobody knows true number of jobless”, *South China Morning Post*, Hong Kong, 3-4-20.

4. Fox News, 17-3-20.

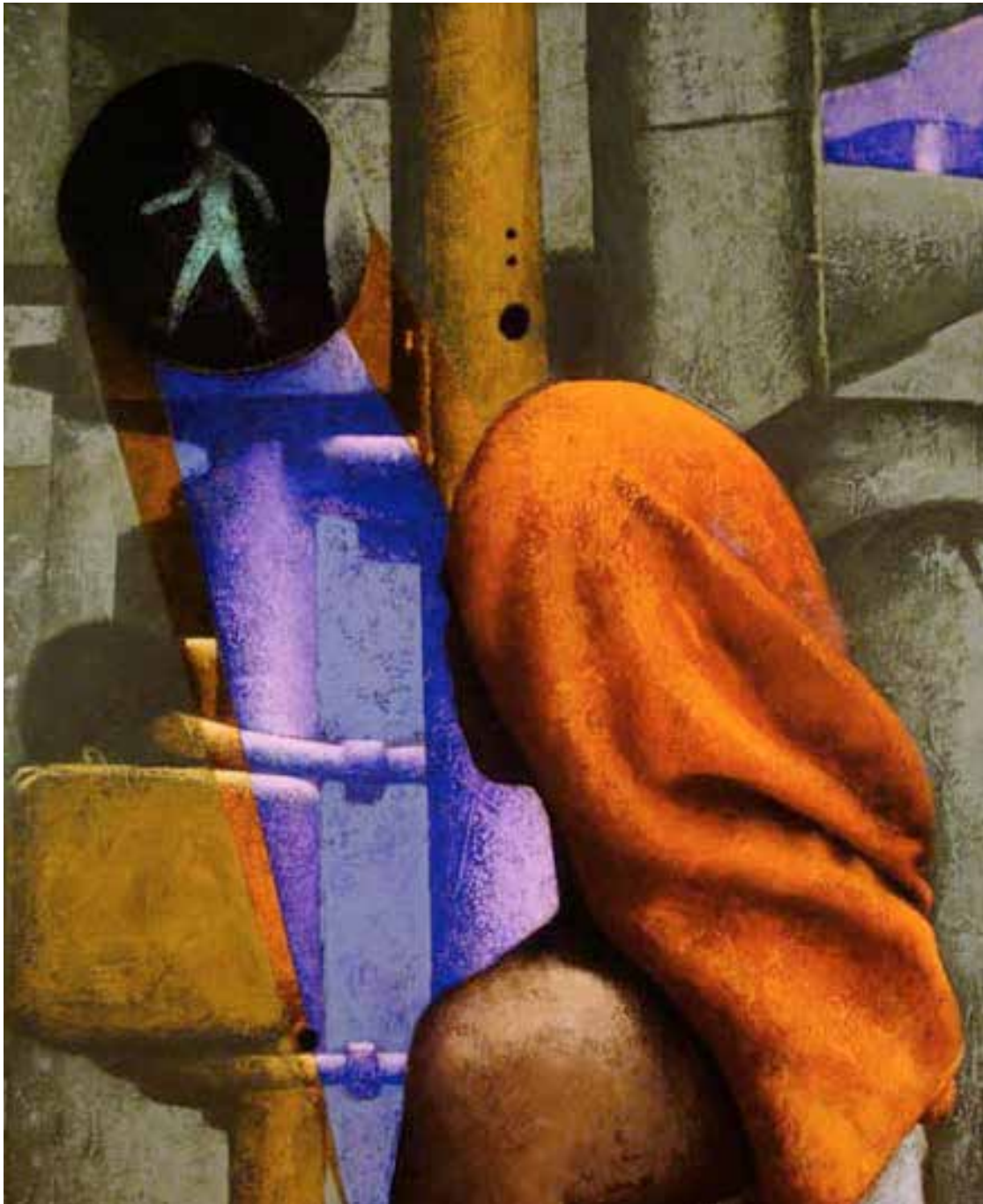
5. “Communication conjointe au Parlement européen, au Conseil européen et au Conseil sur les relations UE-Chine - Une vision stratégique”, Commission Européenne et Haute représentante de l’Union pour les affaires étrangères et la politique de la sécurité, 12-3-2019.

6. Véase Philip Golub, “¿Hacia una nueva globalización?”, *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, octubre de 2019.

7. Pete Buttigieg, “China wants four more years of Trump”, *The Washington Post*, 1-5-2020.

8. Marie-Hélène Schwoob, “Progrès et contraintes de l’écologie : l’exemple des chemins de dépendance de l’agriculture chinoise”, *Monde chinois*, N° 56, París, 2018.

9. Véase Jean-Paul Maréchal, “Le C919, un A300 chinois?”, *Choiseul magazine*, N° 9, París, 2020.



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

Trump acusa a la OMS de negligencia y complicidad con China por la propagación del virus. Detrás de las cifras que difunde Pekín, se encuentra un sistema político y sanitario fuertemente jerarquizado que hace complejo el conteo real.

Sospechas sobre las cifras de la crisis

Las contradicciones de la potencia china

por Carine Milcent*

Mientras Estados Unidos está sumergido por la crisis sanitaria, Donald Trump y su gobierno apuntan con el dedo a China, acusándola de haber minimizado la gravedad de la epidemia e impulsan, secundados por Australia, una investigación internacional, denunciando a la Organización Mundial de la Salud (OMS), cuyo director es acusado de indulgencia y complicidad con Pekín.

Para comprender la polémica, la temporalidad de los acontecimientos es crucial. Los primeros casos comprobados se remontan a noviembre de 2019, y desde comienzos de diciembre varios médicos hicieron sonar la alarma a costa de arrestos e intimidaciones. A fines de ese mes, China dejó constancia, por primera vez, de un nuevo virus aparecido en Wuhan en un mercado de animales teóricamente prohibidos para el consumo. El 5 de enero de 2020, la OMS indicó que, según las informaciones chinas, “no fue señalada

ninguna prueba de transmisión interhumana significativa ni infección alguna por agentes de salud”. Habría que esperar hasta el 15 de enero para que señalara la transmisibilidad del virus al hombre, justo en el momento en que un laboratorio chino compartía con la comunidad científica la secuencia genética del SARS-CoV-2. Muy curiosamente, el laboratorio fue cerrado al día siguiente de esa publicación.

El 22 de enero todo se aceleró en China, con el cierre autoritario de la provincia de Hubei, cuya capital es Wuhan. El confinamiento involucró posteriormente al conjunto del país, pero los proyectores siguieron dirigidos a esa provincia. Los individuos fueron reclusos en sus casas con el objeto de frenar, y luego detener, la expansión de la epidemia. En esa fecha, la OMS no declaró la emergencia de salud pública de alcance internacional: entonces no había más que 11 casos fuera de China, lo que explica esa decisión. El 24 de enero recomendó el establecimiento de procedimientos de tests en todos los países donde aparecían casos. El mismo día Xi Jinping, en un discurso, reconoció la gravedad de la situación. Discurso recibido por un tuit de Trump en el que reconocía “los esfuerzos de China y su transparencia” (1). El 31 de enero, cuando el balance chino expuso 10.000 personas contagiadas y 213 defunciones, la OMS declaró “la emergencia internacional”, un hecho rarísimo puesto que desde su creación, el 7 de abril de 1948, solo lo había establecido cinco veces: para la gripe H1N1 (2009), la poliomielitis (2014), el virus Zika (2016), el Ébola (en 2016, luego otra vez en 2019). Hubo que esperar hasta el 10 de febrero para que envíe sobre el terreno un equipo, compuesto por expertos de diversas nacionalidades (Alemania, Corea del Sur, Estados Unidos, Japón, Nigeria, Singapur y Rusia) (2).

Desde entonces, Estados Unidos no dejó de potenciar su acusación contra la OMS. Tras un período de relativo silencio, ésta contraataca asegurando, a fines de abril, haber advertido a los países de la emergencia sanitaria “en el momento oportuno”, y lanzó un proyecto de colaboración mundial (ACT- Accelerator) con el compromiso común de “garantizar que todos tengan acceso a todos los instrumentos que apunten a triunfar sobre el covid-19” (3). Antonio Guterres, secretario General de la Organización de las Naciones Unidas, manifestó su apoyo: “No se necesita una vacuna o tratamientos para un país o una región o la mitad del mundo” (4). Otra de las tantas declaraciones que resuenan como respuesta a la voluntad manifiesta por Trump de otorgarse la exclusividad de vacunas prometedoras.

Un sistema jerárquico y dispar

¿Tendría que haber reaccionado la Organización de otra manera, o más rápidamente? Por sus reglas, ella es dependiente de las cifras chinas y de su eventual manipulación. Frente a lo que se observa en todo el mundo a mediados de mayo (más de 300.000 fallecimientos), ¿es realista que el número oficial de muertes chinas no sea sino de 4.633? Varios parámetros entran en juego. En primer lugar, conocer los datos reales siempre es problemático. Cualquiera que fuese el lugar, cualquiera que fuese la epidemia (la gripe, por ejemplo), las “verdaderas” cifras no pueden calcularse sino retrospectivamente. Cuando una persona muere en el hospital, en función de sus comorbilidades, la asignación de su deceso a tal o cual causa siempre es complicada. Cuando se trata de defunción fuera de la estructura hospitalaria, determinar su causa se vuelve todavía más complejo, sin que necesariamente haya una voluntad de engañar.

El acceso a la atención médica también desempeña un papel. Si bien en la primera década que siguió a la epidemia del síndrome respiratorio agudo severo (SARS, 2003) se establecieron seguros de enfermedad públicos que cubrían a casi la totalidad de la población, el sistema quedó marcado por una oferta de cobertura de proximidad de calidad insuficiente y saldos no cubiertos muy significativos, que excluían a una gran parte de la población. Toda atención que es-



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

té fuera de un contrato predefinido debe ser pagada por el paciente.

En momentos de crisis sanitaria, una parte de los chinos no puede tratarse, por razones financieras. El reembolso de los tests por la autoridad central permitió soslayar el obstáculo sólo parcialmente. Se puede pensar legítimamente qué cantidad de personas fallecieron del covid-19 sin haber pasado por los grandes hospitales de Hubei (por lo que respecta al epicentro de la pandemia) o por los hospitales de las capitales provinciales. La diferencia de cobertura acarrea a la fuerza una diferencia en la evaluación.

Además, la organización geográfica y jerárquica de la atención amplificó las dificultades de acceso y de conteo: el sistema es piramidal, con medios concentrados en los grandes hospitales, incluso para la formación del personal (5). Los diplomas de los médicos, así como el de las enfermeras, no requieren los mismos años de estudios según las estructuras en las cuales van a trabajar. En otras palabras, un auxiliar sanitario formado para un hospital local no tiene derecho a ejercer a escala de la provincia ni dispone de los mismos protocolos de atención de los pacientes. En suma, la oferta sanitaria es muy dispar de una zona geográfica a otra. Por lo tanto, detectar en ellos de manera homogénea los casos de complicaciones y de muertes ligadas al covid-19 es imposible.

La estimación de la cantidad de víctimas de una epidemia siempre se ubica en un intervalo de error, corregido luego gracias a comparaciones estacionales y geográficas. En China, el margen de error tiene una razón de ser importante y objetiva. Resta saber si se realizarán correcciones. Más allá de estos aspectos estadísticos, las cifras de la crisis sanitaria también responden a ajustes ligados a la política interna y a la geopolítica chinas.

En el interior del país, las autoridades se dieron por misión contener la ansiedad de la población. El hecho de que la provincia de Hubei haya intentado deliberadamente minimizar la gravedad de la situación no deja lugar a dudas. Habiendo llegado al poder con una voluntad explícita de luchar contra la corrupción, Xi Jinping apuntó a los feudos locales. Por lo tanto, estos intentan mantener al poder central lo más lejos posible de sus asuntos internos. Es verosímil que los dirigentes de Wuhan, al no querer crear ningún tumulto, hayan deseado conservar las riendas el mayor tiempo posible, sin dudas demasiado, antes de que Pekín se hiciera cargo. Máxime cuando el avance en el Partido de los dirigentes locales depende de su calificación, que comprende diversos criterios (crecimiento, lucha contra la contaminación, nivel social...). Esta actitud depende del régimen autoritario del país pero también de la enorme

descentralización en la puesta en marcha de su política, cosa que a menudo es subestimada.

El poder central, por su parte, trató de conjugar dos objetivos aparentemente incompatibles: dejar constancia de la importancia de la epidemia para justificar las medidas de confinamiento extremas al mismo tiempo que dar la sensación de dominar la situación para administrar la angustia de mil cuatrocientos millones de habitantes. Desde el punto de vista sanitario se vio que los medios están concentrados en los principales hospitales provinciales, llamados de nivel 3. Ahora bien, la escala no es la de Francia: Hubei, por ejemplo, representa más de un tercio de la superficie francesa. El confinamiento, pues, significa *de facto* la inaccesibilidad física a los equipamientos médicos avanzados para una gran parte de la población.

En los grandes establecimientos hospitalarios chinos que equivalen a los centros hospitalarios regionales o universitarios franceses, la calificación del personal sanitario es comparable a la de los países occidentales. No ocurre lo mismo en las estructuras de tamaño más modesto. Los primeros se encuentran en las grandes ciudades, densamente pobladas, con un ingreso medio más elevado; las otras en las zonas periurbanas o rurales. Con un confinamiento muy estricto, las carencias de las estructuras de proximidad incrementan todavía más las desigualdades. Sobre todo cuando a menudo son privadas y por lo tanto más caras.

A esto se agrega la precariedad económica: fuera de las metrópolis, los chinos trabajan generalmente en empresas medias o pequeñas que no aseguran indemnización durante el confinamiento ni un retorno al empleo después. Los campesinos y una parte de los trabajadores migrantes se encuentran en una situación de fragilidad todavía más grave. Así, las familias de la parte inferior de la escala de ingresos padecen una doble pena: carencia de recursos y poca atención. Pese a la vigilancia de las redes sociales, la "sociedad civil", por lo demás, dio a conocer su descontento y su ira, sobre todo después de la muerte del doctor Li Wenliang, uno de los que lanzó el alerta.

En este contexto de muy grandes disparidades sanitarias, las autoridades obraron con mucha cautela haciendo que la política, y sobre todo la comunicación de la cantidad de defunciones, apuntara a mostrar las capacidades del Estado Central para justificar un confinamiento que hizo casi insostenible la vida de una parte de la población. Esa misma lógica se encuentra hoy en Estados Unidos, donde Trump intenta limpiar el nombre del Estado Federal en la gestión de la epidemia censurando a China. En ambos casos se trata de desviar la mirada de la opinión pública de las verdaderas cuestiones socioeconómicas de la crisis sanitaria.

Centralización y confinamiento

Si bien las cifras oficiales deben ser consideradas en perspectiva, hay que reconocer un esfuerzo de comunicación respecto de aquella adoptada durante el episodio Sars en 2002-2003, gracias sobre todo a compartir datos científicos. Además, las autoridades comunican también por otros medios que el de las cifras. Así, en la semana del 21 de enero de 2020, la embajada de China en París alertaba a Francia sobre el caso de una mujer que había tomado el avión a Wuhan y aseguraba en las redes sociales que presentaba síntomas del covid-19. Las autoridades francesas la examinaron, pero no hubo ni aislamiento ni cuarentena porque, en ese momento, las señales de alerta enviadas por Pekín no eran percibidas como suficientemente inquietantes.

Hoy, Xi pretende dar a China una imagen de país que domina totalmente la situación, tanto desde el punto de vista interior como exterior, para dejar sentado el estatus de superpotencia que intenta adquirir. Y no escatima con los símbolos. Así, el 28 de enero el poder anunciaba la creación de dos "hospitales" para acoger a los pacientes infectados por el covid-19. Se podrían haber requisado edificios de la ciudad, pero no fue esa la elección mediática operada. Las cámaras están enfocadas en la construcción en directo y las imágenes son tomadas por el conjunto de los medios, chinos y extranjeros. En realidad, se instalaron otras estructuras, sobre todo el Centro Internacional de Exposición en Wuhan.

Como el epicentro de la epidemia luego se desplazó a Europa y a Estados Unidos, a Pekín le gustaría mucho hacer olvidar a la vez los orígenes de la pandemia y las cifras que difundió para presentarse como un socio o un apoyo según los países; como complemento, e incluso como reemplazo, del papel hasta entonces conferido a Washington. Como primer país en salir lenta y prudentemente de esta crisis, quiere promover su modelo.

Sus soluciones apuestan a que la población acepte medidas que apuntan a vigilarla digitalmente. Toda persona que se desplaza debe ser registrada y poseer un código QR de identificación. El teléfono móvil contiene una suma de informaciones, incluso sanitarias, que están relacionadas con modos de vida, de consumo, de desplazamientos, de salidas y de vida social de cada uno. Ya utilizado como un medio de pago en la vida cotidiana, el celular se convierte en una herramienta de información en todos los aspectos de la vida personal. El derecho a vivir fue adquirido a costa de una "transparencia" total sobre la vida privada.

Además, se desarrollaron algunas tecnologías en las cuales China presenta grandes ventajas. Se pudo ver en Wuhan y en otros hospitales a robots como punto de apoyo del personal sanitario. Desde antes de la crisis, y en el marco de las reformas de la salud impulsadas desde hace algunos años, los tres gigantes de Internet, (Alibaba, Tencent, Baidu) proponían servicios que incluyen teleconsultas, turnos en el hospital evitando las largas listas de espera, encarnando el papel de distribuidor de enfermos en función de la patología descrita, el almacenamiento de la historia clínica del paciente y... de los seguros privados. China, como precursor, podría sacar partido de sus conocimientos en este mercado en plena expansión. ■

1. Twitter, 24-1-20.

2. "Report of the WHO-China joint mission on coronavirus disease 2019 (Covid-19)", OMS, 16/24-2-20. www.who.int

3. France Info, 24-4-20.

4. "L'OMS lance une initiative pour rendre les outils contre le Covid-19 accessibles à tous", ONU Info, 24-4-20.

5. "Évolution du système de santé - Inefficacité, violence, et santé numérique", *Perspectives chinoises*, N° 4, Hong Kong, 2016.

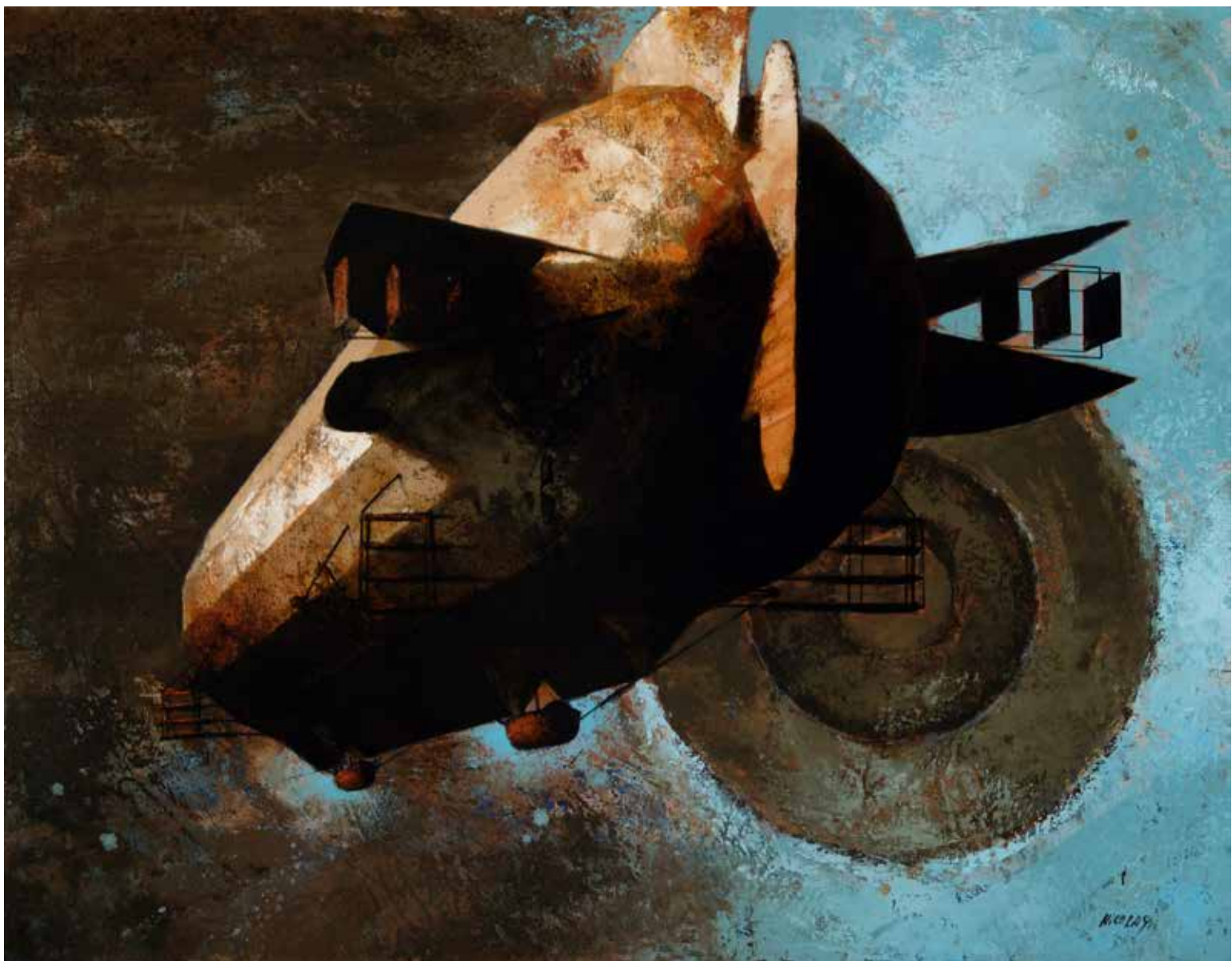
*Investigadora en el Centro Nacional de la Investigación Científica (CNRS), profesora en la Escuela Económica de París, autora de *Health Reform in China: from violence to digital healthcare*, Palgrave MacMillan, Londres, 2018.
Traducción: Víctor Goldstein

Ningún país sufrió tantos muertos por el covid-19 como Estados Unidos: más de 100.000 a fines de mayo. La ausencia de cobertura médica y social está provocando una crisis sin precedentes desde la Gran Depresión. En un año electoral, este panorama podría haber provocado un sismo político, pero... Nada cambiará fundamentalmente.

Una izquierda desamparada

Estados Unidos, imperio del *statu quo*

por Thomas Frank*



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

Este es el peor momento en la historia de Estados Unidos. La pandemia que los profetas del desastre han estado anunciando durante décadas finalmente se ha abatido sobre nosotros, sin que estuviéramos en lo más mínimo preparados. Nuestro mastodóntico gobierno, muy rápido en tiempos ordinarios para sobreexplotar hasta el menor reflejo de miedo, sobre todo cuando beneficia a la extrema derecha, se mantuvo amorfo ante esta crisis histórica. Nuestro Presidente, la ex estrella de *reality shows* Donald Trump, no sólo ha revelado su total incompetencia, sino que también ha puesto en peligro

la salud pública con elucubraciones idiotas que día tras día invaden la mayoría de los hogares estadounidenses. Mientras escribo estas líneas, la casi totalidad del país vive confinada. La ciudad de Nueva York, donde el virus ha causado los mayores estragos, seguía enterrando cuerpos con excavadoras en fosas comunes hace tan sólo unas semanas.

Es evidente que poner en cuarentena al país significaba suspender su vida económica, que estaba en pleno apogeo hace apenas dos meses. En Estados Unidos no existe ningún mecanismo para amortiguar los efectos de semejante bloqueo: la gente simplemente pierde su trabajo o baja la per-

siana, y punto. En un abrir y cerrar de ojos, hemos pasado de una de las economías más florecientes del mundo a una nueva Gran Depresión, saltándonos todas las etapas intermedias, con desempleo masivo y quiebras en serie de empresas, tanto grandes y como pequeñas.

Aquí, en la tierra del individuo-rey, el individuo fue literalmente sumergido, arrastrado por las corrientes inclementes y anónimas de la enfermedad y el colapso económico. Familiares están muriendo solos, en un hospital cualquiera, y los restaurantes ayer abarrotados hoy están cerrados, sus jóvenes y ambiciosos chefs ocupados en llenar formularios en

las oficinas de desempleo, al igual que otros tantos millones.

Y todo esto ocurre en condiciones climáticas excepcionales. Aquí, en mi pequeño rincón estadounidense [Bethesda, un suburbio residencial de la ciudad de Washington], disfrutamos de la primavera más espectacular que recordemos. Para los profesionales de “cuello blanco” acomodados que me rodean, la epidemia surgió en un paisaje digno de las pinturas de Fragonard: cuando se manifestaron los primeros temores, se abrieron los narcisos, luego los tulipanes; florecieron las magnolias y los cerezos, después vinieron las azaleas y los rododendros; ahora las coronillas en flor forman un arco sobre nuestras cabezas mientras hacemos *jogging* por las calles tranquilas y vacías de Bethesda.

Meritocracia y salud

Este efecto de contraste irónico se percibe dondequiera se mire. Hoy en día, cualquiera con una voz que resuene en Estados Unidos la usa para felicitar-se de que la pandemia confirma de forma evidente todo lo que creía con anterioridad. Para algunos medios de comunicación, corrobora lo que durante años han pregonado sobre la ignorancia y la locura del presidente Trump. Para los conservadores, muestra lo que también hace años repiten acerca de los izquierdistas de espíritu sensible y de su deseo suicida de dejar entrar en el país a cualquiera. Para todos ellos, la pandemia fue el pretexto para una feria de autocomplacencia.

Sin embargo, queda cada vez más claro que, en lugar de reforzar las preciadas creencias del consenso estadounidense, este episodio las pulverizó. Durante décadas, el país subcontrató su capacidad manufacturera con el argumento de que todo el mundo estaba de acuerdo en que ése era el precio a pagar por entrar en la era digital. Seríamos una nación de profesionales de “cuello blanco” haciendo cosas innovadoras, como medicamentos o manuales jurídicos; cosas del espíritu, de mucha importancia y poco peso. Y aquí estamos, sufriendo una escasez de máscaras, tests e incluso alcohol en gel, con nuestros distinguidos dirigentes extrañamente incapaces de persuadir a nuestros antiguos socios comerciales de que la Tierra es plana y deben entregarnos de inmediato las mercancías que necesitamos.

El sistema de salud pública estadounidense, que produce beneficios privados, construido a lo largo de décadas gracias a entusiastas contribuciones de los dos partidos políticos que se alternan en el poder, se mostró perfectamente inadecuado para hacer frente a los desafíos de la pandemia. Por una simple razón: nunca fue diseñado con fines de salud pública. A lo largo de mi vida, el mensaje implícito que el sistema de atención médica dirigió a sus usuarios siempre consistió en decirles que la atención médica era un privilegio, al que sólo se accedía mediante el éxito y la prosperidad individuales. Es un sistema meritocrático, tanto por las recompensas que prodiga a los grandes médicos y a los pequeños genios de la industria farmacéutica como por la forma en que segmenta nuestra asistencia médica. Los pacientes pobres, que no tienen cobertura o cuentan con un seguro deficiente, pero que aun así quieren que se curen sus huesos rotos o sus órganos enfermos, a menudo se ven arruinados por facturas astronómicas. La idea de que deberíamos dejar de sangrar a estas personas y en su lugar pensar en distribuir tests o tratamientos gratuitos de covid-19 es tan contraria a la concepción corriente que se tiene de la política de la salud en este país, que es difícil evaluar cuándo y cómo esta necesaria decisión será por fin tomada.

¿Todo puede suceder?

La epidemia habrá producido al menos una consecuencia provechosa: haber corregido nuestra comprensión del mundo social. No hace mucho tiempo, el estadounidense instruido y puritano consideraba que un trabajo que no requería un título universitario

era un trabajo indigno (1); algo pesado, desagradable y contaminante, realizado por personas que a veces votan por Trump y cuyas vidas se desintegran porque merecen desintegrarse. Hace apenas unos años, el multimillonario demócrata Michael Bloomberg deleitaba a los estudiantes de la Universidad de Oxford con sus presuntuosas teorías sobre las elites que saben “cómo pensar y analizar”, en contraposición a la presunta ignorancia de los granjeros y obreros.

Ahora esos granjeros y obreros representan todo lo que nos protege del abismo. En este mismo momento muchos de ellos están ahí afuera arriesgando sus vidas en medio del virus. Otros se vieron obligados a volver a sus puestos por una paga miserable, sin que a nadie le importe su vulnerabilidad frente a la epidemia. Se enferman en las tiendas de comestibles o en las plantas de procesamiento de carne, mientras que los empleadores que les ordenan trabajar –esos famosos “cuellos blancos” de la Era Digital– se acomodan en sus sofás, seguros en sus casas, disfrutando de la milagrosa resiliencia de las cotizaciones bursátiles (gracias al Congreso, gracias a la Reserva Federal). Sus trabajos encajan a la perfección con una vida diaria protegida, hecha de mails y videoconferencias.

Si asumimos que los trabajadores están cansados de soportar esto, no nos equivocamos. Aunque la información sobre este tema sea un bien escaso, dado que el periodismo social tiende a desaparecer en este país, hay indicios de que la acción sindical en los lugares de trabajo se está recuperando. Recientemente, uno de los lobbistas anti-sindicatos más influyentes de Estados Unidos, Rick Berman, advirtió a sus clientes sobre los riesgos de una “rebelión laboral parcial” (2). En efecto, en las últimas semanas estallaron numerosas huelgas espontáneas en todo el país (3).

Cada una de estas constataciones apunta en la misma dirección: una repentina extinción de la confortable visión del mundo adoptada e impuesta al resto del planeta por los líderes de Estados Unidos en las décadas de 1970, 1980 y 1990. La situación aquí está llena de posibilidades. Podría pasar cualquier cosa.

Por el momento, sin embargo, seguimos tropezando con la oscura y patológica ironía del liberalismo estadounidense. La institución que debería ayudarnos a superar nuestra antigua forma de ver es el Partido Demócrata –de hecho, es la única institución que puede hacerlo hoy en día–. Ahora bien, pocas semanas antes de que el coronavirus explotara en Estados Unidos, ese mismo Partido Demócrata logró, en una alegre auto celebración pública, erradicar cualquier posibilidad de un cambio a corto plazo en la política estadounidense. Sus dirigentes parecían decididos a desperdiciar la crisis.

Expliquemos brevemente. En los últimos meses, los candidatos a la nominación demócrata para la elección presidencial han debatido muchas veces. Reflejando el estado de ánimo de la izquierda del país varios de ellos parecían, al principio, haber roto claramente y no sin creatividad con las viejas ideas de su Partido. Pero después de que el favorito del establishment, el ex vicepresidente Joe Biden, ganara las primarias en Carolina del Sur a fines de febrero, la mayoría de los demás candidatos se pusieron a cubierto proclamando su apoyo al ganador. El único candidato que quedaba en carrera, el senador de Vermont Bernie Sanders –principal reformador de nuestro tiempo y figura aclamada por la juventud– trató de resistir por un tiempo, sólo para darse por vencido ante el irresistible curso de los acontecimientos.

El hombre que emergió de esa efervescencia, Biden, era el mismo que prometía hacer lo mínimo. Hoy su Partido se prepara para una elección que no será más que un referéndum a favor o en contra de la vergonzosa figura de Trump. Nos encontramos en un clima político paradójico, en el que una gran parte del electorado estadounidense desearía elegir el cambio decisivo que se le propone, pero el Partido que encarna ese deseo actúa como para que no pueda cumplirse. Así que tendremos que elegir entre dos hombres

blancos, ancianos y conservadores, conocidos por su relación elástica con la verdad, acusados de agresiones sexuales, y ambos ajenos por igual a la esperanza de una reforma democrática. Una vez más, el viejo orden ha sido providencialmente restaurado.

Sin embargo, lo repito: el estado de la opinión pública en Estados Unidos es tal que con un líder bien elegido podrían haber sucedido cosas notables. En cambio, nuestro horizonte se limita a Biden, un afa-

No existe ningún mecanismo para amortiguar los efectos de la cuarentena: la gente pierde su trabajo o baja la persiana, y punto.

ble veterano de Washington involucrado en muchos de los desastres de las últimas tres décadas: acuerdos comerciales contrarios a los intereses de los trabajadores, la guerra en Irak, una cruel legislación sobre las quiebras, las encarcelaciones masivas, un ataque sin precedentes a las libertades individuales llamado Patriot Act... Incluso se jacta de

que, al principio de su

carrera política, había favorecido a segregacionistas.

Sus posibilidades de ganar son buenas, por supuesto. A pesar de sus antecedentes, Biden es un político de tradición clásica, conocido y apreciado, mientras que Trump, atrapado en su narcisismo patológico, rezuma resentimiento y constantemente encuentra nuevas formas de hacerse despreciable. Es más, resulta difícil ver cómo alguien puede administrar una crisis sanitaria y económica de manera tan calamitosa como el actual Presidente, y esperar que los votantes lo inviten a repetir su actuación.

Un eslogan prodigioso

Pero “nada cambiará fundamentalmente” si Biden se convierte en Presidente, como él mismo ha asegurado a sus donantes. Es un maravilloso eslogan para este período. Todos mis amigos de la izquierda dicen estar deprimidos. Su héroe Bernie Sanders, que en enero parecía imbatible, fue vencido. Están encerrados en sus casas contando los insultos que los internautas se intercambian en Twitter. Comparto su malhumor, pero lo que está en juego es de una naturaleza completamente diferente. La perspectiva de un total inmovilismo al salir del actual desastre ya basta para nuestra desgracia, pero cada día la prensa nos informa que el viejo orden no deja de revitalizarse. Una y otra vez aparece algún nuevo esquema destinado a llenar las arcas de las empresas con dinero público o a acelerar la toma del poder por parte del Silicon Valley. En este mismo momento, el gobernador demócrata del Estado de Nueva York, Andrew Cuomo, aprovecha la oportunidad ofrecida por el confinamiento para invitar a Bill Gates y a otros multimillonarios de las tecnologías digitales a reprogramar el futuro de su región. Y hoy no hay absolutamente nada que podamos hacer en lo inmediato para impedirlo.

El temor que nos atormenta en el contexto de la pandemia es que en nuestra ausencia la propia democracia sea reformateada. El sistema nos ha engañado porque se diseñó para eso, pero, mientras desaparecemos del cuadro, otros toman las decisiones que alterarán nuestro futuro. Están reescribiendo nuestro contrato social mientras miramos televisión, consolándonos con un trago. ■

1. Véase Lizzie O’Shea, “Les emplois qualifiés n’existent pas”, *Le Monde diplomatique*, París, mayo de 2020.

2. Lee Fang y Nick Surgey, “Anti-union operative warns business of historic rise in labor activism”, *The Intercept*, Nueva York, 1-5-20, <https://theintercept.com>

3. “Covid-19 strike wave interactive map”, *Payday report*, Chattanooga, <https://paydayreport.com>

*Periodista e historiador. Autor de *The People, No: A Brief History of Anti-Populism*, (de próxima aparición en julio, Metropolitan Books, Nueva York). Traducción: Teresa Garufi

Durante décadas, Estados Unidos delegó en Arabia Saudita la tarea de mantener un precio del barril de petróleo elevado a cambio de protección militar. El derrumbe de las cotizaciones en plena pandemia señala el fin de este acuerdo y amenaza la existencia misma de la Opep. Queda la incertidumbre sobre el modelo que lo reemplazará.

Guerra de precios y “gran acuerdo” entre países productores

La nueva realidad petrolera

por Sadek Bousseña*

El 21 de abril de 2020 quedará en la historia como el día en que el “oro negro” costó menos que el agua de lluvia. Al cierre de la Bolsa de materias primas en Nueva York, el barril de West Texas Intermediate (WTI) se intercambió a precio negativo: -37,63 dólares en el mercado a futuro. Ese día la mitad de la humanidad estaba confinada debido a la pandemia de covid-19. La demanda petrolera era más baja que nunca, los oleoductos y los cargueros volcaban sus excedentes en contenedores de estoqueo que estaban a punto de saturarse. Los actores financieros, que especulan con los valores, tenían crudo bajo el brazo y estaban desesperados por deshacerse de él... incluso pagándoles a los compradores.

Aquel acontecimiento inédito resulta no menos sorprendente que la situación que lo precedió. Todo comenzó con el derrumbe de la demanda petrolera, un shock poco común en un mercado donde las turbulencias suelen venir del lado de la oferta. Como si eso no hubiera sido suficiente, se desató una guerra de precios iniciada por Arabia Saudita en plena pandemia mundial. El 6 de marzo, Riad anunció que disminuiría sus precios y que planificaba un aumento de sus exportaciones para el mes de abril. Washington se sorprendió porque lo interpretó como una agresión contra su industria petrolera, con el agravante de provenir de un aliado estratégico que gozaba de su protección militar (1). La ley antimonopolio estadounidense, en principio, no autoriza al Gobierno Federal a intervenir formalmente en el mercado. Sin embargo, ante la gravedad de la situación y a pocos meses de las elecciones, el presidente estadounidense se implicó personalmente en la resolución de la crisis.

Tras haber agitado amenazas de sanciones contra Riad, Donald Trump inició contactos urgentes con su turbulento socio y con Rusia, un enemigo estratégico. Las discusiones en el seno de ese grupo informal *ad*

hoc, una especie de “triumvirato” petrolero, desembocaron en un acuerdo –también histórico– el 12 de abril de 2020 para reducir en 9,7 millones el bombeo de barriles diarios (Mbd), es decir cerca del 10 por ciento de la producción mundial. Definido como un “Big Oil Deal” (Gran Acuerdo Petrolero) por el presidente Donald Trump (tuit del 12 de abril), fue aprobado al día siguiente por el grupo de países ricos del G20, que incluye a potencias importadoras de petróleo, como China, India y miembros de la Unión Europea tradicionalmente interesados por los precios bajos. ¿Quién hubiera podido imaginar, incluso hace pocas semanas, todos estos acontecimientos? ¿Qué tendencias revelan y qué cambios eventuales en la regulación mundial del petróleo podrían estar prefigurando?

Equilibrio inestable permanente

Primera conclusión: esta crisis confirma la disolución del liderazgo de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (Opep). Arabia Saudita no se tomó el trabajo de consultar a los otros trece miembros antes de lanzar su ataque contra los precios y ninguno de ellos reaccionó públicamente ante esa desafortunada iniciativa. Sin embargo, durante mucho tiempo esta institución fue un actor ineludible del mercado petrolero. Creada en 1960, fue uno de los detonantes del primer shock petrolero de 1973. Fue entonces que los precios se dispararon de 3 a 11 dólares por barril. Esta decisión espectacular no hacía más que confirmar un cambio en las relaciones de fuerza en la oferta de crudo. Los países miembros controlaban por entonces el 60 por ciento del mercado. Al fijar unilateralmente el precio público de su petróleo –tarifa que se tomaba como base para el cálculo de las regalías y los impuestos, algo que antes manejaban las grandes compañías occidentales– los países de la Opep conquistaban su soberanía fiscal.

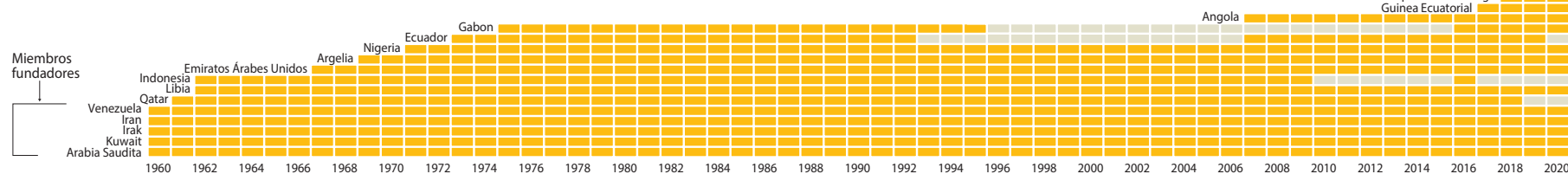
Pero el aspecto más sensible para los países occidentales residía en el uso del petróleo como arma po-

lítica por parte de los países árabes. Ante la amenaza de un embargo petrolero como posible represalia por su apoyo a Israel en la guerra de octubre de 1973, Estados Unidos, dependiente del crudo importado, se empeñó desde entonces en reducir su dependencia de una región a la que consideraba insuficientemente controlada en los planos geopolítico y militar (2). Después de 1973, la seguridad de los aprovisionamientos petroleros se transformó en una preocupación mayor de los países de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (Otan). Por iniciativa de Washington, los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (Ocde) crearon en 1974 la Agencia Internacional de Energía (AIE) para armonizar sus posturas y fomentar la constitución de stocks estratégicos. Con mayor discreción, impulsarían otras orientaciones, de las cuales la más importante apuntaba a estimular la producción fuera de la Opep para diversificar las fuentes de aprovisionamiento. Los pozos que no eran rentables antes de 1973 (Mar del Norte, Golfo de México, Golfo de Guinea) comenzaron a ser explotados. Siete dólares por barril hubiese sido suficiente para valorizarlos, pero los países occidentales se adecuaron a la política de defensa de precios impulsada por la Opep. Con una condición: que los países miembros se abstuvieran de aumentar su producción, aprovechándose de los bajos costos de producción.

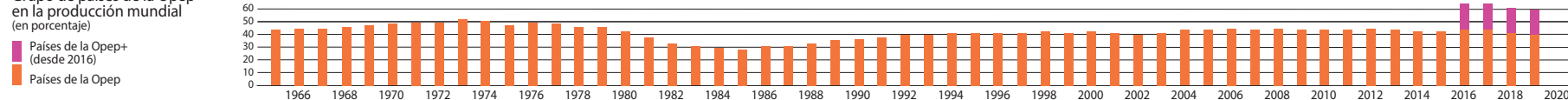
A pesar de ciertos reproches rituales, los países occidentales fueron relativamente conciliadores con la política de la Opep, sobre todo en lo relativo a la explotación de petróleos caros, como los del *offshore* muy profundo a lo largo de Brasil, los petróleos pesados canadienses o los no convencionales estadounidenses. Así, ninguno de los numerosos proyectos de ley anti Opep examinados por el Congreso de Estados Unidos tuvo efectos concretos. Cuando se creó la Organización Mundial del Comercio (OMC), en 1995, los países más grandes no insistieron para incluir al petróleo entre sus atribuciones. De hecho, los “*windfall profits*”

Historia de la Organización de países exportadores de petróleo (Opep)

Fechas de adhesión o retiro

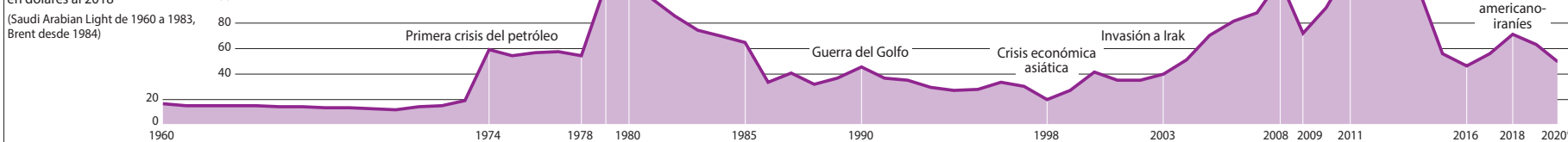


Grupo de países de la Opep en la producción mundial (en porcentaje)



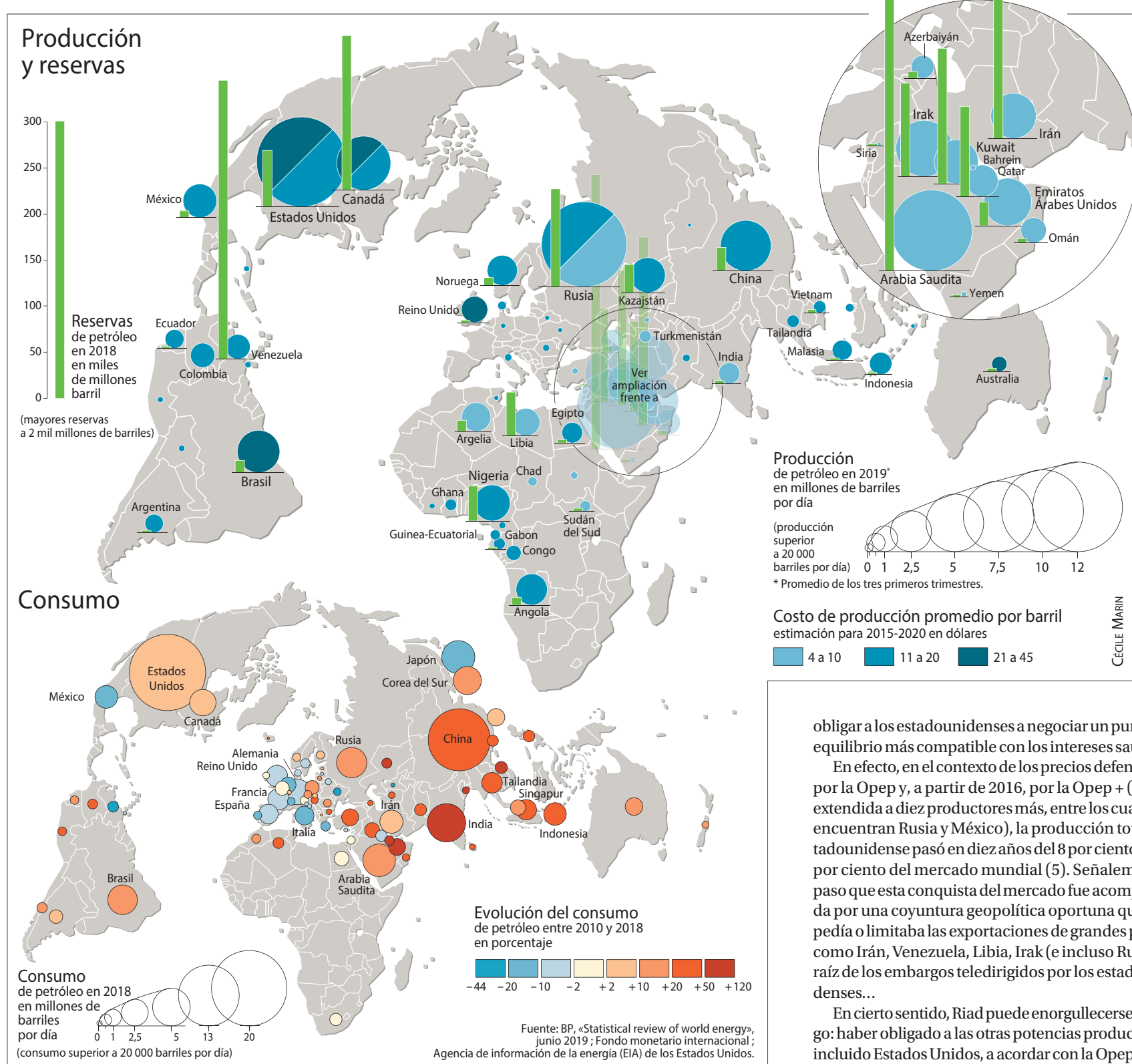
Precio del petróleo

Precio promedio anual del barril en dólares al 2018 (Saudi Arabian Light de 1960 a 1983, Brent desde 1984)



Fuentes: www.opec.org; BP, «Statistical review of world energy», junio 2019; Agencia de información de la energía (EIA) de los Estados Unidos.

* Promedio de los cinco primeros meses.



(“beneficios caídos del cielo”) de los países exportadores, esas ganancias extraordinarias que resultan del aumento de los precios, eran de todas formas reinyectadas en las economías de la Océ en forma de importaciones o depósitos. Más aun, Estados Unidos logró convencer a Arabia Saudita y a las otras monarquías del Golfo de ingresar en un sistema de “reciclaje de petrodólares”, lo cual reforzó aun más el rol del dólar en las transacciones petroleras (3).

La Opep, por su parte, no ignoraba la estrategia de los países de la AIE. Su política de precios elevados le parecía una corrección legítima del precio “vil” impuesto durante mucho tiempo por el “cartel de las siete hermanas”, esas grandes compañías anglosajonas que dominaron la industria petrolera hasta los años 1970 (y de las cuales surgieron BP, Chevron o incluso Exxon Mobil). Durante su primera cumbre de jefes de Estado en Argel, en 1975, la Opep subrayó que el petróleo debía ser remunerado a su “precio justo” dado que era “un recurso escaso y no renovable”. En esos tiempos, flotaba en el ambiente un cierto consenso en torno a la preservación de esa fuente de recursos para las generaciones futuras. Por lo tanto, la organización optaba conscientemente por la defensa de los precios en desmedro del aumento de su parte de mercado.

Esa lógica prevaleció hasta nuestros días. Resultado: a pesar de que en los últimos 40 años la demanda mundial aumentó en un 40 por ciento, la Opep no aumentó su producción total (entre 30 y 33 Mbd). Arabia Saudita ya producía 10 Mbd en 1979, casi el mismo nivel que hoy en día, a pesar de que posee las reservas menos costosas. Su objetivo oficial, a comienzos de los años 1980, de llevar su capacidad a 20 Mbd, y luego a 15 Mbd, fue abandonado. Las mo-

narquías petroleras del Golfo se enriquecieron y comenzaron a ser muy cortejadas. Por entonces nadie mencionaba un “fin del petróleo” o su posible obsolescencia, todos pensaban que habría mucho tiempo de buenos precios y nadie consideraba útil una disputa por porciones del mercado.

Desde entonces, y esta es la segunda tendencia que se expresa a través de la crisis actual, el mercado petrolero atraviesa un equilibrio inestable permanente, del cual el episodio actual es la expresión más exacerbada. Los grandes productores vuelven a plantearse preguntas estratégicas fundamentales. ¿Hay que defender el mejor precio o aumentar la producción? ¿Resulta conveniente participar de un mínimo de regulación internacional o más bien retomar la competencia? Esos son los dilemas de Arabia Saudita, Estados Unidos y Rusia, los principales protagonistas de la crisis actual.

Estados Unidos, a la conquista

No se trata de la primera guerra de precios pero, a diferencia de los episodios de 1986 o 2014, el “Blitzkrieg” lanzado por Arabia Saudita en plena pandemia sorprendió a varios observadores. Algunos lo analizaron como una reacción de despecho del impulsivo príncipe heredero Mohammed Ben Salman (MBS) tras el fracaso de su negociación con Moscú para una reducción conjunta de la producción (4). Ahora bien, Riad no podía ignorar el impacto desastroso que tendría su iniciativa en los productores de petróleo estadounidenses. Resulta difícil creer que se trató de impericia. En un primer momento, Arabia Saudita seguramente tenía una intención de más largo alcance: instalar la amenaza de un posible retorno a la competencia con el objetivo de

obligar a los estadounidenses a negociar un punto de equilibrio más compatible con los intereses saudíes.

En efecto, en el contexto de los precios defendidos por la Opep y, a partir de 2016, por la Opep + (Opep extendida a diez productores más, entre los cuales se encuentran Rusia y México), la producción total estadounidense pasó en diez años del 8 por ciento al 14 por ciento del mercado mundial (5). Señalemos de paso que esta conquista del mercado fue acompañada por una coyuntura geopolítica oportuna que impedía o limitaba las exportaciones de grandes países como Irán, Venezuela, Libia, Irak (e incluso Rusia) a raíz de los embargos teledirigidos por los estadounidenses...

En cierto sentido, Riad puede enorgullecerse de algo: haber obligado a las otras potencias productoras, incluido Estados Unidos, a acordar con la Opep+. Pero ¿valía la pena semejante conflicto para lograrlo? Al actuar solo, el Reino perturbó a sus socios. Esta acción intempestiva podría terminar siendo un problema en el futuro. Arabia Saudita es hoy el líder *de facto* de la Organización. Su palabra representa a los 33 millones de barriles diarios del conjunto de los países miembros, mientras que su producción no llega a los 10 Mbd. Esta influencia, que le permitió alcanzar el estatus de potencia, le abrió las puertas del G20. Abandonar la política de defensa de los precios, negociar sin mandato en el seno de un triunvirato informal, terminará dañando la unidad de la Opep. Las dificultades que atraviesan Irak, Venezuela e Irán no deben hacernos olvidar que también se trata de pesos pesados con capacidad de daño. Además, otros miembros podrían perder el interés de pertenecer a una Organización de la que no obtendrían ningún beneficio.

Por su parte, el gobierno estadounidense, visiblemente sorprendido, dejó clara su determinación de no mantenerse impávido ante el desastre anunciado. Según la consultora Rystad Energy, si el precio se mantuviera en 20 dólares por barril, la producción petrolera estadounidense caería alrededor de 2 Mbd en 2020. Muchas empresas podrían detener sus perforaciones con las inevitables consecuencias asociadas: desempleo y quiebras. Se entiende entonces el enojo de Trump, alguien que valora mucho la independencia y la dominación petrolera estadounidense. Mantenerse como primer productor, transformarse en exportador neto, sostener la exclusividad del dólar en el comercio petrolero y la primacía militar en Medio Oriente son condiciones indispensables de esta dominación petrolera que le garantiza a Washington una ventaja en los planos económico y geoestratégico.

En un primer momento, tras la decisión de los sauditas el 6 de marzo, la administración Trump →

→ multiplicó las presiones. Los productores de esquisto lanzaron una campaña de lobby para promover sanciones contra Rusia y Arabia Saudita, para obligar así a esos países a reducir su producción (6). El 16 de marzo, trece senadores republicanos enviaron una carta al príncipe heredero saudita para recordarle “la dependencia estratégica” del Reino frente a Washington (7). Y, aun más importante, el 9 de mayo, el gobierno estadounidense anunció el retiro de Arabia Saudita de las baterías de misiles Patriot. Al comprender que su guerra relámpago se había transformado en un desmembramiento, a partir del 11 de mayo Riad intentó impresionar al mercado al anunciar unilateralmente una reducción de su producción del orden de un millón de barriles, pero no tuvo grandes efectos sobre la cotización.

Más allá de estas presiones bilaterales, las autoridades estadounidenses se vieron obligadas a apagar el incendio implicándose, digámoslo así, a cara descubierta en una negociación internacional que apunta a influir en el precio. Esto constituye un precedente de primera magnitud: el impacto de esta crisis petrolera termina de revelar que Estados Unidos, que hace años se maneja solo, también necesita una regulación petrolera.

¿Mercado libre o regulación?

En lo que respecta a los rusos, además del resentimiento contra Estados Unidos que provocan sus sanciones petroleras y gasíferas –embargo sobre tecnologías de punta vinculadas a los derivados de los no convencionales, sanciones que pesan sobre las empresas que participan de la construcción del gasoducto North Stream 2, sanciones financieras contra los bancos que financian la explotación del yacimiento de la península de Yamal–, temen un desembarco del petróleo no convencional estadounidense en el mercado europeo, que para los rusos es estratégico. Por eso Washington sospecha que los rusos buscaron quebrar sus productores al sabotear la iniciativa saudita que apuntaba a la reducción de la producción de la Opep+. Pero es darle demasiada importancia a Rusia. Ese rechazo ruso podría simplemente expresar la voluntad de ya no sentirse sistemáticamente ligada a la alianza de la Opep+. Sin ser indiferente a los precios (que le garantizan ingresos fiscales y divisas), el gobierno ruso siempre exhibió su preferencia por los volúmenes. Además de sufrir las presiones en ese sentido de sus compañías petroleras, como la poderosa Rosneft, que siempre se opuso a las cuotas del sistema Opep+.

El pasado mes de marzo, el presidente ruso Vladimir Putin probablemente siguió esos consejos, antes de cambiar de opinión. Puesto que, incluso si los dirigentes rusos apuntaban a acomodarse a un barril a 42 dólares, el Kremlin no puede resistir una guerra de precios por mucho tiempo. De allí el cambio rotundo de Moscú, que finalmente aceptó recortar 2,5 Mbd a su producción, una amputación aun más importante que la propuesta por Arabia Saudita el 4 de marzo. Así, Rusia pagó caro el “Big Deal Oil”. Por primera vez en la historia de la Opep+, sus esfuerzos equivalen a los concedidos por Arabia Saudita. ¿Es ese el precio capaz de congelar su parte de mercado en el futuro? ¿Puede obligar a los estadounidenses a compartir el peso de la defensa de los precios? ¿Basta para que se levanten las sanciones estadounidenses?

El súbito cambio de rumbo de Moscú es otro ejemplo de las dudas de los grandes productores ante la alternativa estratégica entre mercado libre o regulación. Sauditas y rusos se dejaron tentar por la competencia sin límites, para luego recular ante el desastre que se anunciaba. Pero el episodio de los precios negativos fue un adelanto de lo que podría ser el mundo sin la red de seguridad de la Opep. Iniciado por Washington, el “Big Deal Oil” constituye un tímido paso hacia otro tipo de regulación. Si el acuerdo consigue restaurar un equilibrio satisfactorio de alrededor de 50 dólares el barril de aquí a comienzos de 2021, este procedimiento podría constituir un piso para un mecanismo más completo. Pero esto supone que, teniendo en cuenta las exigencias

de Arabia Saudita y Rusia, Estados Unidos deje de acaparar solo la casi totalidad del aumento de la demanda petrolera y se comprometa a contribuir más activamente a la moderación de la oferta. Al contrario, si el acuerdo fracasa y no logra enderezar suficientemente los precios, los intereses divergentes de los actores volverían a expresarse, lo cual abriría la puerta a una guerra larvada de precios.

Debilidades y fortalezas de China

Al lado de estos grandes productores, China constituye la última variable de la ecuación petrolera. Las consecuencias de la epidemia le dan la oportunidad de consolidar un estatuto que le costó tiempo conseguir. Desde hace unos años, Pekín juega un rol muy activo en el plano petrolero y gasífero. Al igual que el terreno militar y el dólar, el petróleo es uno de los puntos débiles de su rivalidad con Estados Unidos y constituye una de sus prioridades a escala internacional. Sus compañías petroleras nacionales están entre las más grandes y más activas más allá de sus fronteras. China National Petroleum Corporation, por ejemplo, posee el 20 por ciento de Yamal LNG que explota un inmenso yacimiento ubicado en el Golfo de Obi, en Rusia. Su colega China National Offshore Oil Corporation (Cnooc) se ocupa, junto con Total, del desarrollo de los yacimientos nigerianos. A la inversa de la Unión Europea (UE), donde la demanda baja, en China aumenta a un ritmo inigualable de 7 a 10 por ciento anual. Así se transformó en el primer consumidor mundial, al concentrar el 13,5 por ciento de la demanda. Para hacerse una idea de su creciente influencia en el mercado, basta con señalar la importancia que tomó el indicador de la evolución de esas importaciones semanales en tanto referencia para los operadores y analistas de los mercados internacionales, y no solamente de Asia. De hecho, su dependencia petrolera, que hasta ahora era vista como una “debilidad”, podría transformarse en una ventaja al acceder al estatuto de actor decisivo de los equilibrios petroleros en tanto que representante de los consumidores.

Desde hace años, China trata de garantizarse el aprovisionamiento. A través de su proyecto de “Ruta de la seda” reforzó los lazos con los grandes productores de petróleo y gas como Rusia y los países de Asia Central. Principal mercado de los grandes productores del Golfo arabo-pérsico, multiplica importantes acuerdos bilaterales que disgustan a Estados Unidos, que considera a esta región como su coto de caza. La diversificación de fuentes de aprovisionamiento se extiende también a África y América Latina; incluso en los casos en que Pekín constata los límites de su accionar como en Libia, Sudán y, sobre todo, en Venezuela, el país con las reservas más importantes del mundo. En plena crisis de coronavirus cuando los estadounidenses, incluido su presidente, amenazaban con fijar impuestos al crudo saudita importado, China multiplicaba los seguros para consolidar sus contratos y aprovechar los precios bajos. Al mismo tiempo, exhibía su mercado como salida para los países exportadores como los del Golfo –con los que desarrolla cooperación bilateral– o aquellos, como Rusia, Venezuela o Irán, que enfrentan un embargo unilateral de Estados Unidos.

Hoy, todos los grandes productores de petróleo y gas, incluido Estados Unidos, se disputan el mercado interno chino. Pekín ya comenzó a utilizar esta posición para reforzar su capacidad de negociación de precios de compra, como ya lo hacía con el GNL y sobre todo con el carbón, para los cuales los precios de importación chinos funcionan como principal referencia del mercado mundial (8).

Muy dependiente del petróleo importado y a diferencia de los miembros del triunvirato de la oferta, China se proyecta claramente hacia la transición ecológica. Primer inversor en energías renovables, el país posee más del 50 por ciento de los paneles solares y eólicos del mundo, y fabrica el 90 por ciento de los micros eléctricos en servicio. Su parque automotor representa la mitad de los vehículos eléctricos que circulan en el mundo (un rubro privilegiado).

Los países ricos de la Oede, por su parte, ya han disminuido su nivel de consumo de petróleo. A raíz de la urgencia climática, el movimiento se acelerará aun más. La Unión Europea se fijó un objetivo de neutralidad de carbono para 2050 con las energías renovables pasando al primer lugar, más del 50 por ciento del mix energético (que representa el reparto de diferentes fuentes de energías primarias que demandan sus necesidades). En todos lados, en grados diferentes, los programas de reemplazo de combustibles por electricidad preparan la transición ecológica.

Presiones contradictorias

Todas estas transformaciones probablemente impactarán en la variable más visible del mercado petrolero, es decir en la cotización del barril. Ese precio, como el de otras mercancías, contiene una renta. La suya, especialmente importante, está compuesta de tres capas. La primera, la más normal, se justifica por los diferentes costos por razones geológicas. Esta parte perdurará más allá del régimen petrolero que se adopte. La segunda se vincula al hecho de que se trata de un producto “estratégico”, difícilmente sustituible en tanto combustible para el transporte. Esta parte tenderá a achicarse con el crecimiento del rol de otras energías. Por último, la tercera capa, de lejos la más importante, es la que se sedimentó después de 1973 cuando la Opep comenzó a fijar precios muy alejados de los costos de producción.

Este tercer nivel será progresivamente recortado con el desmoronamiento de la Opep y la exacerbación de la competencia entre productores, fundamentalmente en la demanda futura. Para conquistarla, los productores deben invertir en exploración y producción. Se planteará entonces una mayor dificultad para los productores de petróleos caros: deberán aumentar sus capacidades de producción frente a los productores de la Opep que habrían decidido no defender más los precios. Si ellos también siguieran a los rusos y a los estadounidenses en la competencia por los volúmenes futuros, se abriría una era en la que los precios del petróleo tenderían a alinearse con los costos más baratos, empujando los precios a un nivel “normal”, del orden de los 20 a 25 dólares en lugar de ubicarse –como ocurre hoy en día– al nivel de los más caros como el petróleo no convencional estadounidense o el de las arenas bituminosas de Alberta, que exigen pisos de 40 a 50 dólares para ser rentables.

Esta tendencia a la baja no les agrada a los defensores del clima. El petróleo a buen precio representa para ellos un peligro para los programas de sustitución energética. A futuro, podría acentuarse la presión sobre los gobiernos para que amorticen la caída de los precios bajando impuestos o el precio del carbono, lo cual dificultaría la defensa de la rentabilidad de los programas de sustitución energética.

El futuro dependerá de la salida que se encuentre a estas presiones contradictorias sobre los precios. Ahora bien, la crisis actual ha demostrado que la competencia puede adoptar ropajes muy diferentes. Sin dudas, los principales protagonistas comprendieron que es preferible encuadrarla con un mínimo de regulación que dejarla librada a una disputa sin reglas. ■

1. Véase “Pétrole: quand l'Arabie saoudite agace son allié américain”, *Le Temps*, Lausana, 22-4-20.

2. Véase Michael G. Renner, “Une longue guerre contre l'OPEP”, *Le Monde diplomatique*, París, noviembre de 1988.

3. Véase Georges Corm, “L'OPEP face à la confiscation de la nouvelle rente pétrolière”, *Le Monde diplomatique*, septiembre de 1975.

4. *Middle East Economist Survey*, Vol. 63, N°10, Nicosia, 6-3-20.

5. *BP Statistical Review of World Energy*, Londres, 2019.

Todas las cifras sobre la producción y el consumo de petróleo mencionadas en el artículo provienen de esta fuente.

6. *Pétrostratégies*, París, 13-3-20.

7. “Trump told Saudi: Cut oil supply or lose U.S. military support”, *Reuters*, 30-4-20.

8. Véase Jean-Marie Martin-Amouroux, “L'énergie en Chine: le tournant de Xi Jinping”, *Encyclopédie de l'énergie*, Grenoble, 7-7-19, www.encyclopedie-energie.org

*Ex ministro de Energía de Argelia (1988-1991) y ex presidente de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (Opep) (1989-1991). Fue profesor asociado en la Universidad de Grenoble (1992-2013). Traducción: Heber Ostroviesky

A pesar de la gravedad de la crisis económica global, la deuda de los países pobres no será perdonada. Antes que solidario, el anuncio de anulación, luego desmentido, buscaba poner en aprietos a China, cuyo crecimiento como acreedor global está marginando al Club de París.

El Club de París y la deuda de los países pobres

Juego de engaños

por Milan Rivié*

El 13 de abril de 2020, Emmanuel Macron llamaba la atención del mundo entero reclamando “una anulación masiva” de la deuda africana para apoyar a ese continente frente a la pandemia de covid-19. Entre 2010 y 2018, la deuda se duplicó alcanzando los 195.000 millones de dólares. Horas más tarde, el G20 desautorizaba al presidente francés decretando apenas una suspensión de pago para los países más pobres.

La propuesta francesa resulta engañosa. París posee créditos por 14.000 millones de euros en 41 países africanos, es decir, menos del 3 por ciento de la deuda externa pública bilateral del continente (1), allí donde China posee no menos del 20 por ciento, según estimaciones (2). Aun cuando el Estado francés anulara totalmente el cobro de sus créditos, lo que desde luego es deseable, eso sólo tendría un efecto muy marginal en el endeudamiento del continente africano. Es toda la arquitectura del pago de deudas lo que debe revisarse.

Una estrategia fallida

Francia forma parte de las potencias que impulsaron la creación de las instituciones de Bretton Woods, en 1944: el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, ambos centrales en el pago de las deudas soberanas. También fue impulsora de la creación del Club de París, en 1956, que reúne actualmente a veintidós Estados acreedores, y que tiene su sede en el Ministerio de Finanzas, en la rue de Bercy, en París. En sesenta y cuatro años de vida, el Club de París intervino en 434 operaciones de reestructuraciones de deudas soberanas respecto de 90 países diferentes (3). El problema es que, a pesar de su papel preponderante, no tiene ninguna legitimidad. Definiéndose a sí mismo como una no-institución, este “club” no dispone de estatuto, ni de carta, ni responde a ninguna regla de derecho. Sólo responde a sus principios, entre ellos, el “principio de solidaridad” (4). En suma, ningún país miembro del Club de París puede llevar a cabo unilateralmente la reducción de deuda de un país. Actuando de común acuerdo con el FMI, miembro muy influyente del Club, este cartel de acreedores tomó decisiones parciales sobre la imposición de medidas neoliberales, desde los planes de ajuste estructural de los años 1980 hasta la actualidad (5).

Otrora mayoritario, el Club de París se muestra actualmente como un acreedor más. En 2007, poseía el 50 por ciento de la deuda bilateral de los países

de bajos ingresos. En 2018, ese porcentaje superaba apenas el 10 por ciento. Mientras tanto, China incrementaba el suyo de aproximadamente el 2 por ciento a más del 25 por ciento (6). A pesar de las incesantes invitaciones de sus miembros, este falso aliado de los países del Sur aún no es miembro del Club. Así, si éste deseara realmente organizar la “anulación” de las deudas africanas, ya no dispondría de una base suficiente para imponerla a los demás acreedores bilaterales, con China a la cabeza. Del mismo modo, al estar la deuda externa pública mayoritariamente en manos de acreedores privados, el Club de París no tendría peso suficiente. No es para nada casual que la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (Cnuced) haya llamado una vez más a la creación de un mecanismo internacional e independiente de reestructuración de las deudas soberanas. Valiéndose del apoyo del FMI, el G20 y el Instituto de Finanzas Internacional (IIF, en inglés), que reúne a 500 instituciones bancarias, los miembros del Club de París se opusieron siempre a ello.

Solicitando la anulación masiva de las deudas africanas, Macron deseaba matar dos pájaros de un tiro. Primero, poner a China entre la espada y la pared, incitándola a llevar a cabo la anulación de sus créditos. Segundo, si eso ocurriera, incitarla a sumarse al Club de París para asegurarse de que sus competidores se ajusten a las mismas modalidades, según otro principio del Club, el “principio de comparabilidad de tratamiento”. A través de esta operación de comunicación, el presidente francés habría colocado nuevamente a su país y al Club de París en el centro de los pagos de deuda soberana, con los intereses políticos y económicos que ello implica. No lo logró.

Reavivar el debate público

Contando únicamente a los países de bajos ingresos, 46 de ellos gastan más en el pago de la deuda (7,8% del Producto Interno Bruto) que en la salud (1,8%) (7). Lo que explica la bocanada de oxígeno que representaría una anulación de sus deudas. Pero lo que importa no es tanto el nivel de anulación sino el “cómo”. Una anulación se define del siguiente modo: se toma todo o parte de la deuda, capital e intereses incluidos, y se reemplaza el monto a pagar por un “cero” en la cuenta de operación. Los acreedores no cobran. Ese riesgo es por todos conocido, razón por la cual es remunerado con la tasa de interés. Alemania, Egipto, Ecuador, Jamaica, Namibia, Mozambique, Perú, Sierra Leona, son algunos ejemplos de países

que se beneficiaron en el pasado con una anulación lisa y llana.

Una reducción o una reestructuración de la deuda constituye una operación sensiblemente diferente. Una parte, generalmente mínima, puede anularse. El saldo pendiente, en cambio, se renegocia. Se procede entonces a diferir (es decir, suspender) y/o extender el período de pago; renegociar las tasas de interés; incluso refinanciarlo mediante operaciones de conversión de deuda en inversión, invirtiendo el acreedor de diferentes maneras su acreencia en diferentes sectores del país en cuestión. En este segundo esquema, sólo la parte definida como insostenible por los acreedores se renegocia, con el fin de evitar la cesación de pagos y mantener bajo control a los países en dificultades.

Como era de esperar, es este segundo esquema el que se privilegia desde fines de marzo de 2020. El FMI y el Banco Mundial llaman a reducciones de deuda por parte de los acreedores bilaterales, sin que se aplique siquiera la misma disciplina. Peor aun, a pesar del financiamiento de emergencia, la mayoría se hace bajo la forma de préstamos condicionados a privatizaciones y otras medidas neoliberales. Por su parte, los acreedores privados no asumieron ningún compromiso. En cuanto a los acreedores bilaterales, el G20 anunció una postergación de los pagos al año 2022. Finalmente, estas medidas atañen únicamente

Otrora mayoritario, el Club de París se muestra actualmente como un acreedor más.

a 77 países, que representan el 8 por ciento de la deuda externa pública de los países del Sur. Ninguna anulación, sino una postergación de pago del 3,6 por ciento de la deuda de los países destinatarios.

Sin esperar, los países del Sur podrían sin embargo proceder a suspensiones y desconocimientos de deuda.

Los ejemplos históricos

y los argumentos de derecho internacional para hacerlo no faltan: fuerza mayor, estado de necesidad o incluso cambio fundamental de circunstancias (8). Podría incluso invocarse otros argumentos: deudas ilegales, odiosas, ilegítimas, ya que son heredadas de la época colonial o de regímenes dictatoriales (9). Los países del Sur podrían constituir un frente unido para desconocer las deudas. Es indispensable infundir una solidaridad de los pueblos mediante movilizaciones internacionales y, para las poblaciones, poner la deuda en el debate público manteniendo una presión constante sobre sus dirigentes. ■

1. “Encours de créances de la France sur les États étrangers au 31 décembre 2018”, sitio web del Tesoro francés, París, 12-11-19, www.tresor.economie.gouv.fr

2. China Africa Research Initiative, www.sais-cari.org

3. Sitio web del Club de París, www.clubdeparis.org

4. Cf. “Club de París: Comment sont structurées les dettes souveraines et pourquoi une alternative est nécessaire”, Plataforma de acción e información sobre la deuda de los países del Sur, París, 18-3-20, <https://dette-developpement.org>

5. Véase Damien Millet y Eric Toussaint, “Acreedores discretos, unidos y todopoderosos”, *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, junio de 2006.

6. “Macroeconomic developments and prospects in low-income developing countries 2018”, *IMF Policy Paper*, Fondo Monetario Internacional, Washington, DC, marzo de 2018, <https://www.imf.org>

7. Daniel Munevar, “COVID-19 and debt in the global south: Protecting the most vulnerable in times of crisis I”, *European Network on Debt and Development (Eurodad)*, Bruselas, 26-3-20, <https://eurodad.org>

8. Éric Toussaint, “Pour combattre le Covid-19: pourquoi et comment suspendre immédiatement le paiement de la dette”, Comité para la Abolición de las Deudas Ilegítimas (CADTM), Lieja, 6-4-20, www.cadtm.org

9. Véase Jean Gadrey, “Faut-il vraiment payer toute la dette”, *Le Monde diplomatique*, París, octubre de 2014.

América Latina se está convirtiendo en el nuevo epicentro de la pandemia. La llegada del coronavirus a los barrios marginales de la región amenaza con avivar los problemas políticos, económicos y sociales preexistentes. Con los matices propios de cada país, la crisis sanitaria podría pronto derivar en una realidad tan inestable como

En un escenario de fragmentación e incertidumbre

Leña al fuego en América del Sur

por Pablo Stefanoni*



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

¿América del Sur se encamina hacia una “nueva normalidad” o la pandemia de covid-19 es solo un paréntesis trágico en su “normalidad de siempre”? ¿Habrá efectos sociopolíticos de envergadura o solo consecuencias políticas de corto plazo? Es pronto para saberlo, pero una mirada a la región muestra que la lucha contra la pandemia está atravesada por los problemas de siempre y las dificultades de siempre para enfrentarlos: sistemas sanitarios erosionados y muy desiguales de país a país, altísima informalidad laboral, hacinamiento, capacidades estatales insuficientes, falta de respuestas a escala regional y creciente irrelevancia internacional. Según afirman funcionarios de la Organización Mundial de la Salud (OMS), América Latina se está transformando en un nuevo epicentro de la pandemia.

Como respuesta al covid-19, los gobiernos decidieron aplicar confinamientos –con diferentes dosis de militarización–, ayudas sociales –incluyendo en algunos casos protoingresos básicos temporales–, auxilio a negocios y empresas, y esfuerzos improvisados para poner al día los hospitales y lugares de internación de casos testados positivos.

A diferencia de Europa, podría decirse que el dilema sudamericano no es estrictamente entre salud y economía, sino entre salud y estallidos sociales. Se avecina un escenario aun peor del que antecedió a la pandemia, que ya era poco auspicioso: la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) prevé una contracción del 5,3 por ciento del PIB regional y el Fondo Monetario Internacional (FMI) habla de una nueva “década perdida”. A esto se suma, como consecuencia directa, un fuerte aumento del

desempleo y de la desigualdad (1). Para complicar el panorama, la mayoría de los presidentes están lejos de contar con bases sociales de apoyo sólidas para enfrentar nuevos ciclos de inestabilidad política que, al menos hasta ahora, la pandemia había cancelado o al menos postergado, como en Chile, Bolivia o Colombia.

Las periferias de las grandes ciudades son territorios potencialmente explosivos. En estos densos espacios populares, la consigna “quedate en casa” choca contra las realidades cotidianas, no solo porque las familias ampliadas viven hacinadas y necesitan conseguir ingresos sino porque muchas de las cosas básicas que las clases medias hacen en su casa, como comer o acceder al agua, a menudo deben realizarse en espacios comunes por falta de recursos. Por eso, aun de manera tardía, en el caso de las villas de

emergencia en Argentina, el “quedate en casa” fue mutando a “quedarse en el barrio”, como forma de cuarentenas comunitarias sin planificación, mientras se intenta aumentar de emergencia los testeos. “El aislamiento social en las favelas es inviable, tanto desde el punto de vista de la vivienda como desde el punto de vista de las formas de vida que, a diferencia de las clases medias y altas, tienen la costumbre de expandir la casa más allá de sus paredes”, apuntaba la Federação de Órgãos para Assistência Social e Educacional, una ONG brasileña (2). Uno de los problemas de las cuarentenas latinoamericanas fue, precisamente, su inadaptación a estas realidades.

Con una informalidad que alcanza a alrededor de la mitad de los trabajadores, las cuarentenas se volvieron flexibles *de facto*. Casi el 89 por ciento de los comerciantes sometidos a testeos rápidos en el Mercado Mayorista de Frutas en Lima dieron positivo, en Bolivia y Chile hubo protestas en zonas populares y en Ecuador los manifestantes amenazaron con un “nuevo octubre”, en referencia a las violentas protestas de 2019 contra el aumento de los combustibles. Muchos anticipan una “tragedia” si el virus llega a los cerros de la ciudad de Valparaíso, uno de los nuevos focos de covid-19.

“Cuando la pandemia de coronavirus se interne en los barrios populares de las grandes ciudades latinoamericanas, estará ingresando por vez primera en un mundo desconocido de pobreza profunda, hambre crónica, infra-viviendas sin agua y desocupación estructural, en sectores ya afectados por el dengue y la tuberculosis”, escribió el periodista uruguayo Raúl Zibechi. Al momento de escribir estas líneas ya se había internado, por ahora sin que podamos saber en qué dimensiones ni qué resultados lograrán las políticas públicas, que, como vimos en el caso argentino, hicieron saltar todas las alarmas en las oficinas de los decisores políticos.

Con el consumo no alcanzó

Aunque resulta atractivo pensar la crisis actual como un clivaje progresismo/neoliberalismo, la realidad, como suele ocurrir, “es un poco más complicada”. Sin duda, hubo reducciones significativas de la pobreza durante el “giro a la izquierda” –sobre todo en el primer lustro de la década de 2000–, especialmente por los aumentos del salario mínimo y las políticas de transferencias directas de ingresos. Pero estas iniciativas no solo coincidieron con el boom de los *commodities* sino que, a menudo, no tuvieron como contrapartida una mejora de las capacidades estatales y de los sistemas de protección social. En el caso de Venezuela, el sistema de salud se hundió en una profunda crisis, en el marco del declive más amplio del modelo económico y social bolivariano (3). En Bolivia, donde el manejo macroeconómico estuvo en las antípodas de Venezuela, e incluso se habló de “milagro económico”, con un crecimiento promedio del 5 por ciento anual, la salud fue una de las grandes asignaturas pendientes del gobierno de Evo Morales. Recién al final de su gestión, que terminó abruptamente en medio de una crisis política y un golpe de hecho de los militares, el presidente boliviano intentó avanzar de manera desordenada y a las apuradas en la reforma de la salud por la presión social.

Brasil, otro ejemplo de “inclusión social” de dimensiones gigantescas bajo los gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT), también muestra los límites, en términos de Estado de Bienestar, del modelo aplicado. La experta en protección social Lena Lavinas lo sintetizó así: “En el caso de Brasil, la política social sirvió para consolidar el modelo de consumo socialdesarrollista, que consistió en promover la transición hacia una sociedad de consumo de masas a través del acceso al sistema financiero. La novedad del modelo socialdesarrollista es la de haber instituido la lógica de la financiarización en todo el sistema de protección social, ya sea mediante el acceso al mercado de crédito, ya sea vía la expansión de los planes de salud privada, crédito educativo, etc. Fueron años de promoción de una agresiva estrategia de

inclusión financiera” (4). Entretanto, el sistema de salud público, subfinanciado por décadas, ahora entró en colapso.

En casi todos los casos, el ciclo progresista alentó en mayor medida un modelo de acceso más democrático al consumo que la construcción de sistemas sólidos de protección social y bienes públicos de calidad (como transporte, salud o vivienda). Muchos de estos déficits se agudizan ahora, en contextos postpopulistas en los que gobiernos con tintes restauracionistas y proyectos reaccionarios se han instalado en países como Brasil y Bolivia. O se expresaron, de manera más matizada, en el interregno de Mauricio Macri en Argentina.

Hoy asistimos en todo el mundo a un “socialismo repentino” producto del “nerviosismo de los gobiernos”, en las palabras no carentes de ironía de John Keane (5). Esto provocó que, con fe o sin ella, la mayoría de los gobiernos hayan relajado las ortodoxias fiscales y “puesto dinero” en los bolsillos de empresas y personas. Si Alberto Fernández decidió un pago único de 10.000 pesos a trabajadores informales y monotributistas, Jair Bolsonaro aprobó un ingreso básico de 600 reales (algo más de cien dólares), durante tres meses, para los trabajadores informales. “Así tendrán recursos para afrontar durante los próximos tres meses la primera onda del impacto, la de la salud. Hay otra onda que nos amenaza y vendrá de la desarticulación económica”, dijo el ministro de Economía, Paulo Guedes, un Chicago Boy que trabajó con asesores de Augusto Pinochet en los años 70 y hoy, ante la presión de la pandemia y de los militares, se muestra más flexible a abrir la canilla. Perú destinó entre el 9 por ciento y el 12 por ciento de su PIB para ayudar a la gente que perdió su empleo (o autoempleo) y a las empresas que se quedaron sin ingresos a causa de la emergencia, lo cual no impidió que el país esté cerca de los casi 4.000 muertos y el virus se expanda peligrosamente (6).

¿Y la política?

Uno de los efectos de la pandemia fue sacar de las calles a quienes protestaban, postergar citas electorales y de acuerdo al caso despolarizar o crispar más el escenario político. En el caso chileno, la pandemia de covid-19 le dio aire a un Sebastián Piñera que venía transitando su mandato como un calvario frente a una insubordinación social incombustible, uno de cuyos resultados fue ponerle fecha a un referéndum constitucional para reemplazar la Carta Magna de la dictadura de Pinochet. Pero si en una primera etapa Chile aparecía como un caso exitoso que legitimaba los confinamientos “estratégicos” y “flexibles” del gobierno, y la ocupación de las calles por los militares, el agravamiento de la situación lo llevó a volver sobre sus pasos y decretar una cuarentena más dura. De esta forma, pudimos ver los límites de una estrategia que buscó combatir el coronavirus con muchos testeos y sin cuarentenas como la argentina. Quienes desde este lado de los Andes elogiaban la política chilena debieron pasar rápidamente a exaltar a Uruguay.

También Bolivia vio “congelarse” una situación que se movía a un ritmo político frenético tras el derrocamiento de Evo Morales en noviembre del año pasado. La presidenta Jeanine Áñez se enfrenta a una erosión de su imagen producto de la gestión de la pandemia, que azota en mayor medida al Oriente del país, de donde proviene ella misma. Un caso de sobreprecios en la compra de respiradores llevó a la renuncia y detención en tiempo récord del ministro de Salud, Marcelo Navajas, y puso contra las cuerdas a un gobierno que no surgió del voto popular. Con alrededor del 30 por ciento de voto duro, el ex ministro de Economía del gobierno de Evo Morales, Luis Arce Catacora, busca capitalizar el descontento mientras se discute el calendario electoral. Sin un clima social que reclame la vuelta del ex mandatario, actualmente exiliado en Buenos Aires, el Movimiento al Socialismo (MAS) buscará capitalizar su gestión de la economía y superponerse a lo que ya antes de la crisis de noviembre se percibía como el agotamiento de una forma de ejercer el poder que duró una década y media.

Mientras tanto, Brasil explica en gran medida el desalentador clima regional: alguna vez motor de la integración sudamericana, hoy es un elefante en un bazar, gobernado por un presidente negacionista que pone en riesgo la propia convivencia republicana. Jair Bolsonaro navega tres crisis sobrepuestas: política, económica y sanitaria. Conspiraciones políticas y judiciales tras la salida del gabinete del ministro estrella Sérgio Moro, una caída estimada en alrededor del 5 por ciento del PIB (7), y cifras del coronavirus que rondan los 400.000 casos detectados y las 25.000 muertes tiñen una gestión que, como señaló André Singer, se basa en una “radicalización permanente”. Con un tercio de apoyo, Bolsonaro gestiona el gobierno en clave de “guerra cultural”. La ideologización del combate a la pandemia lo llevó a ironizar, entre carcajadas, que “la derecha toma cloroquina y la izquierda Tubaína”,

A diferencia de Europa, el dilema sudamericano no es estrictamente entre salud y economía, sino entre salud y estallidos sociales.

comparando el medicamento impulsado por el infectólogo francés Didier Raoult, por ahora con resultados muy cuestionados, con una gaseosa popular de San Pablo. Como sustrato, se observa una creciente influencia militar y una posible deriva autoritaria de un gobierno que es lo más parecido a la “derecha alternativa” en América Latina.

El caso de Venezuela es, como siempre, particular. Posiblemente por su aislamiento internacional previo, el país sigue sin ser golpeado severamente por la pandemia. Su “nueva normalidad” incorpora escasez de gasolina –se invirtió la dirección del contrabando: ahora es de Colombia hacia Venezuela–, una dolarización de facto de la economía y nuevas aventuras de la oposición, como el intento de “desembarco” del 3 y 4 de mayo pasado, una rocambolesca operación llevada adelante por una empresa de Miami con desertores de las Fuerzas Armadas bolivarianas cuyos coletazos podrían erosionar aun más el liderazgo de Juan Guaidó, el autodenominado “presidente encargado” (8).

En un escenario de fragmentación e incertidumbre, América del Sur se enfrenta a una carencia de liderazgos con aspiraciones regionales así como de visiones políticas con proyección hacia el futuro. En un mundo que, de un modo u otro, discutirá formas de adaptación al contexto pospandémico, el agotamiento del “giro a la izquierda” y el fracaso de las derechas neoliberales o “alternativas”, posiblemente haga que la “nueva normalidad” sudamericana consista en respuestas coyunturales e improvisadas a una sumatoria de crisis, con riesgos renovados de inestabilidad social y política, y “presidentes bomberos” que intentarán apagar los incendios. Mucho va a depender de la evolución en nuestra región de la “gran pestilencia” global, lo que, como estamos viendo depende de multiplicidad de variables y un poco de azar. ■

1. Alicia Bárcena: “Si no se toman medidas, la pobreza aumentaría en forma dramática en la región”, *DW*, 22-5-20.

2. “La Covid-19 y la injusticia de la vida en las favelas y periferias urbanas de Río de Janeiro”, *OpenDemocracy.net*, 24-4-20.

3. Stefania Gozzer, “Cómo la crisis de salud en Venezuela se puede convertir en un problema para los países de la región”, *BBC*, 26-2-19.

4. Pablo Stefanoni, “Brasil: pandemia, guerra cultural y precariedad”, entrevista a Lena Lavinas, *Nueva Sociedad*, N° 287, Buenos Aires, mayo-junio de 2020.

5. John Keane, “La democracia y la gran pestilencia”, *Letras Libres*, México-Madrid, 1-5-20.

6. Cecilia Barría, “Coronavirus: los 10 países que más han gastado en enfrentar la pandemia (y cómo se ubican los de América Latina)”, *BBC*, 18-5-20.

7. Cecilia Filas, “Por el coronavirus, Brasil estima que el PBI podría sufrir la peor caída en 120 años”, *El Cronista*, Buenos Aires, 13-5-20.

8. Manuel Sutherland, “¿Cómo fue la parodia venezolana de Bahía de los Cochinos?”, *Nueva Sociedad*, edición web, mayo de 2020, nuso.org



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

Amparados en la lucha contra el covid-19, los medios de comunicación organizaron el terror sanitario en poblaciones consideradas tan maduras como un infante. Únicos interlocutores de audiencias confinadas, terminaron absorbiendo la realidad.

¿La nueva condición del género humano?

Confinados en la matriz

por Denis Duclos*

Meses de enfermedad y confinamiento llevaron a poblaciones enteras a depender más de los medios de comunicación para informarse, reflexionar, conversar y trabajar. Aun cuando la difusión de la prensa escrita se vio penalizada por las medidas de confinamiento, rara vez fue tan importante su consumo: diarios, emisoras tradicionales de radio y televisión, videos por Internet, redes sociales, información continua, foros y videoconferencias: el planeta multimediático zumba como una colmena gigante de mensajes intercambiados. ¿En qué dirección se estimulan o influyen los actos y los pensamientos? Es difícil responder, aun habiendo examinado minuciosamente las miles de referencias temáticas de Google News durante cinco meses (1). Salvo en un punto: el mundo-media fue claramente un productor del

acontecimiento, imponiéndole un sentido intolerable y la alineación de una mayoría de los Estados con una misma política sanitaria de excepción.

Al posicionarse como el coro de un teatro trágico instalado entre el público y los profesionales para hacerles llegar a ambos sus respectivas posiciones, la información globalizada hace aparecer dos principales fuerzas en presencia: personas con saber y decisión por un lado, pueblos y “pacientes” por el otro. Pero todos ellos conectados y sometidos a la nueva condición electrónica del género humano... ¿o no están acaso, públicos y actores, confinados juntos dentro del perímetro de una misma instancia mediática?

A nadie se le escapó una de sus manifestaciones más espectaculares: las curvas, los mapas y gráficos relacionados con la epidemia, las órdenes de confinamiento, cuarentenas y cierres de frontera, que captaron

y alimentaron a diario a los medios del planeta entero. Esas infografías, mediante las cuales se produce la realidad (más que a la inversa), a tal punto que la estrategia mundial de lucha contra el covid-19 se llama “aplanar la curva”, constituyen ya en la faz del planeta mediático, una analogía sanitaria de los boletines meteorológicos o de las cotizaciones de la Bolsa, interpretados en tiempo real y luego comentados en cometas conversacionales.

Basados en cifras parciales, sesgadas y fragmentadas, esos indicadores de R0 (cantidad promedio de personas infectadas por una persona a su vez afectada por el virus), de índices de mortalidad, de número de enfermos, de fallecimientos, de pacientes en terapia intensiva, etc., captan en continuado una atención inquieta. La comparación internacional demuestra ser más elocuente aun con respecto a la imposibilidad de un saber exhaustivo.

Uno sospecha que las incesantes batallas de cifras publicadas sobre la inclusión o no de tal categoría de fallecimientos tienen como objetivo (comprensible) evitar la vergüenza de un resultado “peor” que el del vecino. De ahí que sea dable esperar que los planetas mediático y sanitario se fusionen, a fin de crear los instrumentos para una lectura universal inmediata de todos los datos seguros de contaminación y fallecimientos.

Sobre la propagación del virus, los medios se cuidan de acreditar información que cuestione la doctrina gubernamental y la necesidad del confinamiento, como por ejemplo, la hipótesis de un impacto menor de la epidemia, en muchos países cálidos y húmedos, en poblaciones desvinculadas de los flujos de intercambio, y jóvenes. Pero la desconfianza es de corto alcance: también hay que tranquilizar, tener en cuenta las esperanzas que surgen en la población y las promesas de las industrias farmacéuticas. Los periodistas reproducen pasivamente las reglas supuestamente siempre virtuosas del “método científico”, que apunta a descubrir el remedio “por fin confiable”. Ignoran voluntariamente la proporción siempre importante de baja replicabilidad de las experiencias y los protocolos de prueba, así como la no fiabilidad de muchos tests positivos o negativos.

La expectativa versátil del coro mediático desemboca en este punto en una paradoja: reafirma la creencia en una tecnocracia idealizada, al tiempo que está dispuesta a condenar a quienes hayan defraudado con anuncios prematuros, o a quienes cuestionen la farmacología oficial. La sospecha de charlatanería acompaña a la fe tecnófila como su propia sombra. Pesa sobre unos ingenieros investigadores que también necesitan su libertad (de equivocarse y desandar camino), sea cual sea la urgencia del encargo.

Actitud marcial

Los anuncios de las autoridades sobre la limitación de las libertades ordinarias siguen una orientación mediática similar a la de las cifras, pero de otra manera. Despiertan más pasiones y controversias, inspiradas por la divergencia de intereses legítimos, pero también por análisis opuestos del acierto (o los errores) de las políticas públicas. Es el caso de la famosa disputa sobre la aplicación de métodos de trazabilidad en las poblaciones. Por su parte, el debate entre “inmunización de grupo” (más apoyado en países de Europa del Norte) y “aislamiento”, mediáticamente no dio en el blanco, quizá frente a la sospecha de irrealidad de la primera opción y a la incómoda revelación de que esta podía señalar, como en Suecia, no la preferencia de la economía frente a la vida, sino de la libertad frente a la salud.

Como se trata de decisiones que se imponen como orden legal, político o militar-policial, a toda una población (estado de emergencia, confinamiento), se admite primero sus justificaciones oficiales, reproducidas aquí y allá, como el famoso “aplanamiento de la curva” para “no saturar las urgencias”. Y una duda prudente se siembra detrás de micrófonos y cámaras. Al mismo tiempo que acompañan la política, los medios aceptan cada vez menos la vacilación y la “cacofonía” de los políticos. Aunque, supuestamente, el carácter más bien positivo del desacuerdo se admite en democracia, porque modera un activismo histérico que puede llegar a ser más catastrófico que la enfermedad.

Por su parte, el debate sobre la eficacia real de las políticas de prevención respalda a veces una actitud marcial. Por ejemplo, la publicación en Francia, el 22 de abril, de un estudio según el cual el confinamiento habría evitado algo más de 60.000 muertes, fue de inmediato retransmitida por el gobierno y la prensa en su conjunto –sin esperar, esta vez, una confirmación de otros investigadores– (2). No pasa lo mismo con los efectos sanitarios perniciosos del confinamiento, observados en gran escala en países como India, y de un modo más difuso en el mundo occidental.

Como si ya nadie se atreviera a expresar lo que ayer parecía evidente, ni un solo periodista consideró útil recordar esta declaración de Jean-Claude Ameisen, pese a ser un inmunólogo de renombre muy conocido por los medios de comunicación franceses, quien ya en 2007 criticaba la implementación internacional “de medidas de distanciamiento social [sic] que acentúan el aislamiento de cada uno, amenazando así con precipitar a las personas más frágiles en situaciones dramáticas, y de causar su muerte, independientemente de toda infección por el virus de la gripe” (3). El pasado tarda en subir a la superficie y lo hace selectivamente, en apoyo equívoco de las posiciones preferidas: fotos de pueblos con barbijo en 1918 so pena de prisión (4), exhumación de archivos que muestran las sucesivas cuarentenas a lo largo de los siglos, etc.

La ballena de Jonás

La soledad del agente de decisión política, sobre quien recae una responsabilidad excesiva, lo arrastra en una espiral de decisiones al voleo (como a Olivier Véran, ministro de Salud francés, quien el 24 de marzo declaró sobre el confinamiento: “Mientras deba durar, durará”) a veces inadecuadas, o de autoritarias defensas de sus compromisos (obstinadas o falsamente contritas), al precio de una marginalización del debate. Pero cuando el error de orientación ya no puede ignorarse, y múltiples voces se alzan en múltiples direcciones, el mismo

medio de comunicación entra en la escalada dramatizante. La puesta en escena de lo peor (“la epidemia mortal” volverá por ciclos, el desconfinamiento será “peor”, el derrumbamiento acecha) forja un consentimiento por el miedo. No obstante, esta angustia no parece activar un cuestionamiento orgánico de la sociedad-mundo. Muy por el contrario, se abre paso un cansancio ya nostálgico, compasivo, que llama al “retorno” a una normalidad perdida, que debería merecerse gracias a una disciplina social e higiénica, cuyo guardián sería cada individuo.

A modo de contraste, encuentros “humanos” y “altruistas” surgen en respuesta a la reclusión forzada: los medios homenajean a los trabajadores de la salud e informan las manifestaciones de apoyo de la gente. Pero, allí también, aparece enseguida lo “negativo”: si bien se acorazan de virtud editorial para reprobar signos de xenofobia contra los asiáticos (o los africanos en China), también se complacen en denunciar a las personas “que no respetan las medidas de prevención” o a quienes reinciden en su negativa a llevar el certificado de desplazamiento, nueva encarnación de una marginalidad individualista y peligrosa. En la excesivamente rápida indignación contra el vecino que tose muy cerca de uno o corre sin mascarilla, tropezamos también con desagradables novedades: esa pasión por la delación que recuerda a la Ocupación. Las redes sociales y otros espacios de expresión de la gente (como los antiguos “correos de lectores”) rebosan de posturas extremas que señalan hacia dónde se inclinará ese medio, momentáneamente vacilante: las que celebran la puesta a punto de programas informáticos de localización de los amigos contaminados, de un pasaporte inmunitario o de la multiplicación de certificados.

No se sabe muy bien cómo referirse a las instituciones de atención a personas mayores, cuyo personal, con condiciones de trabajo altamente peligrosas, simplemente “huyó”, abandonando a los residentes (como pasó en Lombardía, pero también en

Francia). Ya en la Francia de 1918 se omitía mencionar en los diarios el número creciente de negativas a dejarse masacrar en nombre del bien colectivo (mencionadas por Stanley Kubrick en Senderos de gloria). Pero el mero hecho de que las familias depositen (a veces obligadamente) a personas de edad muy avanzada en esas instituciones de “soledad asistida”, que aportan casi la mitad de los casos a las estadísticas de mortalidad por covid-19, causa tanto malestar, que da lugar más que nada a un silencio ensordecedor, al que los medios, en su incomodidad, contribuyen.

Este amplio espectro de opiniones y contradicciones tiende, a fin de cuentas, a franquear cierta línea de desinformación comandada. Es como si se conformase una trama global de percepciones mediatizadas de lo real que se vuelve coextensiva a nuestra sociedad-mundo. Un dibujante de prensa podría representarlo como un gigantesco banco de peces refulgentes que rodearan la Tierra, en el que individualmente, todos se dirigeran en sentidos distintos, pero dieran la media vuelta al mismo tiempo.

Emerge, por cierto, de la mediósfera tomada en detalle, un halo de cuestionamientos sociales profundos, que ya se había perfilado en el contraste que expresó el movimiento de los Chalecos Amarillos entre “fin del mes y fin del mundo” –la conflictividad latente entre la necesidad de ganancias inmediatas y la de “supervivencia” del futuro Antropoceno–. Los artículos críticos que mencionan importantes correcciones a aplicar al régimen económico se mantienen ya evasivos, ya circunscritos a los medios “comprometidos” o que permiten que los compromisos –benevolentes o excesivos– circulen. Incluso estos últimos están lejos de transmitir propuestas políticas globales, orquestables por las clases políticas un poco desorientadas en todas partes, y que se sienten socavadas en su propia razón de ser.

Por el momento, la interminable erupción de intervenciones parece querer demostrar que el acontecimiento quizá no

sea la pandemia en sí misma. Más allá de los estados de emergencia y los planes gubernamentales de salida de la crisis, habría de aquí en más algo insuperable en los confines de nuestras vidas, ligado al triunfo supranacional de las baronías de Internet: ¿demócratas o no, estaríamos... confinados en el planeta mediático sin poder salir de él!

Como si, en último término, la sociedad mundial se impusiera por fin a nosotros conscientemente, con un poder aplastante tanto mayor, que a semejanza de la ballena de Jonás, nos hubiese tragado y disuelto a todos en sus jugos algorítmicos: poderosos, débiles, resistentes o ávidos de poder, anárquicos o maniáticos del orden, pasivos o creativos.

Este descubrimiento en curso no es, en sí mismo, negativo. Un “acercamiento social” también se volverá necesario para nuestra salud mental y física, tras el estado de aislamiento de emergencia. Pero todos sabemos que las represiones suelen suceder a los fulgores y que en cuanto la así denominada “normalidad” vuelva a nuestro alrededor y a nuestras pantallas, quizá regresemos muy rápido a la somnolencia tecnológicamente guiada y mediáticamente asistida, olvidando nuestra angustiosa resolución de desconfinarnos realmente, tanto en el interior como en el mundo. ■

1. Este texto está basado en la recolección y el análisis de miles de artículos y videos en lenguas francesa, inglesa, italiana y española, publicados en Internet entre el 1º de enero y el 11 de mayo de 2020.

2. Véase Jonathan Roux, Clément Massonnau y Pascal Crépey, “Covid-19: One-month impact of the French lockdown on the epidemic burden”, 22-4-20.

3. Jean Claude Ameisen, “La lutte contre la pandémie grippale : un levier contre l'exclusion”, *Esprit*, Paris, julio de 2007.

4. “In the 1918 flu pandemic, not wearing a mask was illegal in some parts of America. What changed?”, CNN, 5-4-20.

*Antropólogo.

Traducción: Patricia Minarrieta

Ediciones

desde abajo

Libros indispensables para adentrarse en las entrañas económicas y sociales de Colombia, uno de los países más desiguales del mundo, con puerta de salida ante la crisis de empobrecimiento de millones de connacionales potenciado por el covid-19.

Luis Jorge Garay S. y Jorge Enrique Espitia Z.

Desigualdad y Reforma estructural tributaria en Colombia

Hacia una economía política de inclusión social

Luis Jorge Garay Salamanca y Jorge Enrique Espitia Zamora

Libro virtual (.pdf)

Formato: 17 x 24 cm

228 páginas (disponible a partir del 20 de junio)

[Enlace](#)

Luis Jorge Garay S. y Jorge Enrique Espitia Z.

Medidas sociales y económicas de emergencia ante la pandemia del covid-19 en Colombia

Visión desde una economía política de inclusión social

Luis Jorge Garay Salamanca y Jorge Enrique Espitia Zamora

Libro virtual (.pdf)

Formato: 17 x 24 cm

160 páginas (disponible a partir del 16 de junio)

[Enlace](#)



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

¿Cómo ha sido afectada y ha respondido Cuba a la pandemia por covid-19? Este artículo brinda luces sobre el particular, con mirada hacia países de América del Sur, buscando aprender lecciones sobre las condiciones en que los sistemas de salud aprovechan las capacidades de la Atención Primaria en Salud (APS) en la prevención y control de la infección por el Sars-COV-2 que, al decir de la OMS, llegó para quedarse. Una dimensión importante por explorar dado que en nuestra región, tras las reformas neoliberales, muy pocos sistemas de salud han dado un lugar a la APS –descalificada, desfinanciada, invisibilizada.

Cuba. Atención Primaria en Salud

Lecciones en la contención de la pandemia por covid-19

por Román Vega Romero*

Con su avance que va copando territorios, el 11 de marzo el gobierno cubano confirmó los tres primeros infectados en la isla, seis días después el primer fallecido. Setenta y tres días después, el pasado 23 de mayo, la pandemia registraba 1.916 casos certificados, 81 fallecidos, 1.631 re-

cuperados y una prevalencia en el sexo masculino del 52 por ciento.

A diferencia de países como Brasil, Perú o México, donde la pandemia se ha disparado, en Cuba la tasa general de incidencia acumulada de nuevos casos confirmados de covid-19 por 100 mil habitantes era de 17.1 y la tasa de incidencia en los

últimos 15 días de 1.67. De estar por encima del 4 por ciento de casos nuevos confirmados en el algún momento, para finales de mayo había disminuido su cantidad al 2 por ciento en las muestras estudiadas. La isla, además, ha ostentado un reducido porcentaje de casos graves (7,6%) y críticos (3,3%), un alto porcentaje de recupe-

rados hospitalizados (87.9%) y un bajo porcentaje de desenlace letal (4,08%).

“Viven como pobres, pero mueren como ricos”

“Es un logro de la revolución”, lo dicen propios y extraños. En Cuba la salud pública es considerada un derecho de todas las personas, con el Estado como el responsable de garantizarlo. Para materializarlo, se ha creado un sistema público estatal de salud de acceso universal en todos los niveles, con énfasis en servicios de prevención y educación, con participación de la sociedad y las familias, y sustentado en los valores de solidaridad, equidad y derecho a la salud.

El gobierno, que es de orientación comunista, ha priorizado la salud en el desarrollo humano del país. Según declaración reciente en Prensa Latina de José Luis Ponce, embajador de Cuba en Colombia, el sistema tiene “150 hospitales: 22 pediátricos, 54 generales, 27 clínico-quirúrgicos, 13 gineco-obstétricos y 12 institutos de investigación; además, 449 policlínicos y 10 mil 869 consultorios médicos comunitarios con atención domiciliar de cercanía, base fundamental del sistema preventivo de salud, con más de 95 mil médicos, 85 mil enfermeros y 58 mil técnicos y auxiliares de la salud”. Actualmente tiene una relación de 90 médicos por 10.000 habitantes. Con su sistema de salud, Cuba materializa el ideal de salud integral para todos y todas. Por eso es común oír decir a su gente que “Viven como pobres, pero mueren como ricos”.

La respuesta

La movilización en Cuba para detener el avance del virus, es múltiple, integrando políticas de Estado, de gobierno y al conjunto social. Una acción combinada, que con el apoyo de una parte de la comunidad internacional ha logrado los resultados acá retomados.

A la cabeza de esa acción múltiple están el Presidente de la República y el Primer Ministro. Guían su acción los principios de prevención y control de la pandemia, para lo cual organizan el trabajo de las instituciones, el funcionamiento de las diversas áreas, la regulación del comportamiento de las personas, la vigilancia activa en salud pública y la atención médica oportuna, la ayuda a los grupos vulnerables a través de la acción intersectorial, y la solidaridad y participación de las comunidades y de las organizaciones de masas.

Con una acción incluyente, al principio de la pandemia se organizaron audiencias sanitarias en las cuadras, centros de trabajo y de estudio para explicar a la población de qué se trataba esta situación, socializar las propuestas de respuesta del gobierno, y con la ayuda del personal de salud, definir cómo enfrentar la propagación del virus. Los medios de comunicación y las redes sociales han difundido información científica y reforzado las políticas oficiales de confinamiento y prevención en general.

Garantías

Tanto el Partido Comunista, el gobierno, los expertos y las organizaciones de masas contribuyen a la decisión e implementación de las medidas de aislamiento social y distanciamiento físico. Pese al impacto que sobre su economía tendría la suspensión de vuelos internacionales turísticos, fue una de las primeras medidas tomadas, condición fundamental para evitar la importación recurrente del virus. En simultáneo se procedió facilitando el regreso

a sus países de los turistas, con todas las medidas de prevención y control por parte del personal médico. Las mismas medidas fueron adoptadas con respecto al transporte marítimo y terrestre.

Al mismo tiempo, y buscando crear condiciones para garantizar que la población cumpla las medidas de aislamiento y distanciamiento social, los núcleos corrientes de personas vulnerables –concepto que no está asociado a ingresos insuficientes– se han ampliado con otros como los adultos mayores que viven solos, personas en discapacidad, madres solteras con hijos menores y los enfermos crónicos, de los cuales tienen contabilizados 606 mil 945. Los grupos vulnerables son asistidos por el Ministerio de la Seguridad Social a través de trabajadores sociales, personas que han tenido que reubicarse laboralmente, los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) y la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU).

Para que no tengan que salir de sus casas, los trabajadores sociales y los otros trabajadores vinculados a esta acción, apoyan a los vulnerables en actividades como trámites personales, entrega de ayudas monetarias, servicio de alimentación organizado en la comunidad, entrega de alimentos controlados, pago de pensiones y prestaciones de la seguridad social. Las personas con ingresos insuficientes, en condiciones corrientes unas 112 mil, que no están en condiciones de trabajar ni tienen apoyo familiar, también son atendidas por estos trabajadores.

Una acción preventiva y solidaria que integra más sectores. Es así como los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) y la Federación Médica de Cuba (FMC) enfatizan en la atención y entrega de alimentos a grupos vulnerables, confección y entrega de tapabocas, apoyo a la enfermera y médico de familia en la pesquisa de sintomáticos y contactos, limpieza e higienización de hogares de ancianos con ayuda de jóvenes activistas, fomento del compartir el cuidado doméstico, prevención de la violencia de género, apoyo a las familias de las trabajadoras de la salud expuestas, apoyo a los equipos básicos de salud para que lleguen a las embarazadas en zonas de riesgo, traslado de alimentos a hogares maternos y centros de aislamientos y atención a niños sin amparo, prisiones y centros de aseguradas.

Por su parte, la Federación de Estudiante Universitarios (FEU) participa en las labores de detección temprana del virus en las comunidades a través de estudiantes de medicina y otras áreas, en la distribución de alimentos y medicamentos, tareas de higienización y limpieza de calles en zonas declaradas en cuarentena, organización de las colas y vigilancia de calles, preparación de desinfectantes, producción de alimentos, trabajo en los laboratorios con la aplicación de pruebas PCR, instruyen a la población en cómo usar el pesquisador virtual, y obviamente en promover quedarse en casa.

Quien viole las medidas de aislamiento y distanciamiento social y se convierta en agente de contagio del virus, o entre en actividades ilícitas (revendedores y acaparadores), recibe sanciones drásticas como multas y hasta cárcel, no sin antes haber sido educado en la práctica correcta de las medidas de higiene, protección personal y desinfección, así como cuidar de la violación de las medidas de aislamiento social. Para los cubanos “el momento que se está viviendo reclama el esfuerzo de to-

dos para cumplir con la principal misión: salvar vidas”.

Respuesta del sistema de salud

De manera simultánea, el consolidado modelo de medicina familiar con que cuenta el país despliega un fuerte componente de vigilancia en salud pública, apoyado en la asistencia de una aprestigiada red hospitalaria integrada a la salud pública y a la atención primaria a través de los policlínicos comunitarios.

Acción para la cual las capacidades hospitalarias dispuestas ante la covid-19 incluyen 20 hospitales con 5.000 camas de hospitalización que hoy sólo tienen un 29 por ciento de ocupación, y 477 camas de cuidados intensivos con un 8 por ciento de ocupación. Además, 54 centros para sospechosos, 248 de vigilancia de contactos y 40 para la atención de viajeros. Lo anterior indica que la sobrecarga del sistema de salud por pacientes en necesidad de hospitalización y terapia intensiva no ha sido fuerte y la oferta para atenderla es más que suficiente.

Para este proceder, la fuerza de trabajo en salud dispuesta para atender la pandemia es significativa, mucha de la cual, como en otros países, ha sido afectada por el virus en los distintos espacios de trabajo. La mayor dificultad para evitar el contagio está en la disponibilidad de Equipos de Protección Personal. Para el 17 de abril había 92 trabajadores de la salud positivos, 5 estudiantes de medicina y 5 colaboradores, la mayor parte de ellos médicos y enfermeras.

La APS

Según su organización, la base del sistema de salud y la puerta de entrada al sistema de atención reposa en el Programa de Trabajo del Médico y la Enfermera de Familia –que es un modelo de APS centrado en la persona, la familia y la comunidad, con proyección territorial e intersectorial de salud–. El modelo incluye un Equipo Básico de Salud (EBS) integrado por un médico y una enfermera de familia –que trabaja en un consultorio de familia de barrio–, 15 a 20 EBS por Área de Salud (Grupo Básico de Trabajo -GBT) de entre 20 a 30 mil personas, articulados con un policlínico comunitario y un hospital de referencia.

Las actividades básicas de los EBS son los dispensarios, el análisis de la situación de salud de la comunidad, la atención domiciliar y de personas en estadio terminal. Cada EBS tiene a cargo una población de 1.500 habitantes, organiza su trabajo a través del modelo de planificación de acciones en salud, y el médico de familia prioriza las actividades de consulta y realiza dos visitas en terreno por semana. Los GBT, apoyados en especialistas básicos y técnicos en salud, comparten la responsabilidad de atender la totalidad de la población de su área, de estudiar sus problemas comunes y resolverlos.

La operatividad de los EBS –puerta de entrada– y del Policlínico –primer nivel de atención que además sirve de centro de apoyo y coordinación de las actividades de los EBS– mejoró desde la implementación de la formación en medicina general con perfil de salida orientada a la APS y una nueva especialidad –la medicina general integral, que es la especialidad de todos los médicos de familia– con competencias y desempeño centrados en la atención individual, familiar, comunitaria y del ambiente.

La operatividad ha mejorado, hay que resaltarlo, al vincular varias especialidades al policlínico del primer nivel de atención –pediatría, ginecología, obst-

tricia, medicina interna, psicología, optometría, entre otras– y al acercar a éste varios servicios de salud –ultrasonido, endoscopia, drenaje biliar, optometría, estomatología, rehabilitación integral, medicina natural y tradicional, entre otros–; al articular mejor los EBS y los policlínicos en perspectiva de complementariedad, y al modernizar la coordinación de las acciones entre la red, y entre ésta y la población, mediante el uso de la tecnología electrónica y digital. La continuidad de la atención se garantiza a través de la red integrada de consultorios de familia, policlínicos y los respectivos hospitales de referencia. En esta estructura y proceder, las acciones de vigilancia en salud pública también forman parte integral de los procesos locales de la APS en los EBS y en los policlínicos comunitarios.

La APS y su papel en la pandemia

Acá tenemos el proceder fundamental. La APS participa en las labores de prevención y control de la pandemia a través de acciones de vigilancia en salud y de atención de pacientes infectados desde un enfoque de manejo sindrómico de la infección respiratoria aguda. La búsqueda activa de personas con esta sintomatología y sus contactos se hace de modo geo-referenciado en los domicilios y comunidades a través de los servicios de atención primaria comunitaria, y mediante aplicaciones virtuales de libre uso ciudadano.

Los EBS definen si los pacientes sospechosos se quedan en casa para observación, se les remite a sitios de aislamiento –si su estado clínico es leve o moderado– o si se remiten a más altos niveles de complejidad por riesgos de ser enfermos graves o en estado crítico. En Cuba no se atienden pacientes confirmados ni sospechosos por la covid-19 en los domicilios, son ingresados en hospitales. Los contactos estrechos son sometidos a vigilancia permanente en centros de aislamiento designados. Los pacientes confirmados, sospechosos y sus contactos no deben acudir a espacios habituales de atención de pacientes con otras patologías.

Desde los consultorios barriales los médicos y enfermeras de familia, y desde las policlínicas comunitarios otros profesionales, incluidos los estudiantes de medicina y estomatología, con apoyo de la comunidad, hacen vigilancia oportuna, búsqueda activa y seguimiento diario casa a casa de casos sospechosos y contactos estrechos, incursionan en lugares silenciosos, y vigilan la población del área respectiva de los territorios de los policlínicos para observar su estado de salud, aplicar las medidas de prevención, y detonar estrategias de cuidado, protección y desinfección. Este personal educa en las comunidades y en los sitios de trabajo. En esta lógica se realizan cercos sanitarios completos con aislamiento intensificado de la población en lugares con brotes de la infección como instituciones de transporte, tiendas, barrios, hospitales, hogares de ancianos, centros de protección social y poligráficos.

La atención de los sintomáticos respiratorios que llegan por voluntad propia o remitidos a los policlínicos, comienza con el triaje que hace una enfermera a la entrada, cumpliendo las medidas de higiene del paciente (lavado de manos, desinfección) y de protección personal (uso de tapabocas); a partir del triaje se derivan los pacientes sospechosos a un área diferen-

ciada de enfermedades respiratorias donde son atendidos por un médico y una enfermera, personal que está disponible 24 horas. Allí mismo se dispone una sala especial de aislamiento de los pacientes que lo requieran. De esta sala el paciente puede ser remitido al nivel de complejidad correspondiente, según la severidad de la enfermedad y la nacionalidad de la persona. Los pacientes asintomáticos son vigilados en su domicilio por el respectivo equipo básico de salud, conformado por un médico y una enfermera de familia, que les toman la temperatura dos veces por día durante dos semanas, y los contactos de pacientes sospechosos y confirmados se mantienen en centros de aislamiento designados.

Este personal también recomienda las medidas de lavado de manos, uso de tapabocas, desinfección de lugares y objetos con agua clorada. Tienen una aplicación tecnológica virtual de uso ciudadano para la auto pesquisa, que permite identificar en tiempo real casos sintomáticos y sospechosos y adoptar conductas de vigilancia en salud desde los policlínicos, Grupos Básicos de Trabajo y Equipos Básicos de Salud. Se prioriza la atención del personal de salud que está en la primera línea de combate con equipos de protección personal, descanso, alojamiento y alimentación en los hospitales y centros de aislamiento, y aseguramiento de las familias.

Una acción pública, integral y que vincula a toda la población, que además lleva a cabo atención psicológica por teléfono a quien llame y promueve la solidaridad y el compañerismo frente a las personas en aislamiento o cuarentena. Con frecuencia en las noches hay escenas de aplausos colectivos a los vecinos de viviendas en vigilancia por casos sospechosos o con familiares que habiendo estado en centros de aislamiento retornan a sus hogares. Personas que saben usar máquinas de coser, con retazos de tela apropiada fabrican tapabocas para uso familiar, de amigos y vecinos, y los entregan como un granito de arena de cada cual al cuidado de todos y todas.

Fundamental en el papel de la APS ha sido poder contar con un sistema de salud estatal, universal y de acceso gratuito, que en la base de su construcción ha decidido colocar la prevención y control de las epidemias, el tratamiento oportuno de las mismas y la promoción de la salud, a través de un modelo de medicina familiar y comunitaria con mirada territorial e intersectorial. Junto a la APS, distingue a Cuba su importante inversión en investigación, innovación tecnológica, producción y uso de medicamentos, lo que explica en parte que más del 86 por ciento de los pacientes hospitalizados hayan sido salvados y la alta proporción que no ha tenido que llegar a estado grave y crítico.

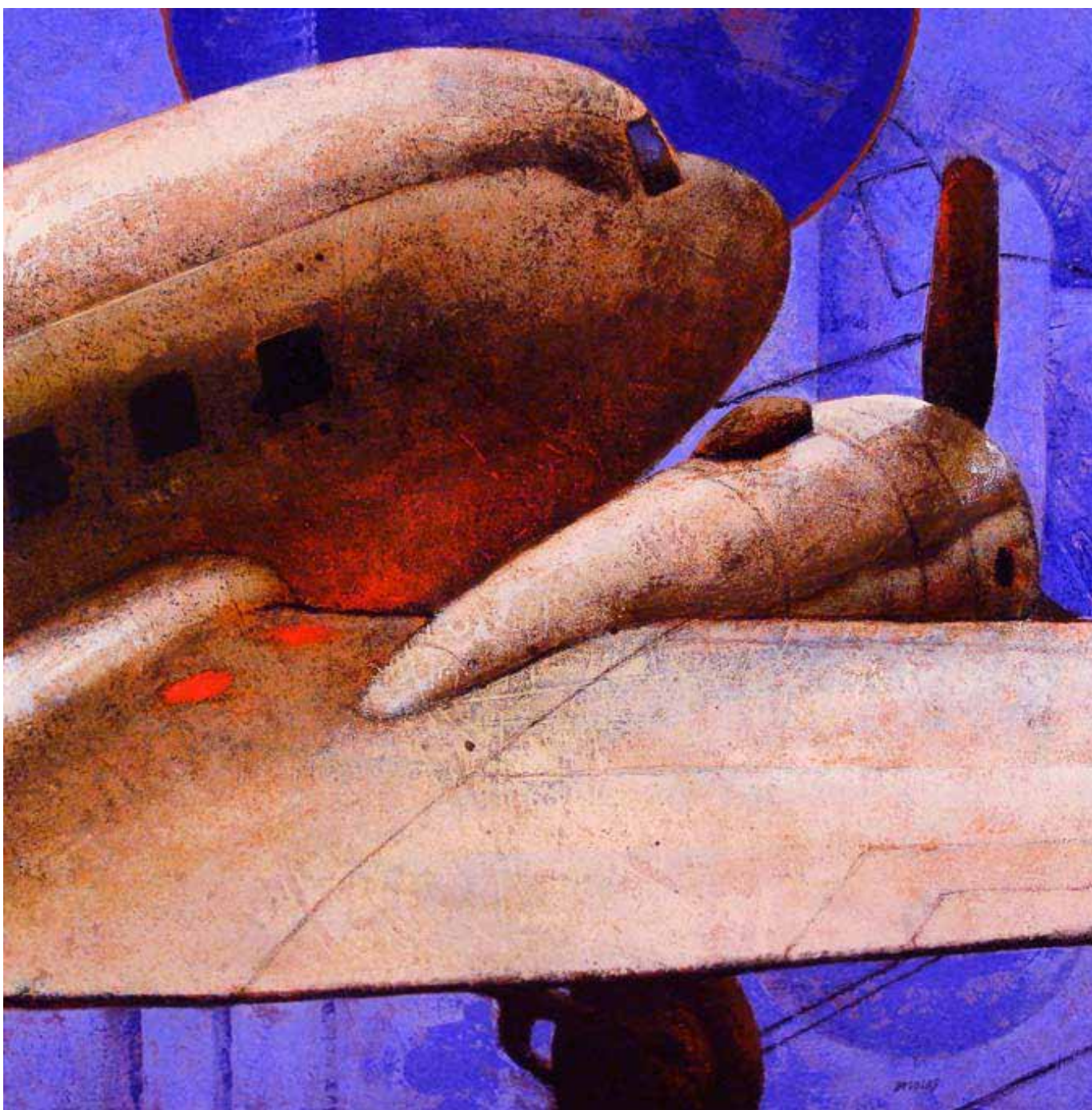
En su conjunto, el camino efectivo de Cuba en la prevención y control de la pandemia desde el sistema de salud y la APS puede muy bien resumirse en el argumento de Ricardo Pereda González, coordinador de expertos del Ministerio de Salud Pública: “El uso de los protocolos adecuados, las acciones preventivas, el intercambio constante entre los equipos de trabajo y el uso de la información actualizada para optimizar los tratamientos ha permitido que en Cuba el índice de los pacientes que pasan a la gravedad sea la mitad del promedio mundial y que se hayan logrado éxitos en la recuperación efectiva de pacientes graves y críticos”.

La crisis sanitaria exacerbó la crítica a “los populistas”. Asimilados a Trump o Bolsonaro, despreciarían las ciencias, la separación de poderes, el Estado de Derecho... Defensor de una democracia consensual, el intelectual francés Pierre Rosanvallon hace suyas estas críticas. Chantal Mouffe, destacada teórica, le responde.

Controversias en torno al populismo de izquierda

Lo que Pierre Rosanvallon no entiende

por Chantal Mouffe*



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

En su obra reciente, *Le siècle du populisme* (1), Pierre Rosanvallon se sorprende de que, a diferencia de otras ideologías de la modernidad, como el liberalismo, el socialismo, el comunismo o el anarquismo, el populismo no se asocia a ninguna obra de envergadura. Según él, se trataría sin embargo de una propuesta política dotada de coherencia y una fuerza positiva, pero que no ha sido formalizada, ni desarrollada. En su libro, Rosanvallon se propone definir la doctrina populista y analizarla críticamente.

Empero, construye esta doctrina de manera arbitraria, a partir de elementos que provienen de fuentes muy heterogéneas y retoma ciertos clichés que ya han sido expuestos en la mayoría de las críticas al populismo. Su definición nada aporta a la tesis, retomada por numerosos autores, según la cual el populismo consiste en oponer un “pueblo puro” a una “elite corrupta” y en concebir la política como la expresión inmediata de la “voluntad general” del pueblo (2). Con algunas variaciones, encontramos esta visión en *Le siècle du populisme*.

Cuando se refiere a autores que defienden otra posición, lo hace travistiendo sus ideas para adaptarlas a la tesis que él defiende. Así, muchos de mis trabajos aparecen caricaturizados al punto de que cabe preguntarse si este historiador, que sin embargo goza de gran reputación, los leyó o si está demostrando una falta de honradez metodológicamente dudosa.

Afirma, por ejemplo, que rechazo la democracia liberal representativa cuando mi libro *Por un populismo de izquierda* subraya la importancia de inscribir esta estrategia en el marco de la democracia plu-

ralista y de no renunciar a los principios del liberalismo político. Contrariamente a lo que pretende Rosanvallon, sostengo, en *La paradoja democrática* (3), que la democracia liberal resulta de la articulación de dos lógicas incompatibles en última instancia, pero que la tensión entre la igualdad y la libertad, cuando se manifiesta de manera “agonística”, bajo la forma de una lucha entre adversarios, garantiza la existencia del pluralismo. Del mismo modo, yo defendería, según él, la unanimidad como horizonte regulador de la expresión democrática, cuando la cuestión de la división social y de la imposibilidad de un consenso inclusivo se encuentra en el centro de mis reflexiones.

“República del centro”

Pero si este texto, que apunta a construir la teoría del populismo, no contribuye a una mejor comprensión del fenómeno, se debe, en primer lugar, a la vanidad de su ambición: el populismo no existe en tanto entidad sobre la cual se podría elaborar una teoría o producir un concepto. Sólo existen los populismos, lo que explica, por otra parte, por qué la noción da lugar a tantas interpretaciones y definiciones contradictorias.

Más que intentar definir los principios del populismo, hay que examinar la lógica política implementada por los diferentes movimientos calificados de “populistas”. Siguiendo este enfoque, Ernesto Laclau mostró en *La razón populista* (4) que se trata de una estrategia de construcción de la frontera política, establecida sobre la base de una oposición entre los de abajo y los de arriba, entre los dominantes y los dominados. Los movimientos que la adoptan surgen siempre en el contexto de una crisis del modelo hegemónico. Analizado de esta manera, el populismo no aparece ni como una ideología, ni como un régimen, ni como un contenido programático específico. Todo depende de la manera en que se construye la oposición nosotros/ellos, así como de los contextos históricos y de las estructuras socioeconómicas en los que se desarrolla. Comprender los diferentes populismos implica partir de las coyunturas específicas de su emergencia en lugar de, como lo hace Rosanvallon, reducirlos a manifestaciones de una misma ideología.

En lugar de esclarecer su objeto, Rosanvallon revela en su estudio del populismo la naturaleza y los límites de su propia concepción de la democracia. La teoría democrática que estructura la ideología populista conlleva, según él, una “forma límite de la democracia” que consiste en censurar la naturaleza liberal y representativa de las democracias existentes. Y lo hace oponiéndoles una alternativa fundada en tres características: una democracia directa, un proyecto de democracia polarizada y una concepción inmediata y espontánea de la expresión popular.

A esta supuesta doctrina populista, el ex secretario de la Fundación Saint-Simon opone su propia concepción desarrollada en sus obras anteriores. En el plano filosófico, encontramos una versión sofisticada de la doctrina dominante de los partidos socialdemócratas bajo hegemonía neoliberal. La que fuera elaborada en los años 80 y 90 por los teóricos de la “tercera vía” como Anthony Giddens en el Reino Unido y Ulrich Beck en Alemania. Su tesis es: hemos entrado en una “segunda modernidad” en la que el modelo antagónico de la política se ha vuelto obsoleto a falta de adversarios sociales. Las identidades co-

lectivas como las clases han perdido su pertinencia y las categorías de derecha y de izquierda están perimidas. Subsisten diferencias de opinión potencialmente conflictivas pero que se reducen y se apaciguan reconciliando la diversidad de los reclamos individuales. Por consiguiente, una “política de la vida” ligada a preocupaciones medioambientales, familiares, a las identidades personales y culturales, prevalecería, según Giddens, sobre la “política de la emancipación” (5).

La adopción de esta concepción por parte de los partidos socialdemócratas fue el origen del socioliberalismo que domina a Europa Occidental desde fines de los años 80. En Francia, este proyecto de una “República del centro” encontró a sus más fervientes adeptos en Pierre Rosanvallon y un grupo de intelectuales del Centro Raymond Aron de la École des Hautes Études en Sciences Sociales (Ehess) (6). Esta corriente privilegia la dimensión liberal de la democracia: pone el acento sobre la defensa de los aspectos constitucionales en detrimento de la participación del pueblo. Este predominio del liberalismo sobre la soberanía popular lleva a pasar por alto la división social, las relaciones de poder y las formas de lucha antagónicas asociadas a la noción de lucha de clases.

Centrada en la ausencia de alternativas a la globalización neoliberal, este tipo de visión “pos-política”, lejos de constituir un progreso para la democracia, le asigna al sistema político la tarea de “gobernar el vacío” como lo demostró Peter Mair (7). En 2005, yo sostenía que la ausencia de lucha entre proyectos de sociedad opuestos priva a las elecciones de sentido y ofrecía un terreno favorable para el desarrollo de los partidos populistas de derecha (8). Les permite a estos últimos pretender devolverle al pueblo el poder confiscado por el *establishment*. Quince años más tarde, el paisaje político europeo refuerza esta hipótesis.

Rosanvallon no se da cuenta de que el modelo consensual de una política sin fronteras explica el ascenso del populismo. Según su opinión, ese ascenso sólo puede ser interrumpido por la elaboración de una alternativa fuerte, una “segunda revolución democrática” que

implica repensar tanto la actividad ciudadana como las instituciones democráticas. Así, formula una serie de propuestas, bastante interesantes, que apuntan a diversificar y multiplicar las instituciones democráticas y a ampliar el alcance de la actividad ciudadana. A la “democracia de autorización”, que otorga a través de las elecciones el poder de gobernar, debería agregarse, por ejemplo, una “democracia de ejercicio” que somete el ejercicio del poder a criterios democráticos. Pero como estas propuestas participan de la concepción pos-política, ignoran los antagonismos que estructuran la sociedad y no cuestionan el modelo neoliberal, es difícil comprender por qué la “segunda revolución democrática” contribuiría al retroceso de las fuerzas populistas.

Un modelo neoliberal agotado

Concebir al populismo como una estrategia de construcción de la frontera política vuelve inteligible el “momento populista”, lo que la perspectiva de Rosanvallon no permite. Estos movimientos rechazan el gobierno de los expertos y la reducción de la política a cuestiones de orden técnico. Se identifican con una visión partidaria y muestran las fallas del enfoque consensual. Finalmente, se oponen a la pos-política y exigen la posibilidad para los ciudadanos de participar en las decisiones que implican a los asuntos públicos y no sólo limitarse a controlar su implementación. Algunos expresan sus reivindicaciones bajo la forma de un populismo “de derecha”, de tipo “inmunitario” y xenófobo, de seoso de restringir la democracia a los nacionales; otros lo hacen bajo la forma de un populismo “de izquierda” que apunta a extender la democracia a numerosos ámbitos y a profundizarla.

Para alcanzar este objetivo, la estrategia populista de izquierda propone una ruptura con el orden neoliberal y el capitalismo financiero, que, como lo demostró el sociólogo Wolfgang Streeck (9), resultan incompatibles con la democracia. Apunta a establecer una nueva formación hegemónica capaz de asumir la centralidad de los valores de igualdad y de justicia social. Semejante proyecto no implica el rechazo, sino al contrario, la reconquis-

ta de las instituciones constitutivas del pluralismo democrático. Para poner en marcha esta ruptura, la estrategia del populismo de izquierda busca federar las luchas democráticas para crear una voluntad colectiva, un “nosotros” susceptible de transformar las relaciones de poder y de instaurar un nuevo modelo económico-social a través de lo que Gramsci llama una “guerra de posición”. El enfrentamiento entre este “nosotros” que articula los diferentes reclamos ligados a las condiciones de explotación, de dominación y de discriminación, y su adversario, ese “ellos” constituido por los poderes neoliberales y sus aliados, es la forma en la que se expresa hoy lo que la tradición marxista llama la “lucha de clases”. No resulta sorprendente entonces que Rosanvallon le sea hostil. Prisionero de su modelo centrista, ve toda forma de populismo como una amenaza para la democracia.

El populismo no existe. Sólo existen los populismos, lo que explica por qué esta noción da lugar a tantas definiciones contradictorias.

La estrategia populista de izquierda resulta particularmente pertinente para la perspectiva de una salida de la crisis del covid-19, preludio a la construcción de un nuevo contrato social. Esta vez, contrariamente a la crisis del 2008, podría abrirse un espacio de enfrentamiento entre proyectos opuestos. Un retorno puro y simple a los asuntos corrientes parece poco probable y el Estado desempeñará probablemente un rol a la vez crucial y acrecentado. Quizás asistamos a la emergencia de un “capitalismo estatalizado” que utilice la potencia pública para reconstruir la economía y restaurar el poder del capital. Podría adoptar formas más o menos autoritarias según las fuerzas políticas que lo dirijan. Este es-

cenario significaría ya sea la victoria de las fuerzas populistas de derecha, o el último intento de los defensores del neoliberalismo de asegurar la supervivencia de su modelo. Sin embargo, una estrategia populista de izquierda que apunte a construir una voluntad colectiva en torno a un “New Deal Verde”, también puede convertir esta crisis en una ocasión de democratizar en profundidad el orden socio-económico existente y de crear las condiciones para una verdadera transición ecológica.

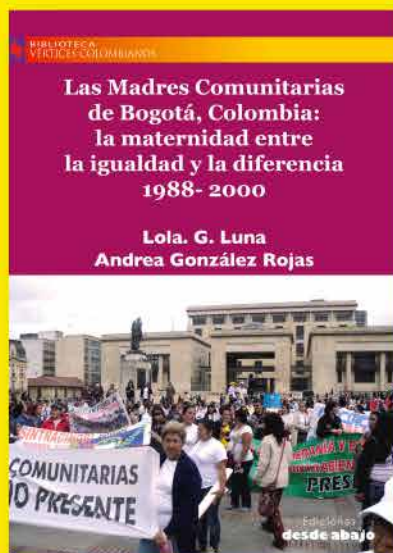
Al exacerbar las desigualdades, la crisis del coronavirus confirma el agotamiento del modelo neoliberal. Al recrear las fronteras políticas, y al reafirmar la existencia de antagonismos, señala un “retorno a lo político” y otorga una nueva dimensión al momento populista. Según las fuerzas sociales que se hagan cargo y la manera en la que construyan la oposición ellos/nosotros, esta pandemia puede desembocar en soluciones autoritarias o llevar a una radicalización de los valores democráticos. Una cosa es segura: contrariamente a lo que afirma Pierre Rosanvallon, lejos de ser una amenaza para la democracia, el populismo de izquierda representa hoy la mejor estrategia para orientar hacia un sentido igualitario las resistencias al orden pos-democrático neoliberal. ■

1. Pierre Rosanvallon, *Le siècle du populisme. Histoire, théorie, critique*, Le Seuil, París, 2020.
2. Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser, *Breve introducción al populismo*, Editions de l'Aube, La Tour-d'Aigues, 2018.
3. Chantal Mouffe, *La paradoja democrática*, Gedisa, Barcelona, 2016.
4. Ernesto Laclau, *La razón populista*, FCE, Buenos Aires, 2005.
5. Anthony Giddens, *Modernidad e Identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Península, Barcelona, 1997.
6. François Furet, Pierre Rosanvallon, Jacques Julliard, *La République du centre. La fin de l'exception française*, Calmann-Lévy, París, 1988.
7. Peter Mair, *Ruling the Void. The Hollowing-out of Western Democracy*, Verso, Londres, 2013.
8. Chantal Mouffe, *L'illusion du consensus*, Albin Michel, París, 2016 (primera edición en inglés en 2005).
9. Wolfgang Streeck, *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Katz - Capital intelectual, Buenos Aires, 2016.

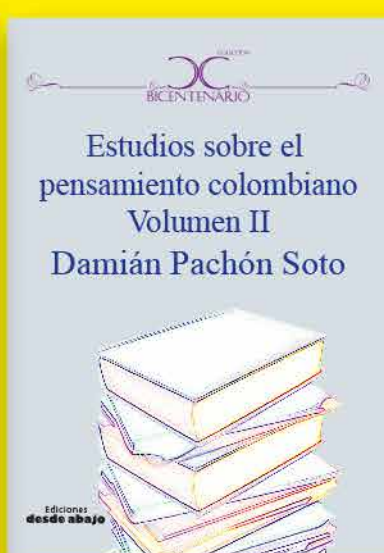
*Filósofa. Autora de *Por un populismo de izquierda, Siglo XXI*, Buenos Aires, 2019. Traducción: Víctor Goldstein

Próximamente publicaciones

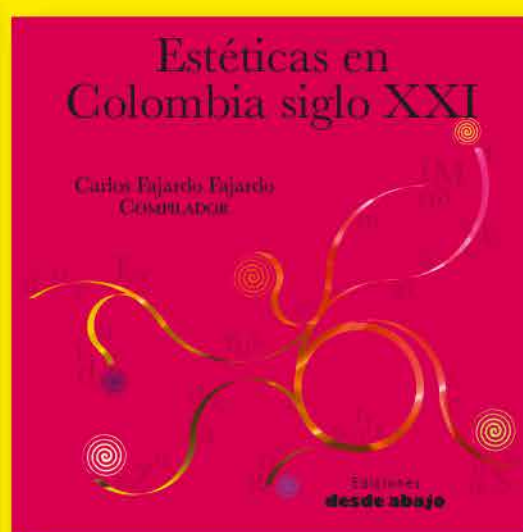
Ediciones desde abajo



Formato: 17 x 24 cm • 238 páginas



Formato: 17 x 24 cm • 500 páginas



Formato: 22 x 22 cm • 336 páginas



Formato: 17 x 24 cm • 228 páginas

La experiencia de Rusia en la lucha contra las enfermedades infecciosas y sus capacidades hospitalarias permitieron demorar la propagación del covid-19. Sin embargo, esas ventajas disimulan profundos desequilibrios en su sistema de salud. La epidemia, que viene acelerándose desde principios de mayo, podría tener un costo muy alto para la población.

Las falencias detrás de la aparente resistencia al covid-19

El sistema de salud ruso a prueba

por Estelle Levresse*



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

La encantadora alameda del Bulevar Rozhdestvensky está casi desierta. Detrás de las barreras que impiden el paso, una empleada de la ciudad de Moscú, con una bolsa de basura y una pinza en la mano, recoge algunos residuos del suelo. A pocos metros, su colega descansa sentado en un banco. Este año, los empleados municipales encargados del mantenimiento – reconocibles por su uniforme naranja flúor – son los únicos que pueden apreciar los tulipanes en flor que anuncian la llegada de la primavera.

Generalmente muy animada en esta época, la capital rusa está como adormecida en este mes de abril de 2020. Comercios, restaurantes y cafés están cerrados, al igual que los espacios públicos y los parques, clausurados con candado... Si bien se ven algunos transeúntes que salen a hacer compras o a pasear el perro, hay una tranquilidad sorprendente en esta megalópolis de 12 millones de habitantes, que se encuentra confinada desde el 30 de marzo. Lo más extraño es la ausencia de niños y de ancianos en las calles. Ellos tienen las salidas prohibidas, excepto para ir a la dacha (1).

Al haber tomado muy pronto varias medidas de protección ante la amenaza del coronavirus – cierre de la frontera terrestre con China desde el 30 de enero, y poco después, prohibición de ingreso de ciudadanos chinos al territorio ruso, cuarentena obligatoria para las personas que regresaban de países de riesgo, control diario de la temperatura a los alumnos en las escuelas moscovitas, desinfección de los transportes públicos... –, Rusia logró retrasar algunas semanas la llegada del virus.

Sin embargo, la epidemia comenzó a propagarse por todo el territorio. A prin-

cipios de mayo, incluso se aceleró, con cerca de 31.000 contagios durante el fin de semana largo del 1° de mayo. El día anterior, el primer ministro Mijail Místustin anunciaba su internación por causa del covid-19, antes de que el ministro de Obras Públicas y su adjunto declararan, a su vez, estar afectados por la enfermedad.

Al 19 de mayo, el país contabilizaba más de 300.000 personas infectadas, pero sólo 2.837 muertos. Unas cifras que despertaron sospechas sobre las estadísticas rusas. La prensa occidental señala una subestimación de los fallecimientos estimada en un 70 por ciento (*The New York Times*, 11 de mayo; *Financial Times*, 11 de mayo). Por su parte, al tiempo que reconocen que una persona diagnosticada con covid-19 que fallece como consecuencia de otra enfermedad no será incluida en las estadísticas, las autoridades rusas desmienten cualquier voluntad de manipulación. Aun corregidas al alza, las muertes por covid-19 siguen muy por debajo de los balances de países como Italia, España o Estados Unidos. Pero, ¿por cuánto tiempo? Si se confirmara un brote de la epidemia, ¿las infraestructuras médicas rusas podrán hacer frente a la afluencia de pacientes enfermos?

Los desequilibrios del sistema

La experiencia de Rusia en materia de lucha contra enfermedades infecciosas podría explicar la reacción temprana de las autoridades. Todo comenzó en 1918 con la creación del Narkomzdrav, Comisariado del Pueblo de Salud Pública. Bajo la dirección de Nikolai Semachko, médico de formación, el Narkomzdrav desarrolló un sistema de salud unificado a escala nacional – el primero en el mundo –. Gratuito y universal, el llamado sistema Semachko (2) reposaba en una organización de atención médica por niveles, según la gravedad de las enfermedades.

Detrás de estas cifras, se esconde, sin embargo, una realidad muy contrastada. El sistema de salud nunca se recuperó del todo del colapso de los años 90.

Como primer eslabón del sistema, la policlínica de distrito ofrecía atención ambulatoria para las enfermedades corrientes y se encargaba de la coordinación con el resto de las instituciones del sector. Funcionaban como una suerte de dispensario en donde atendían médicos clínicos y especialistas (otorrinólogos, urólogos, dentistas). “La organización del sistema de salud según el principio de distritos permite que el personal médico conozca mejor las condiciones de trabajo y de vida de [...] sus pacientes [...]. De esta manera, el médico del distrito se convierte en el médico ‘local’, un amigo de la familia”, escribía Semachko (3), precursor de la medicina general, adoptada hoy en día en numerosos países como base de sus respectivos sistemas de salud.

Se prestaba especial atención a la prevención de enfermedades infecciosas. En 1922, se creó el Sanepid, un organismo de

control sanitario y epidemiológico, con equipos de intervención que actuaban en todo el territorio, tanto en los pueblos como en las empresas (4). Junto con un programa de vacunación masiva, esta supervisión le permitió a la URSS eliminar enfermedades tales como la tuberculosis o la malaria. La esperanza de vida, que en Rusia no superaba los 31 años a fines del siglo XIX, alcanzó los 69 años a principios de la década del 60, lo que hizo que los soviéticos alcanzaran las estadísticas de los países occidentales.

Actualmente, es el Rospotrebnadzor (acrónimo del Servicio Federal de Protección de los Derechos del Consumidor y Bienestar Humano), sucesor del Sanepid, el que, vinculado al Ministerio de Salud y directamente subordinado al jefe de Gobierno, elabora la estrategia de lucha contra el covid-19. Según Ivan Konovalov, investigador por la Universidad Médica de Investigación Nacional Rusa Pirogov para el departamento de enfermedades infecciosas en niños, el trabajo de esta organización permitió aliviar la carga de los hospitales. Estuvo, sin embargo, acompañado de un amplio uso del seguimiento a distancia (5) y de la diferenciación por edades. Desde el 23 de marzo, por decreto del intendente de Moscú, todas las personas mayores de 65 años con enfermedades crónicas fueron sometidas a un confinamiento estricto y obligatorio en su domicilio. Resultado: el 85 por ciento de los enfermos de covid-19 tienen menos de 65 años y están por lo tanto menos expuestos a las formas más severas de la enfermedad. Rusia se siente orgullosa de tener uno de los índices de mortalidad más bajos del mundo, 0,9 por ciento (datos del 25 de abril). Pero vale precisar que no es común que la gente llegue a muy vieja en Rusia. La esperanza de vida promedio es de 72 años, y es incluso inferior para los hombres (67,6 años), lo que contribuye a esos buenos resultados.

Otra parte de la explicación reside en la estrategia de diagnóstico masivo. Al 24 de abril, el Rospotrebnadzor registraba 2,5 millones de tests efectuados, lo que ubica al país en el segundo lugar a nivel mundial en ese terreno. Además de favorecer el aislamiento y el tratamiento de los enfermos tempranamente, esta política amplía las posibilidades de contabilizar a las personas que presentan formas benignas de la enfermedad, lo cual permite disminuir el porcentaje de enfermos que fallecen por causa del virus.

Del período soviético, el país conservó también importantes capacidades hospitalarias. Hasta ahora, esta "anomalía" –sobre todo en un país que dedica solamente el 3,5 por ciento de su PIB al gasto público

de salud, frente a un 6,5 por ciento promedio en los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (Ocde)– era analizada como una carencia en la organización de la atención médica que se remontaba a la década del 60. En esa época, el sistema de salud soviético comenzó a privilegiar el hospital en detrimento de la atención primaria. Además, la proliferación de enfermedades cardiovasculares y cánceres, mal atendidos por el sistema soviético por falta de inversión en tecnologías generalmente costosas, explica la baja de la esperanza de vida, que tuvo una caída de 3 años entre 1965 y 1974. "Para cumplir con los objetivos del plan, había una tendencia a aumentar al máximo la cantidad de camas y a internar a la gente la mayor cantidad de tiempo posible. La calidad y la innovación importaban poco. Solo contaba la cantidad", describe Judyth Twigg, especialista estadounidense del sistema de salud ruso. La prevención, que era el fuerte del sistema Semachko, pasó así a un segundo plano.

Aun si el sistema de salud resistiera al shock del covid-19, sus problemas estructurales seguirían sin resolverse.

A pesar de una reducción drástica en las estructuras médicas durante estos últimos años –la cantidad de hospitales fue dividida por dos entre 2000 y 2015 (6) y el número de camas por 1.000 habitantes fue reducido a la cuarta parte–, el país sigue siendo uno de los mejor dotados del mundo: 8,1 camas por 1.000 habitantes, frente a 6 en Francia y 2,8 en Estados Unidos, según las estadísticas de la Ocde. La existencia de esa capacidad hospitalaria podría, en las circunstancias de la pandemia, constituir una gran ventaja. Además, el país estaría bien provisto en cuanto a la cantidad de ventiladores y respiradores disponibles: 40.000 según los cálculos de las autoridades sanitarias (7).

Detrás de estas cifras, se esconde, sin embargo, una realidad muy contrastada. El sistema de salud nunca se recuperó del todo del colapso de los años 90. El brutal deterioro de las condiciones económicas y sociales provocó la vuelta de enfermedades infecciosas que se creían erradicadas, como la tuberculosis. La instauración, en

1993, de un plan de seguro médico obligatorio en cada contrato de trabajo –5,1% del salario bruto en 2020– permitió reflotar gradualmente el sistema de salud, pero a costa de una profundización de las desigualdades de acceso a la atención médica. Si bien las consultas con médicos clínicos y las internaciones hospitalarias siguen siendo gratuitas, los medicamentos ahora son pagos.

Las desigualdades regionales, por su parte, también se han acentuado. La reestructuración lanzada en los años 2000 para optimizar los gastos, consistió en el cierre de hospitales rurales y en la construcción de centros de avanzada en las grandes ciudades. En las redes sociales abundan los testimonios de trabajadores de la salud sobre la falta de material y de medicamentos, sobre la vetustez de los equipos y los bajos salarios. En 2019, en varias ciudades del país, estallaron huelgas y movimientos de renuncias colectivas, muchas veces apoyados por el sindicato de la Alianza de Médicos. A fines de agosto, en Pyatigorsk, no muy lejos de la frontera con Georgia, todos los traumatólogos de un mismo hospital renunciaron colectivamente.

Este enojo no se manifiesta únicamente en las regiones periféricas. En Tarusa, una ciudad de diez mil habitantes situada a unos 150 kilómetros al sur de la capital, los médicos nos cuentan que les falta de todo, incluso productos básicos como delantales descartables y desinfectante. "Conectar un ventilador a un paciente requiere no solo de un médico calificado, sino también de anestesistas, técnicos de laboratorio, y sobre todo de enfermeros de terapia intensiva –señala Judyth Twigg– No es seguro que Rusia cuente con tales recursos."

Esfuerzos insuficientes

Aun si el sistema de salud ruso resistiera al shock del covid-19, sus problemas estructurales seguirían sin resolverse. Actualmente, se descuidan las prestaciones de atención primaria de salud. En Rusia, el número de médicos de distrito pasó de 73.200 a 60.900 entre 2005 y 2016 (8). El porcentaje de clínicos representaba apenas un 13 por ciento del total de médicos en 2017, frente a una media del 33 por ciento en los países de la Ocde (9). La población rusa no acude a las policlínicas públicas cuando necesita atención médica. Según un estudio realizado en agosto de 2019 (10), más de la mitad (57%) de los rusos no van al médico cuando se enferman, sino que optan por la automedicación.

Los pacientes con mayores recursos pueden recurrir a una oferta privada en plena expansión. Desde la apertura en

2006 de la primera maternidad privada en Moscú por MD Medical Group, los principales grupos de salud privada vienen acelerando su crecimiento, centrándose principalmente en la clase media alta de las grandes ciudades. En 2016, el porcentaje de prestadores de salud privada en el segmento de seguro médico obligatorio representaba el 29 por ciento, mientras que, tres años antes, era del 16 por ciento. Medsi, propiedad del holding Sistema, cuyos centros de salud realizan ya más de 8 millones de consultas por año, planea abrir en 2020 un centro multifuncional de cerca de 34.000 metros cuadrados en la capital.

Desde hace varios años, Igor Sheiman, investigador en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Económicas de Moscú, sugiere volver a la matriz del sistema Semachko, basado en la accesibilidad económica a la atención médica y en el papel clave de las policlínicas. "Lamentablemente, los esfuerzos realizados no van en ese sentido", se queja. Para él, los 550.000 millones de rublos (6.850 millones de euros) previstos en el programa nacional "Salud" (uno de los trece proyectos nacionales prioritarios para el período 2019-2024) para la modernización de la atención primaria siguen siendo insuficientes. Además, los fondos previstos para los proyectos nacionales podrían verse recortados. Con la obsesión por la estabilidad del rublo, Moscú duda en agravar su déficit presupuestario, a la vez que utiliza con moderación su fondo soberano para financiar las medidas de urgencia. En cuanto a la modernización del país, habrá que esperar. ■

1. Véase Christophe Trontin, "Historia de la dacha", *Le Monde diplomatique*, edición española, agosto de 2019.
2. Véase Vladimir A. Reshetnikov, Natalia V. Ekkert, Lorenzo Capasso, et al., "The history of public healthcare in Russia", *Medicina histórica*, Vol. III, N° 1, 2019.
3. *Ibid.*
4. Véase Roger I. Glass, "The Sanepid service in the USSR", *Public Health Reports*, Vol. 91, N° 2, 1976.
5. Véase Félix Tréguer, "Urgence sanitaire, réponse sécuritaire", *Le Monde diplomatique*, París, mayo de 2020.
6. "La optimización del sistema de salud ruso en acción", Centro de Reformas Económicas y Políticas, informe (en ruso) puesto en línea el 17-5-17.
7. *Ria Novosti*, 17-3-20.
8. Igor Sheiman, "Prioridad a la atención médica y sanitaria primaria: declaración de principio o realidad" (en ruso), *Aspectos sociales de la salud de la población* (revista online), Vol. 65, N° 1, 2019.
9. *Health at a Glance, OECD Indicators*, 2019.
10. Citada por la Agencia Tass, 23-8-19.

*Periodista, Moscú.
Traducción: Victoria Cozzo.



Tranquilidad es aprender a ahorrar antes que a gastar.

Ven a Confiar y deposita toda tu confianza, crecerá tanto como tus ahorros.

La diferencia está en confiar

confiar
coop

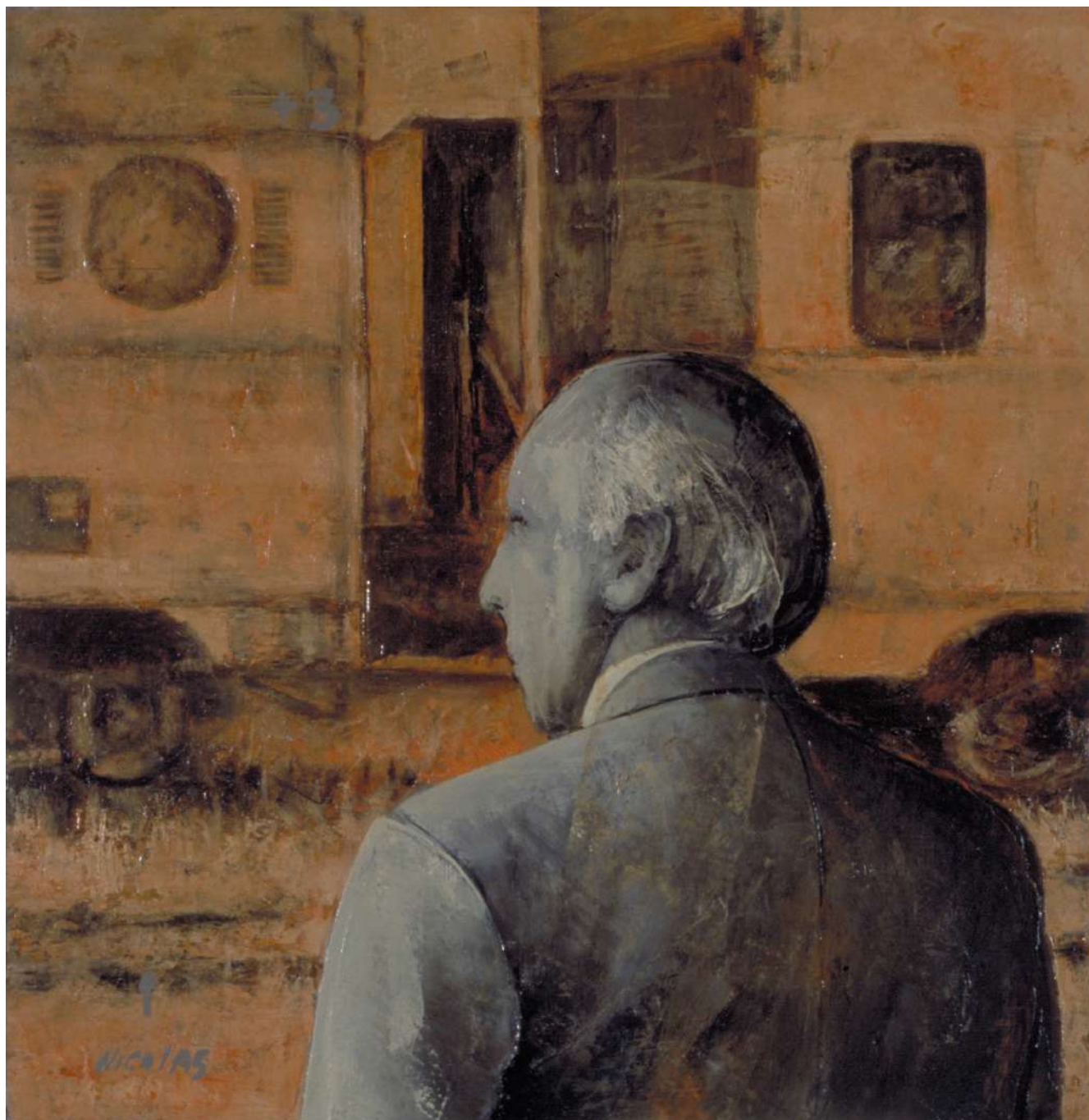
ALBERTO CÁRDENAS / FOTOCORBIS
VIGILADO DE COLOMBIA

¿Por qué Juan Guaidó es el verdadero presidente de Venezuela? ¿Qué tan rápido el jefe de Estado brasileño debería recortar las jubilaciones? ¿De qué modo los peronistas van a empeorar la crisis argentina? Desde *Le Monde* hasta *Financial Times*, un puñado de “expertos” latinoamericanistas pasan la actualidad política de la región por el tamiz de sus obsesiones: el libre comercio y el anticomunismo.

Estrabismo y obsesión editorial por América Latina

Retrato de misioneros mediáticos

por Anne-Dominique Correa y Renaud Lambert*



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

En 1969, un joven funcionario estadounidense le preguntó a Richard Nixon a qué región debería dedicarse para tener éxito en su carrera: “Sobre todo no a América Latina. A nadie le importa América Latina” (1), respondió el presidente de Estados Unidos. Un año después, Nixon cambiaba de parecer: la elección de Salvador Allende le preocupaba lo suficiente como para asegurar, el 6 de noviembre, que “no hay que hacerle pensar a América Latina que puede tomar

ese camino y no sufrir las consecuencias”. A partir de entonces, Washington se preocupó mucho por complacer a las juntas militares, que consideraba un escudo contra la amenaza comunista. Por su parte, Donald Rumsfeld, un joven ambicioso, se esmeró en no seguir el consejo de su mentor. En 2001, se convirtió en secretario de Defensa de George W. Bush y, hasta 2006, dirigió las campañas estadounidenses contra los diversos gobiernos de izquierda que llegaron al poder en la región.

Quedó claro entonces que el consejo de Nixon no había sido bueno. Sin embargo, este parece haberse filtrado en las redacciones de los grandes medios de comunicación. Desde el *Financial Times* británico al *The New York Times* estadounidense, pasando por *Le Monde*, ninguna región del mundo sufrió tanto desprecio editorial como América Latina. Entre el 10 de marzo de 2019 y el 9 de marzo de 2020, *The New York Times*, por ejemplo, publicó dos veces menos artículos sobre América La-

tina que sobre Medio Oriente, y tres veces menos que sobre África...

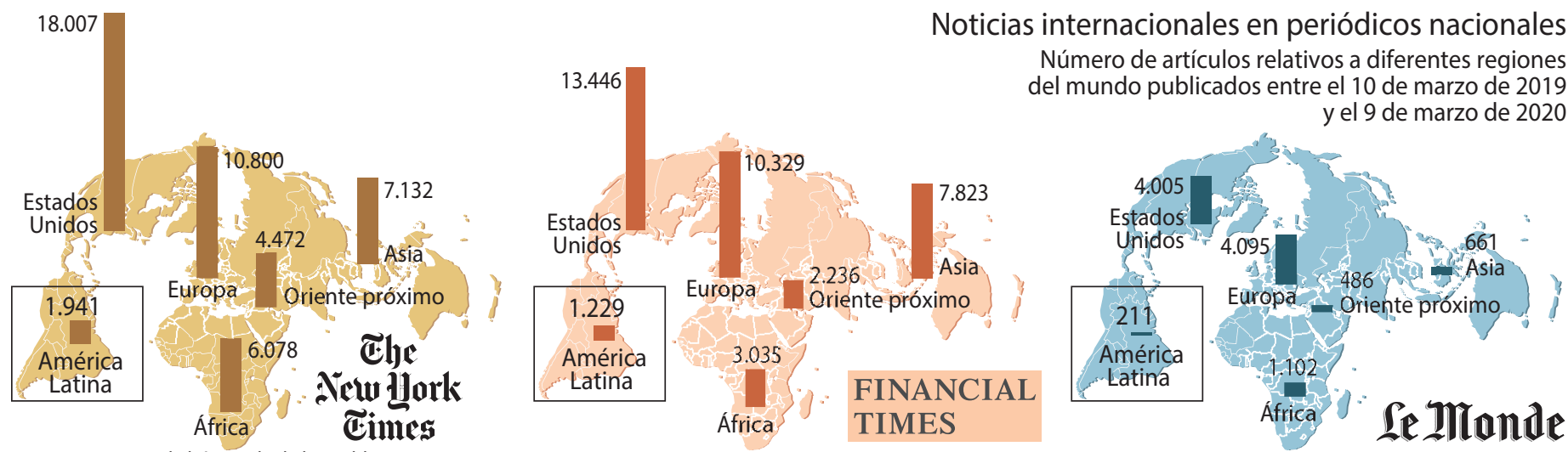
Y cuando se habla de la región, la mayoría de las veces esta suele quedar reducida a la función de espejo de aumento de las obsesiones editoriales occidentales. Por ejemplo, en Francia o en Reino Unido, nunca se habló tanto de Venezuela como cuando las críticas a las políticas de austeridad formuladas por Jean-Luc Mélenchon y Jeremy Corbyn parecían ganarse el apoyo de la gente. Así, América Latina solo resulta interesante cuando permite reforzar determinadas convicciones: el mercado libera; la izquierda fracasa. Tal vez esta es la razón por la cual parece atraer la atención de periodistas un poco particulares...

John-Paul Rathbone, *Financial Times*

Al responsable hasta mayo de 2019 de la sección “América Latina” de *Financial Times* y ex empleado del Banco Mundial, John-Paul Rathbone, le encantaba llevar a navegar a sus lectores a contracorriente. Mientras que el mundo expresaba su preocupación por la elección como presidente de Brasil de Jair Bolsonaro, un ex militar de ultraderecha, el periodista sugería que la mirada mediática se estaba poniendo en la dirección equivocada. El “verdadero terremoto”, “similar al Brexit y a la elección de Trump”, se produjo más al norte, en julio de 2018, con la elección de Andrés Manuel López-Obrador (AMLO), el presidente socialdemócrata mexicano (31-5-19). Subrayar la nostalgia que expresa Bolsonaro por la dictadura que gobernó Brasil de 1964 a 1984 no debe hacer olvidar que AMLO representa la verdadera “amenaza para la democracia liberal” en América Latina. Aunque el mexicano tiene un aspecto inocente, sus declaraciones públicas dejan al descubierto “rasgos autocráticos que caracterizan a varios populistas latinoamericanos”: “una obsesión por la historia”, una tendencia a invocar “la voluntad del pueblo” y... un “odio por el neoliberalismo”. De hecho, para Rathbone, el mundo se divide en dos categorías: los que están convencidos de las virtudes del mercado y los que ponen en peligro la democracia.

Por este motivo, celebró también la llegada del empresario Mauricio Macri a la presidencia argentina en diciembre de 2015. Mientras la tormenta financiera empezaba a azotar al país, el periodista de *Financial Times* intentaba calmar las aguas: “En dos años y medio, el gobierno avanzó a pasos agigantados para recuperar la confianza de los mercados” (12/13-5-18). Rathbone está convencido: para el neoliberalismo no existe ninguna dificultad que una dosis suplementaria de neoliberalismo no pueda arreglar. Los problemas de Macri tenían entonces “una explicación simple”: “Quiso evitar repetir las terapias de choque que se habían aplicado en el pasado”. En otras palabras, se mostró demasiado blando. Tres meses después, Rathbone apenas podía ocultar su resentimiento. A pesar de los esfuerzos del gobierno, la crisis era una realidad: “Un gobierno pro empresarial, con un gabinete tecnocrático que los líderes mundiales están dispuestos a apoyar. Y, sin embargo, Argentina sigue sufriendo el pánico del mercado” (31-8-18). “Pero, ¿qué error cometió el presidente Mauricio Macri?”, se preguntaba Rathbone, para luego sugerir “una respuesta posible: un déficit de comunicación”.

Hijo de una cubana radicada en Londres, Rathbone reivindica el odio de su familia por la revolución, que en su momento nacionalizó el negocio de su abuelo.



Fuentes: motores de búsqueda de las publicaciones.

“Durante muchos años, mi familia ofreció el famoso brindis navideño de los exiliados, que suponía implícitamente la muerte de Fidel Castro: ‘El año que viene estamos en Cuba!’” (2-12-16).

Carlos Alberto Montaner, *Miami Herald* y *Nuevo Herald*

El periodista cubano Carlos Alberto Montaner se especializó en la denuncia del “populismo” en las columnas del *Miami Herald* y el *Nuevo Herald*, dos diarios con sede en Florida y ferozmente anticomunistas. Antes de “llevar la pluma a la herida”, Montaner tuvo una primera vida en la organización paramilitar Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR). Su dirigente, Orlando Bosch, estuvo implicado en la explosión del vuelo 455 de Cubana de Aviación en 1976, que dejó 73 muertos, así como en una serie de atentados contra embajadas cubanas y figuras políticas cercanas a Salvador Allende (2). En 1961, al ser investigado por las autoridades de La Habana, Montaner huyó a Miami. Allí, obtuvo el estatus de exiliado político y reemplazó su cartucho de dinamita por una máquina de escribir.

En 1996, Montaner publicó, en coautoría con Álvaro Vargas Llosa y Plinio Apuleyo Mendoza, el *Manual del perfecto idiota latinoamericano* (3). Los autores dedicaron irónicamente su libro a los “populistas” que habrían contribuido a arruinar el subcontinente durante el siglo XX: Juan Domingo Perón, Salvador Allende, Fidel Castro, Luiz Inácio Lula Da Silva e incluso el escritor colombiano Gabriel García Márquez. Al darle la espalda al mercado, estos dirigentes políticos e intelectuales habrían condenado a la región a una deriva económica que no dejó a los militares otra opción que intervenir: “Toda esa feria de ilusiones representada por el Estado Social concluyó en corrupción, bancarrota económica, inflación galopante, pobreza y, como reacción, sangrientas dictaduras militares” (4). Según los autores, el primer ministro francés de ese entonces también habría coqueteado peligrosamente con el socialismo: “Ni el señor [Alain] Juppé [...] merece el calificativo de liberal”.

En 2007, estos mismos autores publicaron *El regreso del idiota*. ¿Sus blancos esta vez? Hugo Chávez, Cristina Kirchner, Evo Morales y Rafael Correa, e incluso el director, entre 1990 y 2008, de un semanario francés no tan diplomático como estos últimos. “Encabeza el palmarés [de la idiotez ideológica] el inefable Ignacio Ramonet de *Le Monde diplomatique*, tribuna insuperable de toda la especie en

el Viejo Continente”. ¿Cuál sería el error de la corriente de pensamiento encarnada por el periódico que usted tiene entre sus manos? Agobiar el liberalismo económico con “infundios”, “dictados por los prejuicios ideológicos”, que sin embargo continúan siendo “refutados minuciosamente por la realidad”. Para convencerse de las virtudes de la ortodoxia económica, bastaría con “observar de qué manera llegaron a la situación actual países como España [...] o Irlanda”. En aquella época, estos dos países solían ser presentados como modelos del “triunfo” neoliberal. No obstante, algunos meses después de la publicación del libro, se desató la crisis de las subprime, y Madrid y Dublín se sumieron en la depresión.

América Latina solo resulta interesante cuando permite reforzar determinadas convicciones: el mercado libera; la izquierda fracasa.

En 2006, un comunicado de la agencia española EFE reveló que Montaner había recibido dinero del gobierno estadounidense para difundir propaganda anticomunista. La revelación llevó a la dimisión del presidente del *Miami Herald* y no a la de... Montaner (5). Así, en artículos recientes, el periodista explica, por ejemplo, que AMLO –cuya buena relación con el sector empresarial mexicano irrita a una parte de la izquierda– “busca establecer el comunismo” (*Expansión*, 5-10-19) al sur del Río Bravo; que Venezuela mutó en una “narcodictadura [...] aliada a los terroristas islamistas” (*El Nuevo Herald*, 13-8-19) y que los manifestantes chilenos que se movilizan desde octubre de 2019 son “enemigos de la ley y el orden” (6).

Paulo Paranagua, *Le Monde*

En la prensa dominante, todos los caminos llevan a las mismas convicciones: ya sea entrenándose en el anticomunismo paramilitar, como Montaner, o en la guerrilla, como el periodista de *Le Monde* de Paulo Paranagua. El jefe de Redacción

para América Latina del diario “de referencia” francés hasta 2019, militó durante los años 1970 en el Partido Revolucionario de los Trabajadores – Fracción Roja (PRT-FR), una organización que promovía la lucha armada, en la que Paranagua era conocido bajo el seudónimo de “comandante Saúl” (7). Mientras que antes se ubicaban a uno y otro lado de la barricada ideológica erigida durante la Guerra Fría, Montaner y Paranagua ahora se entienden mucho mejor. Sobre todo con respecto a Venezuela.

En abril de 2014, Paranagua culpó a la represión de las fuerzas del orden venezolanas por la muerte de ocho víctimas que fallecieron a raíz de los disparos de... la oposición (8). Más recientemente, se destacó por realizar una lectura original del espectro político venezolano. En un artículo dedicado a la visita a Francia de Julio Borges, Antonio Ledezma y Carlos Vecchio el 3 de abril de 2018, escribió: “Estos tres hombres resumen las principales tendencias de la oposición, desde la centroizquierda hasta la centroderecha”. Sin embargo, en un contexto de extrema división de la oposición, estos políticos pertenecen a los dos partidos más radicales de la derecha venezolana (Primero Justicia y Voluntad Popular) (9). Si aplicáramos esta operación al caso francés, esto equivaldría a decir que Marine Le Pen y Christian Jacob “resumen” la oposición al presidente Emmanuel Macron...

Mary Anastasia O’Grady, *Wall Street Journal*

El 27 de octubre de 2019, en su columna semanal del *Wall Street Journal*, Mary Anastasia O’Grady lanzaba la voz de alarma: “Jóvenes chilenos tomaron las calles del país para promover la lucha de clases”. “Invadir las calles, quemar autos, robar, cortar el tráfico y destruir el transporte público”: todas “especialidades de la izquierda”. No había duda, Cuba y Venezuela estaban detrás de todo esto. Para O’Grady, las manifestaciones no traducían un descontento popular, sino el accionar de un “grupo de socialistas de extrema izquierda establecido por Fidel Castro”, es decir, de “terroristas de izquierda”. Frente a la tentativa de este grupo de “violentar Santiago”, el presidente chileno Sebastián Piñera “se vio obligado a decretar el estado de emergencia y poner al ejército en las calles” para preservar “la propiedad privada y la vida”. En diciembre de 2019, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) estimaba que la represión al movimiento social chileno dejó un saldo de 26 muertos y alrededor de 2.800 heri-

dos, de los cuales 280 sufrieron lesiones oculares (10).

Para O’Grady, la libertad económica está por encima de todo, incluso de los derrapes homófobos y misóginos del presidente brasileño Jair Bolsonaro. Según la periodista, estos son solo “disputas irrelevantes con la prensa” (25-8-19) que ocultan lo esencial: el hecho de que Bolsonaro haya confiado su política económica a un ortodoxo de la escuela de Chicago y ex profesor de economía en la Universidad de Chile, Paulo Guedes, conocido como “el gurú del libre mercado”. Pero, si por un lado O’Grady se regocija por la “revolución del mercado en Brasil” (29-9-19), por el otro le recrimina al gobierno su timidez. Desde que fue nombrado en enero de 2019, Guedes anunció la privatización, entre muchas otras, de la empresa postal Correios, la compañía Codesp (administradora del puerto de Santos) y la empresa de servicios informáticos Serpro. Sin embargo, O’Grady lo invita a ir más lejos: ¿por qué no privatizar el Amazonas? Según la periodista, los incendios que devastaron la selva amazónica el año pasado se deberían, en realidad, a “la falta de incentivos económicos para proteger la selva, dado que no es objeto de ningún título de propiedad privada” (8-9-19). El único problema es que Guedes no solo es neoliberal, sino también negacionista del cambio climático... ■

1. Citado por Greg Grandin en Henry Holt, *Empire’s Workshop. Latin America, the United States and the Rise of New Imperialism*, Nueva York, 2006.

2. Véase Hernando Calvo Ospina, “El grupo de choque de la CIA”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, enero de 2009.

3. Álvaro Vargas Llosa, Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner, *Manual del perfecto idiota latinoamericano*, Plaza & Janes Editores S.A., Madrid, 1996.

4. *Ibid.*

5. “Dimite el presidente del ‘Miami Herald’ tras el polémico despido de dos redactores”, *EFE*, 3-10-06.

6. “Crisis en Chile: No es inteligente dormir con el enemigo”, *El Líbero*, Santiago de Chile, 8-2-20, eliberro.cl.

7. Tal como señala el ex jefe de Redacción de *Le Monde diplomatique*, Maurice Lemoine, en una carta al Defensor del Lector de *Le Monde*, 19-4-14.

8. Lemoine analiza regularmente los editoriales de Paulo Paranagua, como por ejemplo en: “Venezuela: Quand ‘Le Monde’ fait siennes les manipulations du commandant Saúl”, *Mémoire des luttes*, París, 21-4-14, medelu.org.

9. Véase Julia Buxton, “No los une el amor”, *Le Monde diplomatique*, edición Colombia, marzo de 2019.

10. Comunicado de prensa del 6-12-19.



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

En 1984, año elegido por George Orwell para su célebre novela distópica —más parecida al mundo de 2020—, un joven reportero recorría Cuba con la sensación de que ese mundo estaba llegando a su fin. Hoy, devenido en gran escritor, Leonardo Padura siente que hemos llegado al futuro. Con una certeza, no era el que soñaba.

El futuro que llegó

Crónica de un mundo que se acaba

por Leonardo Padura*

L Fue 1984 el año que George Orwell escogió para ubicar la trama de su novela distópica y futurista titulada justamente así, *1984*, en la que de una manera dolorosamente profética el escritor británico logró crear la imagen de una sociedad organizada sobre el miedo y el control, muy parecida a la que hoy, en 2020, vamos viviendo. Y fue también en 1984 el año en que terminé de escribir mi primera novela (1).

Yo trabajaba entonces como reportero en un vespertino diario cubano llamado

Juventud Rebelde y desde hace un tiempo esa etapa de mi vida, que cubrió toda la década de 1980, comenzó a parecerme un período un poco irreal, que estaba seguro de haber vivido pero, a la vez, en muchas ocasiones me daba la sensación de que lo había inventado, o al menos, retocado. Y no hubiera sido extraño: con mucha frecuencia la gente tiende a idealizar el pasado como mejor remedio para resistir su tremendo peso. Hoy, en medio del año 2020, aquella época de mi existencia ya me parece como si la hubiera vivido en

otra encarnación, como dicen los budistas que nos debe ocurrir. ¿O solo será que me estoy poniendo viejo?

El mundo que entonces yo habitaba, y la manera de entenderlo a mis casi treinta años de entonces, está poblado de circunstancias y realidades que hoy parecen demasiado remotas, sencillamente extrañas. Era, entre otras cosas, el todavía estricto universo político bipolar en el que las tensiones entre bloques iban desde el peligro de la conflagración atómica hasta los boicots a los Juegos Olímpicos, y donde

la gente apostaba, de forma militante, por la victoria histórica de uno u otro bando. Fue, además, aquel período que estimábamos como la cumbre de la modernidad en el cual, sin embargo, todavía nadie tenía computadoras personales y por tanto tampoco Internet y mucho menos teléfonos celulares y todo lo que le cuelga a la revolución de la tecnología, la informática, la biotecnología y otras ciencias que cambiarían la estructura del mundo incluso con más consecuencias que las provocadas por la desaparición del socialismo en Europa del Este y la implosión de la URSS. ¿Quién en esa fecha tan literaria de 1984 podía pensar que, en unos pocos años, ya no existiría el país de los soviets que encarnaba las aspiraciones de un mundo mejor que, luego lo supimos, en aquella URSS no fue demasiado mejor?

Era, también —y esto no es cuestión menor en el caso cubano— un tiempo durante el cual en la isla podíamos vivir con nuestro salario y en que un periodista como yo tuvo el extraño privilegio de escribir en un medio oficial del país de lo que quería y como quería, con una libertad que todavía hoy me parece imposible y que debe resultar impensable a los que en Cuba practican esta profesión.

Fue justo en ese año y como resultado de mi labor periodística, cuando escribí un texto que sería profético. Lo titulé como este que escribo hoy: “Crónica de un mundo que se acaba”. Por fortuna, mi trabajo no tenía que ver con pandemias sanitarias, aunque sí con pandemias humanas: la del dominio de la naturaleza en la que los *sapiens* andamos metidos hace ni sé qué cantidad de millones de años, como los indetenibles depredadores que somos.

La historia que contaba en 1984 tenía que ver con un paraíso natural que, por diversas razones, había sobrevivido a la furia desarrollista del siglo. Aquel edén se encontraba en una hilera de islotes –cayerío lo llamamos en Cuba– ubicados en el centro norte de la isla mayor... precisamente los cayos por los que, en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, navegó durante meses Ernest Hemingway. A bordo de su mítico yate “El Pilar” el escritor se dedicó, con un grupo de amigos, a la caza de submarinos alemanes que, según informaciones que algunos consideraban alucinadas (luego documentalmente comprobadas), llegaban hasta las costas cubanas a reabastecerse de combustible... vendido por figuras del ejército nacional de la época.

Aquellos cayos, algunos cenagosos, otros premiados con largas playas de aguas cristalinas, en 1984 permanecían más o menos iguales que en el momento en que Hemingway los recorrió, para, entre otras cosas, poder escribir después su novela *Islas en el Golfo*, donde cuenta, entre otras, esa peculiar aventura.

Cubiertos de manglares y cocoteros, infectados de mosquitos, visitados por bandadas de elegantes flamencos rosados, muchos de los rincones de este archipiélago jamás habían sido pisados por el hombre occidental. Sin embargo, en el mayor de esos islotes (bautizado Cayo Romano) aún vivía la familia de apellido Fals, una de las pocas que se había asentado allí décadas atrás y había trabado relación con Hemingway y sus compañeros de cacería. Otras familias que en su momento vivieron en Romano habían huido hacia las ciudades del interior del país, vencidas por la dureza de la vida en esos parajes donde la única actividad económica posible era la pesca y la extracción de corales.

Cuatro días anduve con mis acompañantes (pescadores, dos colegas escritores, un fotógrafo) por el archipiélago de los Jardines del Rey, asombrándome por la sobrecogedora belleza de una naturaleza semejante a la que encontró Cristóbal Colón al “descubrir” la isla de Cuba y vender la primera postal turística del país. Dicen que Colón dijo: esta es la tierra más hermosa que ojos humanos vieran. Pudo haberlo dicho.

Días después, al ponerme a redactar mis peripecias del viaje, una extraña premonición me asaltó como una certeza: aquel mundo que recién yo había conocido, casi inalterado desde los días de la Creación, estaba amenazado de muerte. Su geografía, su forma de recibir al forastero, la vida de sus moradores resultaban trágicamente anacrónicas en 1984. Y por eso titulé el reportaje “Crónica de un mundo que se acaba”... y, lamentablemente, ese mundo se acabaría unos pocos años después cuando aquel cayerío del norte cubano fue conectado con la tierra firme por un sistema de invasivas carreteras conocidas como “pedraplenes” y pronto varios de ellos poblados con hoteles para turistas del mundo capaces de pagarse el sol, la playa y la langosta sacada del mar cercano... El insólito paraíso natural preservado desde siempre, había sido conquistado para disfrute de los voraces seres humanos, los dueños del planeta.

2.

Recuerdo aquella crónica porque hoy vuelvo a tener la certeza de estar vivien-

do en un mundo que se acaba... o que ya se acabó. Una forma de entender la vida, de desarrollar nuestras existencias, de relacionarnos entre las personas e incluso entre los países que ya está haciendo parecer remoto el modo en que asumíamos todas esas conexiones hace apenas un año... por no decir cómo lo entendía el joven romántico y esperanzado que era yo en 1984, cuando escribí mi primera novela, también romántica y esperanzada.

La sacudida que en los primeros meses de este 2020 les ha dado a los dueños del planeta la llegada de una molécula capaz de afectarnos como un virus letal, ha tenido el poder, sobre todo, de alarmar nuestros más esenciales temores. Y ahí han aflorado el miedo a la muerte, el primero de ellos; el terror a los forasteros, a los extraños, el segundo; el pavor al otro, el posible infectado, el más dramático de todos, entre otras revelaciones. Y de esos miedos viscerales, podríamos decir que eternos y existenciales, han derivado las condiciones para propiciar la tormenta perfecta de un cambio que sobrevolaba a la humanidad y que la pandemia ha catalizado.

Hoy vuelvo a tener la certeza de estar viviendo en un mundo que se acaba... o que ya se acabó.

Cada vez con más frecuencia, en análisis y comentarios generados por la presencia de la pandemia del covid-19, aparece una denominación socio-política y hasta cultural que hace unos años nos hubiera parecido extraña: la llegada de la era “pos-global”.

La desaparición del mundo bipolar que existió hasta 1990, el triunfo del modelo económico neoliberal que anunció incluso el fin de la historia (o su culminación evolutiva), sumado a la gran revolución tecnológica y digital que tomó toda su fuerza en el cambio de siglo y milenio, crearon la ilusión de que el mundo globalizado era la forma de existir y convivir que nos correspondía.

Pero tal globalización económica y social pronto comenzó a sufrir fracturas. Y algunas se concretaron de modos dramáticos y alarmantes. El ascenso de los fundamentalismos, entre ellos el islámico, promotor de la *yihad*, que se manifestó en atentados y hasta en la creación de un Estado Islámico; la crisis financiera de 2008, un anuncio de las debilidades sistémicas y de los grandes niveles de desigualdades existentes en el planeta, fue una dura advertencia; el Brexit británico que amenaza la existencia de la Unión Europea fue otra de esas rupturas; el discurso y la práctica de la rescatada grandeza rusa de un Vladimir Putin que pretende el poder eterno, es otra; la tropelosa llegada de Donald Trump a la Casa Blanca, también con sus discursos y prácticas nacionalistas de recuperar la grandeza americana (solo estadounidense, por supuesto), ha sido de las más desquiciadas, y el incontenible ascenso económico de China, un hecho que puede marcar el devenir de un siglo que algunos, ya además de “pos-global”,

comienzan a llamar “pos-occidental” o “asiático”.

El futuro que nos espera hoy parece muy claramente dibujado por estas dinámicas políticas, económicas y tecnológicas de las que menciono solo las más enervantes. Un panorama que un virus con proporciones pandémicas no ha hecho más que intensificar en sus acciones y modos de manifestación.

3.

Las capacidades de los humanos del siglo XXI para practicar la para muchos sacrosanta libertad individual –o el libre albedrío bíblico: nuestra responsabilidad con nuestras opciones y decisiones– parecía una de las ganancias más amables alcanzadas en buena parte del mundo. Muchos podían decidir, elegir.

La llegada de la era digital potenció esa conquista. Pero luego la manipuló como debía ser. Hoy no es un secreto para nadie que las plataformas y herramientas digitales son, a la vez, un insondable mecanismo de control.

Hace ya unos años vi una serie estadounidense titulada *Without a Trace*, en la que un grupo especializado del FBI, dedicado a buscar personas desaparecidas, utilizaba los recursos tecnológicos para su labor policial. Tarjetas de crédito, teléfonos celulares, cámaras de vigilancia, declaraciones de impuestos y otros recursos informáticos permitían a los investigadores saber hasta lo último que comió la víctima antes de desaparecer. Con o sin intención, la serie develaba hasta qué punto la privacidad ciudadana era solo una quimera.

Hace unos meses, durante una estancia en España, decidí comprar unas ventanas de las llamadas oscilobatientes para sustituir a las viejas de mi cuarto de baño. Todavía hoy, si entro en la red, me salta una oferta de ventanas oscilobatientes.

Cuando un usuario de un Kindle lee conectado a la red, él también es leído. El equipo registra las fluctuaciones de la lectura que pueden implicar satisfacción o aburrimiento, rechazo o hasta excitación sexual y... en la próxima búsqueda de lecturas posibles una Inteligencia Artificial nos propondrá los libros que ya saben que nos gustaría leer.

¿Qué algoritmo habré alertado hoy cuando, para no tener dudas ortográficas, busqué en Internet la palabra “yihad”?... Poderes ocultos y siempre en alerta, que funcionan alimentados con las informaciones que nosotros mismos les ofrecemos a través de nuestras estancias en la red, nuestros “me gusta” en Facebook (2), llamadas telefónicas y correos electrónicos, nos controlan o, al menos, nos registran. Saben dónde estamos, qué queremos, cómo vivimos, a quién vemos. Y procesan esa información.

Gracias a estos avances de la revolución tecnológica varios países han logrado combatir con notable éxito la extensión de la pandemia. Controlan los movimientos, relaciones, temperatura corporal de las personas y un poder superior actúa en correspondencia con esa información, incluso condena o premia a las personas. También gracias a los avances de la revolución biotecnológica, la misma que decodificó el mapa del ADN humano, es muy probable que pronto tengamos la vacuna que nos inmunice contra el nuevo coronavirus.

Estas bondades de la tecnología, por supuesto, tienen un precio para los indivi-

duos y las sociedades en su conjunto: son el más sofisticado y extendido mecanismo de vigilancia y control. Lo dramático, en este caso, ha sido la dócil anuencia con que nos entregamos a esa maquinaria de los poderes económicos, políticos, ideológicos. Porque debajo de ese cruce de señales digitales ha estado actuando la eterna condición humana: nos hemos entregado por miedo a lo inevitable, el invencible temor a la muerte.

No puedo dejar de recordar que en esta crisis sanitaria universal se han puesto de manifiesto algunas de las grandes bondades del ser humano. La primera de ella ha sido la responsabilidad social, o civil, con que muchos hemos asumido las medidas de control y los confinamientos ordenados por las autoridades políticas y médicas: no solo debemos protegernos, también debemos proteger a los otros, y un responsable distanciamiento social es una forma de hacerlo. Otra, muy notable, ha sido la capacidad de sacrificio de tantas personas que, de una forma u otra, han tenido que lidiar con el virus: desde médicos y enfermeros hasta recolectores de basura. Ellos se han visto más expuestos que otros a la enfermedad y una cifra considerable, que a veces hasta ha trabajado sin las condiciones adecuadas, la ha adquirido e, incluso, muchos han muerto por salvarnos y protegernos. Y el mundo los ha aplaudido.

A la vez, con asombro, he visto a la gente entregar satisfechos cuotas de su libertad por ese insuperable temor a la muerte. Cubanos que clamaban por que se cerraran las fronteras de la isla, por ejemplo... luego de reclamar durante años el sagrado derecho a viajar libremente, sin restricciones oficiales o políticas.

El mundo, ante una desgracia “pos-global” de alcance global, ha reclamado la solidaridad y la cooperación como forma de combatir la desgracia. O al menos una parte del mundo, de ese mismo mundo que se degrada con un cambio climático provocado por los seres humanos, una catástrofe al cual otra parte del mundo no le hacía mucho caso. Esa solidaridad y la cooperación que unos niegan, y otros conceden, aunque muchas veces con condiciones: cada ayuda o donación debe ir acompañada por una bandera nacional para que quede bien claro, siempre a la vista, quién es solidario y cooperativo.

De pronto tengo la sensación de que hemos llegado al futuro. Estoy seguro, eso sí, de que el pasado no puede haber sido mejor, ni siquiera en aquellos para mí satisfactorios años de 1980, cuando era joven, romántico y vivía con esperanzas que luego la vida me permitiría alcanzar y otras que se han deshecho en el roce con la realidad. Pero tengo la sospecha, como dije hace poco, de que este futuro al que hemos llegado nunca será como lo soñé (¿cómo lo soñamos?) y tengo muy serias dudas de hasta qué punto de una existencia humana, será mejor o será peor. O las dos cosas a la vez, ¿no? ■

1. *Fiebre de caballos*, publicada por la Editorial Letras Cubanas en 1988. Hay una edición más reciente: Verbum, Madrid, 2014.

2. Escribo esto de “oídas”. No tengo Facebook, ni Instagram, ni Twitter, ni siquiera una vieja página Web. Sé, en cambio, que mis mails son leídos... no sólo por los destinatarios.

*Escritor, periodista y crítico literario. Autor, entre otros libros, de *El hombre que amaba a los perros* (Tusquets, 2009), *Herejes* (Tusquets, 2013). Su próxima novela *Como polvo en el viento*, será publicada en septiembre de este año.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur



Nicolás de la Hoz, sin título (Cortesía del autor)

Vender Audis en Birmania

por Serge Halimi*

Desde la creación en 1950 de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (Ceca), hasta la creación de la Unión Europea (UE), pasando por los Tratados de Roma y el Mercado Común Europeo, los enemigos jurados de los arquitectos de Europa han sido siempre el proteccionismo y la soberanía. Por lo tanto, no es de extrañar que, aun en momentos en que la economía internacional se desmorona y el desempleo se dispara, la UE esté tramando de modo imperturbable nuevas ampliaciones (Albania, Macedonia del Norte) y negociando futuros acuerdos de libre comercio (México, Vietnam). ¿El Reino Unido se fue dando un portazo? Pues bien, ya llegan los Balcanes. Y el día de mañana, si es necesario, se le dará la bienvenida a Ucrania.

No se le puede pedir a un loco que actúe con cordura. Pero Europa tiene la obsesión de construir un gran mercado. Sin fronteras, sin derechos de aduana ni subsidios. Si se quedase sin nuevas liberalizaciones comerciales, caería por tierra, efectivamente. Es lo que se suele llamar “la teoría de la bicicleta”: se pedalea hacia más integración, para evitar la caída. El mundo con el que sueña Bruselas se parece a un enorme charco de aceite satinado, sobre el que se deslizan buques de carga al son del *Himno a la alegría*.

Un ideal caduco y dañino

Escuchemos, por ejemplo, a Phil Hogan, actual Comisario de Comercio europeo. En plena crisis del coronavirus, mientras la mayoría de los habitantes de la UE vivían aún confinados, mientras las tensiones sino-estadounidenses continuaban agravándose y Washington, muerto de risa, transgredía gran parte de las “reglas” de comercio que Estados Unidos había suscripto, se esperaban sus

reflexiones sobre la globalización. Pues bien, éstas se resumen a lo siguiente: no vamos a cambiar nada, sino que vamos a acelerar. Algunas empresas sanitarias serán relocalizadas en el Viejo Continente, como no podría ser de otro modo. “Pero se trata de una excepción”, nos advierte Hogan (1). Y, dirigiéndose a quienes hablan de circuitos cortos y de decrecimiento, retruca: “En 2040, el 50% de la población mundial vivirá a menos de cinco horas de Birmania. [...] Me parece obvio que las empresas europeas no querrán privarse de este filón de actividad. Sería una estupidez”. Además, ya sabe a qué se va a dedicar en los meses venideros: “Tenemos que profundizar los tratados de libre comercio ya existentes –tenemos acuerdos con unos 70 países– y buscar contraer otros nuevos”.

En este momento, los intelectuales polígrafos e Internet abundan en proyectos relativos al “mundo que vendrá”. Son poéticos, polifónicos, bienintencionados, complejos, solidarios, etc. Sin embargo, seguirán siendo discursos en vano mientras no se cuestione la propia arquitectura de una Unión Europea que a lo largo de las décadas se ha convertido en una “globalización en miniatura” (2). Aun cuando las normas comerciales que soñaba imponer a todo el planeta en razón del tamaño de su mercado vuelan por los aires ante sus ojos azorados, la UE se aferra a su respeto por “reglas” a la vez caducas y dañinas. Porque vender Audis a Birmania sigue siendo el único ideal que alimenta, el único proyecto de civilización que habrá sabido asociar a su nombre. ■

1. “L’Union européenne doit rester ouverte sur le monde”, *Le Monde*, París, 8-5-20.

2. Véase Henry Farrell, “A most lonely union”, *Foreign Policy*, Washington, DC, 3-4-20, <https://foreignpolicy.com>

*Director de *Le Monde diplomatique*.
Traducción: Victoria Cozzo

Índice

La democracia, que sí es posible 2
por Carlos Gutiérrez Márquez

Informe especial El día después...

La salud en Colombia ¿Qué buen negocio? 4
por Libardo Sarmiento Anzola

La “satelitización total de la vida” como paradigma del futuro posible 9
por Damián Pachón Soto

El cerco se estrecha 10
por Philip Potdevin

¿Volverá la normalidad? 12
por Carlos Eduardo Maldonado

Pospandemia no significa superación de la crisis ni capitalismo normalidad 14
por Francesca Gargallo Celentani

Recomposición planetaria 16
por Phillip Golub

Las contradicciones de la potencia china 18
por Carine Milcent

Estados Unidos, imperio del *statu quo* 20
por Thomas Frank

La nueva realidad petrolera 22
por Sadek Boussena

Juego de engaños 25
por Milan Rivié

Leña al fuego en América del Sur 26
por Pablo Stefanoni

Confinados en la matriz 28
por Denis Duclos

Cuba. Lecciones en la contención de la pandemia por covid-19 30
por Román Vega Romero

Lo que Pierre Rosanvallon no entiende 32
por Chantal Mouffe

El sistema de salud ruso a prueba 34
por Estelle Levresse

Retrato de misioneros mediáticos 36
por Anne-Dominique Correa y Renauld Lambert

Crónica de un mundo que se acaba 38
por Leonardo Padura

Editorial: Vender Audis en Birmania 40
por Serge Halimi